

AMD, 40, 6, 9

Sábado 2 de febrero de 1974



## VIDA LOCAL

DIARIO DE UN LECTOR

# MIGUEL DELIBES

MIGUEL Delibes publica en Destino otra pequeña obra maestra. Miguel Delibes, que podría dividir su producción en libros grandes y libros pequeños, como primera labor de clarificación, cuenta, aparte de sus novelas grandes y grandes novelas, entre las pequeñas obras maestras, con «El camino», «Las ratas», «Viejas historias de Castilla la Vieja» y, ahora, «El príncipe destronado», un libro de poco más de ciento cincuenta páginas.

El mundo de la infancia lo trata Delibes magistralmente desde su primer libro, «La sombra del ciprés es alargada», y los niños han ido apareciendo en sus libros, solos o en pandilla, siempre llenos de frescura, autenticidad y gracia. Ahora —en el ahora en que esté escrito este libro—, Delibes juega al más difícil todavía y se mete en el alma de un niño de cuatro años —un hijo suyo como primer modelo, quizá—, y a través de él observa el mundo. El príncipe destronado es, naturalmente, ese hermano pequeño que había sido mimado hasta que llega al hogar otro hijo —una niña—, que le deja destronado de la ternura familiar. Desde Freud para acá sabemos las implicaciones psicológicas que pueden tener estos traumas infantiles. Delibes nos cuenta la jornada de un niño de cuatro años, desde que se levanta hasta que se vuelve a dormir con el sueño obstinado y violento de los niños. Lo primero que tenemos, pues, en este libro, es el alma y el cuerpo de un niño, su visión y sus visiones del mundo, sus esfuerzos inconscientes por recuperar la ternura perdida, eso que se ha dicho de que el niño es puro porque no tiene ni pasado ni futuro: sólo presente.

El estudio que hace Miguel Delibes del niño de cuatro años es minucioso, perfecto, real, atento, sensible y novelesco siempre, narrativo. En «El espíritu de la colmena», la reciente y famosa película española, hay momentos semejantes a los de «El príncipe destronado», porque los niños —también los niños— son siempre los mismos.

Detrás del niño, tan admirablemente recreado y vivido, vemos el mundo familiar, los otros hermanos, el padre y la madre, las criadas, la ciudad, la historia, el mundo. Todo se va transparentando a través del fino cristal que es el alma de Quico, el niño de cuatro años.

Así, lo que resulta es una visión crítica, desolada, de la vida familiar, de la moral represiva, de la educación irracional, que

mantiene al niño entre los excesivos y pacatos pudores familiares y la procacidad de la calle, sin un término medio sensato, realista e iluminador. Un padre «triumfalista», digamos, con palabra que lo explica todo sin explicar nada, y una madre, una mujer sin realizar como tal (dicho sea también con términos muy al día) nos remiten a la sociedad española de casi ahora mismo. Todo dado ligeramente, en el diálogo, sin perder la alacridad que corresponde a una historia de niños.

Pero lo que más puede interesarnos hoy de este libro, más allá de todos los valores reseñados —y ya tradicionales en Delibes, tanto los morales como los literarios— es esa decantación del realismo que roza ya con la novela objetiva, pues, al someter el mundo al prisma de un alma de niño, la madre se convierte en La Bata de Flores y la señora que besa al niño en El Abrigo de Pieles. La óptica de un niño, tan abstracta y tan concreta, tan elemental y tan aguda, nos da inevitablemente un objetivismo de factura muy moderna, donde el tradicional realismo del escritor queda sublimado por exasperación, digamos.

Este juego de darnos el mundo y sus penumbras a través del cristal claro de una óptica infantil es el gran acierto artístico de Delibes en «El príncipe destronado», lo que hace del libro una obra singularísima, deliciosa, una superación sin esfuerzo de las propias fórmulas del autor. Digamos que el mundo de «Cinco horas con Mario», por ejemplo, queda transparentado aquí por el cernedero de una sensibilidad infantil, con lo que se consigue una obra clara y cristalina que nos da la angustia del mundo esmerillada.

Francisco UMBRAL

# UN POCO SOBRE <sup>2</sup> MIGUEL DELIBES



Por Javier DEL AMO

ANTE la última novela de Delibes, «El príncipe destronado» (1), no puedo adoptar el papel crítico, minucioso y objetivo. Tengo que ir más allá, más allá del texto, y mirar para atrás y aportar, si es posible, toda una experiencia interior, que se remonta a años colegiales, cuando su literatura, enmarcada en lo español, me iba penetrando, me iba empapando. Y en este despertar de la creatividad, en esta nueva mirada, evocar años de lectura, familiaridad con sus personajes, encuentro y reencuentro con su mundo.

Es algo más, pues, que una crítica literaria: es una especie de confrontación de cosas, de cosas que uno ha intuido, presentido, quizá vagamente advertido no a través de la persona, sino sólo ante sus escritos. Quienes tienen la fortuna de conocer a la persona poseen capas, matices, imágenes que no puedo tener yo, lector anónimo a lo largo de largos años, de la buena literatura de Miguel Delibes. Quienes le vieron, quienes fueron sus amigos, los que lo son, cuentan con algo que yo ignoro: la vida de quien ha trazado otras vidas en una determinada narrativa. Pero hablar de una intimidad con la sola herramienta de un libro tiene también sus ventajas, porque permite asociar la médula vital que hay en la superficie del texto. Que éste responda a aquélla es cosa que tampoco importa demasiado. Son, pues, unas notas afectivas, apresuradas, recordatorias de hechos posibles, junto a la etcétera, pero real compañía del escritor en la propia peripecia vital.

En su novela «La sombra del ciprés es alargada» estaban gran parte de la agudizada sensibilidad, gran parte de la maestría, gran parte de la profundidad «realista» de Delibes. Estaban allí sus angustias, sus temores, su concepción trascendente del mundo, su modo de dolerse cotidianamente con los objetos a los que miraba. Posteriormente, esa sensibilidad fue concretándose a un ambiente: los pueblos por él recorridos en su peregrinar y a unos seres: los niños, los humildes, los herméticos e inexcusables sabios de la vida humana, de la vida insignificante.

¡De la vida insignificante!: porque éste ha sido el objetivo primordial de su mirada expresiva: elevarse a cronista de lo pequeño, de la frustración, del conocimiento de lo precario, de lo mínimo. Todo el despliegue «formal», objetivo, de sus novelas, en cierto modo, encuentra su centro de gravedad, su sentido, su tensión, su fuerza, en estos personajes.

Los niños que interpretan los signos del tiempo, los jubilados que encuentran en la memoria el alivio para las horas de soledad, de incompreensión y de olvido, inclinan la balanza de la expresión y del ritmo de la escritura hacia esos tejidos vivos, ocultos en el acontecer diario, que justifican la literatura y la hacen grande.

De pronto, todo lo objetivo, toda la madurez, todo el equilibrio interior del relato repliega la estructura global y da sentido a un claroscuro, a algo apenas percibido, pero donde se revela esplendorosamente, la concepción del mundo del artista.

Mucho puedo decir de la literatura de Miguel Delibes: años y reflexiones hacen de su obra un objeto posiblemente valorable. Pero quiero, repito, hacer algo más, quizá algo menos, al evocar cómo sus tipos, sus ambientes, han estado presentes, han vivido conmigo, quizá hasta los he visto en mi propia vida cotidiana como un plano superior en el que nos emocionamos todos, todos los que han leído intensamente la literatura española de estos años.

Su último libro, pues, evoca unos años, y esas ideas que uno ha tenido sobre llamémoslo «el sínfin de imperfecciones del realismo». Junto a la madurez expresiva se va este conjunto de imperfecciones que vienen dadas más por la limitación del lenguaje que por una insuficiencia creativa. Delibes nos cuenta la vida cotidiana de un niño, en una familia con muchos hermanos, que se ve desplazado por la llegada de otro niño. En el día de un niño se cuentan una serie de cosas que están en el ambiente. De pronto, el lector advierte que es la madre, su sombra, su perfil, su estar innominado, la verdaderamente importante. Descubre que la madre es lo que preocupa al escritor, solitaria en su abnegado y cansado equilibrio, la madre donde está la ternura ante la mujer, ante una mujer que tiene una historia, una vivencia, una soledad de pasillo y difícil formulación. Es entonces cuando la problemática del niño —aguda, profundamente explicitada— pasa a un segundo lugar, y es cuando una mujer, que Delibes llama la Mamá, aparece como a la luz de la propia experiencia cotidiana del escritor. Delibes, al trazar esa ternura, esa sensación de estar o no estar de la madre, parece adoptar un ojo mágico, una óptica que nace de su propia experiencia interior, íntima.

Detrás del finísimo hilo que hace dulce, vivamente presente a la madre, está precisamente el finísimo hilo de una sensibilidad, la del escritor, desplegada en unos años, escondida en la monotonía, pero vigilante de esas cosas que no sabemos qué son, pero que mueven, allá en la trastienda de nuestros actos, toda la vida. Y así, el niño desplazado por su hermanito se emborrona en la superficie del relato y aparece la madre viviendo o no viviendo, en ese pequeño vértigo del hoy, en la multiplicidad de sensaciones que es la sensación más pura, más simple.

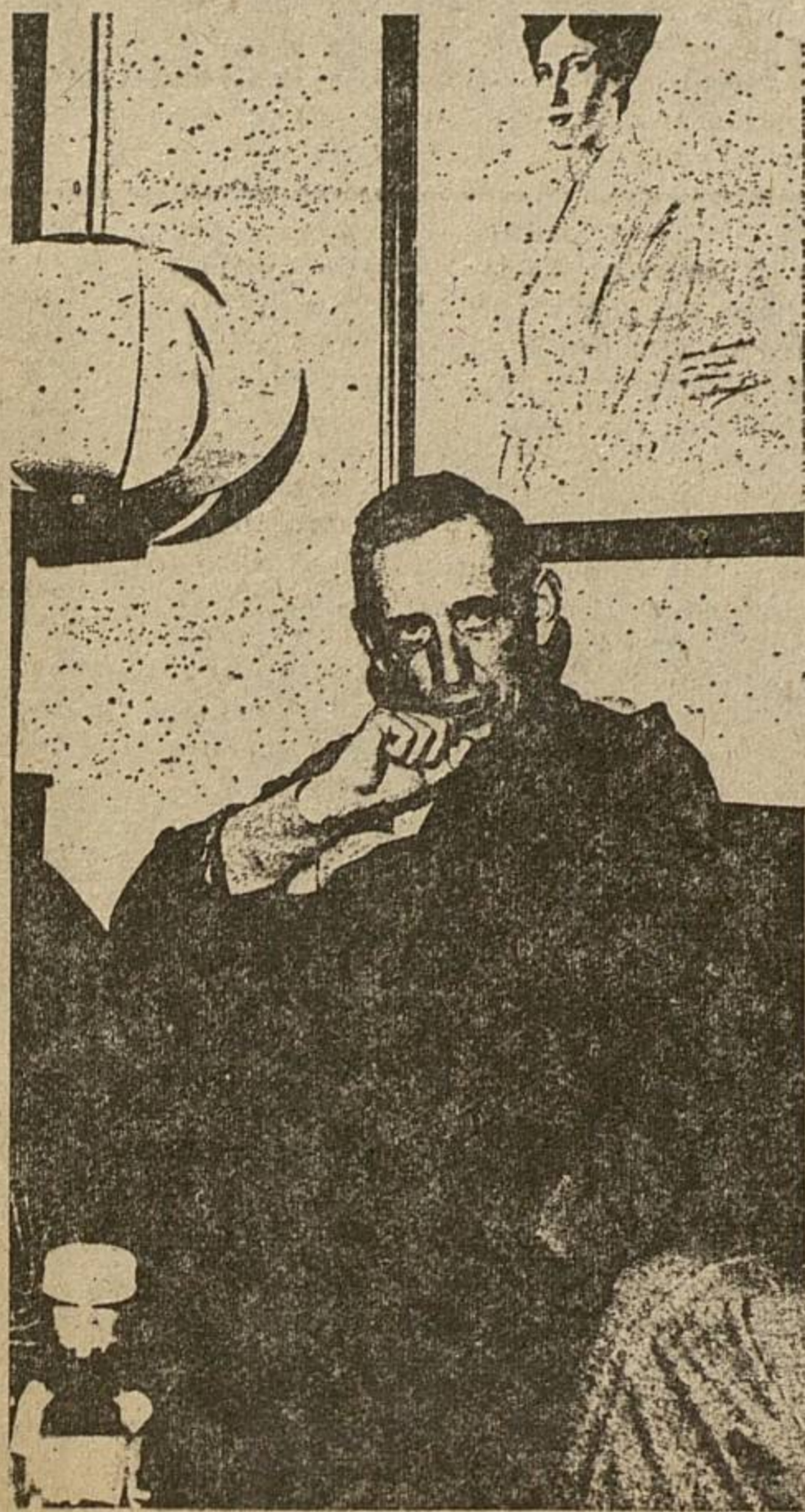
(1) «El príncipe destronado». Miguel Delibes, Ediciones Destino, Barcelona, 1973.

"Informaciones"

4-11-74

## LEER EN MADRID

### UN NUEVO MIGUEL DELIBES



Que quieren: un libro de Miguel Delibes, hoy por hoy, siempre es noticia. De ahí que me apresure a recordar que debe andar ya por las librerías la nueva novela de este autor: "El príncipe destronado" (Destino).

Tras la "Parábola del naufrago", que parecía indicar un cambio de rumbo sustancial en la obra de Delibes, se habló y se dijo que si fue y que si vino. Pero ya no hay remedio, este nuevo marca el retroceso hacia los quehaceres que Delibes consagró con su maestría. Ni nuevas técnicas, ni nuevas historias, ni nada nuevo: Delibes se nos ofrece a cuerpo limpio, alando la serena voz de su sabiduría...

"El príncipe destronado", una vez más, nos introduce a la contemplación del mundo a través de la utilización de un chiquillo de cuatro o cinco años de edad, de las relaciones con su familia, del contorno de ternuras, desarreglos y melancolías que se traban en el seno de su percepción de las palabras y los hom-

bres que, a lo largo de veinticuatro horas, pululan a ojos vista de su persona. Se trata de un libro hermoso, sin duda, en la línea del mejor Delibes Tradicional. De ahí, me he dicho, que no sea del todo ocioso recordarlo apresuradamente, mientras la crítica decide como enfocar su lectura. Se me olvidaba: la novela viene ilustrada con dibujos de un chico de cuatro años, Adolfo Delibes Castro...

Por cierto: el último fin de semana (condenado al doméstico exilio interior por mi horripilante aparato de TV) me lo pasé leyendo un volumen agradable para quienes nos interesamos, en los años cincuenta y sesenta, con las cosas de la música ligera. Se trata de "Pop-Music/Rock", de Philippe Daufouy y Jean Pierre Sarton (Anagrama), que publica Jorge Heralde, ahora convertido en mentor de la moda del libro comprometido sobre música moderna (de John Cage a Jimmy Hendrix). Se trata de una reflexión sociológica, ideológica, política, de todo el tinglado (entre industrial y policial) que gira alrededor de los negocios del disco. Los jóvenes (porque son muy jóvenes; mais oui...) que han escrito este ensayo se las saben casi todas, aunque, a mi juicio, en ocasiones se pasen de sociológicos. Pero si tienen tiempo y ganas denle un vistazo al librito, tiene su encanto.

Y me adentro por la semanal ración de cotilleos... Me llama Jaime Salinas por teléfono para contarme que el último libro de Julio Cortázar, un volumen de cuentos que todavía no tiene título, aparecerá en "Alianza Tres" en la próxima Feria del Libro (por cierto: a Cortázar, con motivo de su última novela, "El Libro de Manuel", le han llovido todo tipo de críticas en Hispanoamérica... pese a que esa novela contenga las más bellas páginas que se hayan escrito hace tiempo, en castellano, en cuestiones de literatura amorosa... algo terrible y muy hermoso, sí...). Sigo: Isaac Montero se marcha el mes que viene a Estados Unidos a dar unas conferencias sobre literatura española: se trata, una vez más, de un caso de emigración de cerebros, debido al paro forzoso en que nos sume esta península. Por cierto: Sebastián Auger ha pasado por Madrid, presentando libros de su casa editora: cena de postín y festejo con copa y puro para quien se apuntase; y a presentar libros como el cuarto tomo de las obras completas de don José María Pemán (antes que se me olvide: se están escribiendo cartas a Suecia para promocionar su nombre, otra vez, carda al premio Nobel... como lo oyen...); o "Los políticos", de Bonifacio de la Cuadra, con prólogo de Eduardo Haro Tecglen, e introducción de Jaime de Campnay; o "Los empresarios", de Elvira Daudet, con prólogo de Torcuato Luca de Tena, y epílogo de Amando de Miguel... Relación de nombres, como verán, entre lo "moderno" y lo "rancio", entre las aventurillas de juventud, la crítica constructiva y las aspiraciones al poder. Y un último chisme: si pensaban presentarse al último premio de novela "Canarias", no lo hagan: ya tiene ganador: Félix de Azúa... prácticamente todos los miembros del jurado son íntimos amigos suyos, y, según las malas lenguas, él por poco ha llegado a pedirle al editor casi garantías para el éxito de su triunfo...

"Alianza", siempre inventando algo nuevo, se acaba de sacar de la manga una monumental "Historia de las Cruzadas", en tres volúmenes, de la que es autor Steven Runciman. Se dice así de este proyecto editorial de estimable altura: "Romántica aventura cristiana o última invasión de los bárbaros, movimiento animado por razones religiosas o saqueo guiado por la ambición y la codicia, la historia de las Cruzadas..." Pues así va el tono de esa historia.

Y del libro a la calle: en la Universidad Central madrileña, grupos de alumnos de pro acaba de tomar conciencia que los nuevos planes de estudio de la enseñanza general básica no conceden ninguna importancia a la literatura, en beneficio, eso sí, de la lingüística estructural y otras historias. Lázaro Carreter y Guillermo Díaz Plaja han sido los profesores que, con mayor insistencia, vienen denunciando ese proceso de ruina que se avecina contra las humanidades, pero nadie los escucha... Después de varios siglos, a través de los cuales se origina nuestra civilización, la enseñanza de la literatura constituyó la base fundamental de las culturas occidentales.

Y acabo, ya, con una cosa que me encanta: ¿saben qué se está resucitando al absolutamente maravilloso Jack London?... Se reeditan sus libros ("Aventura", "El peregrino de la estrella"...), y la progresía peninsular se desvive por releerlos y prologarlos con fervor. Muchos, leímos a Jack London en viejas traducciones de preguerra —jaquella mitológica colección que, a principios de siglo, fundase Blasco Ibáñez!...—, luego vino un tiempo de silencio. Y ahora se nos viene encima, de nuevo. En Francia, ocurre otro tanto. "10-18", la magnífica colección que orienta Christian Burgois, está reeditando el fondo completo de London, comenzando, como no, por esa novela terrible que es "Martín Eden", la gran autobiografía de London, el aventurero, el político, el suicida...

JUAN PEDRO QUIÑONERO

mundo siga en pie y que las noticias que diariamente llegan a nosotros terminen por no causar efecto o sea éste tan superficial que no produzca reacciones preocupantes ni entre en la esfera íntima de nuestra sensibilidad, de manera que provoque una conciencia personal de compasión y de res-

## HUMOR Y POLITICA

# Españolerías

### Gula

Los atracadores entran en los bancos a atracarse de dinero.

### Negro futuro

Entre los asaltos a las entidades bancarias y la fuga de capitales se quedaron sin un céntimo.

### Pecados capitales

Como somos el país de la envidia, no hacemos crítica de la gula o de la pereza.

### Lucha de clases

La más trascendental lucha de clases es la lucha de clases... políticas.

### El carisma

El carisma es consecuencia de la personalidad, o de la publicidad. Según los casos.

nadie ha tenido como El a todos los hombres, sin distinción de razas, distancia y condiciones sociales, debiera adquirir tanta fuerza que, al menos, despertara un cierto malestar y remordimiento, cuya consecuencia fuera comenzar a "hacer algo" para pasar del bando de los "malditos" al de los "benditos de mi Padre", que dieron de comer, de beber y de vestir a los que tenían hambre, sed o desnudez.

Y para quienes la fe en el Evangelio ha perdido o no ha tenido nunca fuerza estimulante para su sensibilidad, la consideración de que quienes sufren son hombres como ellos y que todos, antes o después, necesitamos de los demás, debiera también hacerles reaccionar con eficacia y generosidad. El despertar de la sensibilidad individual se pasa con facilidad a la sensibilidad colectiva, movilizandolos grandes medios que requieren las desgracias multitudinarias. La tremenda sequía africana está presente a diario en nuestras pequeñas pantallas y en la prensa, pero ella nos recuerda que el hambre es un mal endémico en grandes zonas del globo, mientras que en otras, más limitadas en extensión y número, hay abundancia hasta el despilfarro.

César VACA

(Continúa en pág. siguiente)

y avivarnos la sensibilidad social. Así como vivimos, no está bien vivir entre carencias y violencias y además con incoherencias. Cada uno de nosotros, en nuestro pedacito temporal de vida, podemos hacer algo seguramente que sirva para mejorar, siquiera una pizca, este vivir sobre Tierra de los seres humanos. Algo que ayude al florecer de la esperanza, esperanza de un amor humano posible.

## LOS NIÑOS: Príncipes destronados

El niño "Quico"—creación de Miguel Delibes, El príncipe destronado—acaba de convertirse en un personaje más—niño—de los inventados por los poetas, por los creadores en palabras. "Alicia", el "Pequeño príncipe" y ahora "Quico" con ellos... Estos niños de ficción, como los de carne y hueso, entreveran su jugar con el sufrir del crecer y de la vida. Los niños sufren mucho; también los sanos, los vitales, los alegres, los niños queridos de todo el mundo. Es inexorable que así sea. Aquí están para decírnoslo con "Quico", el "Pequeño Príncipe", de Seint-Exupéry; la fantástica "Alicia", de Lewis Carroll. A Miguel Delibes le han bastado doce horas de un día de "Quico"—ni siquiera doscientas páginas ligerísimas—para

Carmen CASTRO

(Continúa en pág. siguiente)

4  
"YA"

6-0-74



MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes

NECESITAMOS

# TRES SECRETARIAS DE DIRECCION

- Imprescindible perfecto dominio taquigrafía-mecanografía.
- Con experiencia.
- Jornada completa (sábado tarde libre).
- Trabajo en importante grupo de empresas.
- Puesto estable.
- Remuneración a convenir.

Entrevista personal: General Sanjurjo, 57, 6.º (Srta. Maite), los días 5, 6 y 7, de 5 a 8 tarde

(12.252-5.)



**SOCIEDAD PETROLIFERA  
ESPAÑOLA SHELL, S. A.**

precisa

(Viene de la pág. anterior)

levantar hasta nosotros la vida de una familia, de una casa, de un grupo social en una ciudad castellana, en diciembre de 1963. Esto, literariamente, es extraordinario. Pero, además, y para el vivir en el suelo, "Quico" es una voz de alerta—sin que él vaya a sospecharlo ni acaso tampoco lo haya sospechado el novelista—. Una voz de alerta, porque los niños, todos los niños sensibles del mundo, se parecen a éste. Y a todos ellos, como a él, se les puede quitar el miedo sin más que una caricia, y se les puede herir vitaliciamente tan sólo con una frase. Y como los niños "son para crecer"—lo dijo una gitana del Albaicín—y están creciendo segundo a segundo, habrá que no olvidarse de los niños todos, porque los tenemos al alcance de la mano; de la mano nuestra o de nuestros medios de comunicación a larga distancia, desde la TV en adelante.

**«DERECHOS DE LA MUJER»:** Defenderlos sin perder la compostura

*Aristodema de Esmirna pertenecía a una escuela de poetisas—en el siglo III a. de J. C.—y recorrió Grecia dando recitales. Seguramente cantaría y tocaría algún instrumento. Pero no tengo los programas de sus actuaciones. Sólo sé que triunfaba y viajaba. Entonces, la mujer y el varón rea-*

5  
7 - Febrero 74

"Inmortalidad"



## GUIA DE LIBROS



«El príncipe destronado», de Miguel Delibes.  
Col. Ancora y Delfin. Barcelona, 1973. 167 pá-  
ginas

Un nuevo libro de Miguel Delibes... ahí es nada. Tras la experiencia radical de «La parábola del naufrago», Delibes ahora vuelve a sus rumbos expresivos tradicionales (quizá en un tiempo de transición) con un libro que tiene a los niños por protagonistas (¿libro para niños, o sólo utilizando la temática infantil como medio expresivo, en consonancia con sus obsesiones más íntimas?...; quizá sea más cierta esta segunda respuesta). Y esta nueva obra nos devuelve al gran estilista, al prosista ejemplar, enriquecido ahora a la luz de una perspectiva quizá no del todo inédita en su obra, ya que en la obra de Delibes son rastreables unos antecedentes muy nitidos, que desembocan en esta nueva y bella obra, que comentaremos por extenso más adelante.

Hoja lunes  
Valledorid 11-2-74

MD

6

# "EL PRINCIPE DESTRONADO"

de MIGUEL DELIBES

Tras su incorporación a la Real Academia Española, se esperaba con expectación el nuevo libro de Miguel Delibes. "El Príncipe destronado" ha saltado estos días a los escaparates de las librerías como una pequeña obra maestra, cuajada de aciertos, en la línea de sus mejores libros. Pequeña sólo en extensión, en páginas; unas páginas que seguiríamos leyendo con deleite durante tiempo y tiempo.

"El príncipe destronado" es la historia de Quico, un niño de cuatro años, en torno al cual giran los demás personajes, que no por secundarios carecen de un trazo firme que les define en muy pocas líneas, presentándolos humanos y muy cercanos al lector. Pero ya decimos que el eje de todo el libro es Quico y su mundo fantástico, en el que penetra Delibes por campos insospechados que le van poniendo a uno en tensión hasta que, de pronto, surge la carcajada por obra de una de las muchas ocurrencias del chaval.

No tiene la amargura de "Cinco horas con Mario" o el trasfondo de tragedia que late en algunas otras obras suyas. El Delibes que ha dado vida a Quico está mucho más cercano a "El camino". Ha superado, a nuestro juicio, dificultades mucho mayores como ha sido la de cargar todo el peso de la obra en un niño que apenas posee expresiones de lenguaje suficientes —el gran peligro de que hubiera podido salirse repipi—: desarrollar la acción en el corto espacio de once horas; ceñirse al escenario de dos o tres habitaciones de la casa. Sorprende que casi todo sobre, porque lo importante es el niño y el encanto de su mundo fabuloso. Hay escenas, como la que protagoniza con su hermana Cris en el cuarto de baño, que es preciso leerlas más veces.

Pero si el libro quedase ahí, no pasaría de ser una colección de páginas se narran las diabluras de un nene travieso. Miguel Delibes nos hace caer en la cuenta de que la mayoría de los niños están recibiendo una cimentación execrable en los primeros años de su infancia; unas veces porque pierden el trono ante la llegada del nuevo hermanito y, casi siempre, porque los mayores hemos perdido la transparencia en nuestra conducta. Miguel Delibes pone en solfa todo ese mundo odioso que los mayores imponemos a los niños: los latiguillos del comerciante, las vulgaridades de que hablan las señoras, los temores que infunden las muchachas, los relatos de terror que le cuenta el abuelo como premio para que se esté quieto —¡qué copla la Rosa Encarnada!—; el mundo de los hermanos mayores; los slogan de la televisión pronunciados por el niño mecánicamente; el distanciamiento de sus padres con un bombardeo de intemperancias, que el niño no puede entender, pero que escucha boquiabierto... Al final, uno no puede por menos de exclamar: ¡qué suplicio de día para el pobre Quico!

Una vez más, al hilo de una leve trama, Delibes suscita los temas que más preocupan al hombre de hoy: la convivencia, la incompreensión, la lucha generacional, el ocaso del amor, la muerte, los fantasmas, las tragedias de cada día... En fin, es un mundo tan conocido y tan cercano que uno diría estarlo tocando a diario. Un cuento divertido de un bebé travieso que, al final, nos deja desasosegados, sin poder encontrar la paz con nosotros mismos. Son centenar y medio de páginas que no tienen desperdicio.

Ah, el libro tiene un par de dibujos deliciosos que hizo Adolfo Delibes Castro, hace diez años. Cuando tenía cuatro y en Sedano me contó las historias emocionantes de una estrella que veía correr por el cielo.

L. M. DUQUE

## LITERATURA

**EL LIBRO DE LA SEMANA****"EL PRINCIPE DESTRONADO"****DE MIGUEL DELIBES**

He aquí la última novela de Miguel Delibes, de este escritor que tan espléndidas páginas ha proporcionado a la narrativa española contemporánea, el escritor de pulso seguro —pulso de cazador—, que elabora sus libros con sosiego, con lenta y hermosa paciencia de artesano. Digo esto porque jamás sus libros nos producen la impresión de haber sido escritos aprisa, con impaciencia. Sus obras, novelas, narraciones breves, libros de viajes, libros sobre cinegética, nos producen siempre la sensación de la seguridad, de la armonía, del equilibrio, del estudio que ha ido madurando sin urgencias. Cuando el escritor se sienta a la máquina, esa maduración interior, por muy laboriosa que haya sido, fluye con suavidad, con la delicadeza del arte de la literatura. Y esto es así incluso cuando el escritor se ha permitido, cosa que por fortuna no es en él frecuente, alardes técnicos que nos apartan un tanto del Miguel Delibes más reconocido, profundo y estimable.

Bien. Aquí está su última novela: «El príncipe destronado», un relato que, a primera vista, puede parecer fácil y que es sumamente complejo. Se parte de una anécdota de raíz y ambiente limitado: once horas de la vida de un niño de tres años. Once horas que transcurren casi por completo en el hogar. En un hogar de la alta clase media en una ciudad provinciana, marco tan querido por el novelista. Hasta aquí, esa anécdota puede antojárenos elemental y simple. Pero no lo es, ni mucho menos. No lo es porque Delibes se propone un empeño de mucha más envergadura: adentrarnos en el mundo infantil, en esa difícil, misteriosa, casi desconocida primera infancia, en un momento determinado. Quico, el niño protagonista, es el quinto de seis hermanos. Tras él, apenas un año de vida, una niña. Tampoco, como acaso piense algún lector, nos encontramos ante el caso de los celos infantiles, sino ante el derrumbamiento de una situación mantenida mientras el pequeño Quico ha sido el último de los hermanos, el «príncipe» que será destronado por la hermanilla.

La novela transcurre en dos planos que se armonizan, se complementan y estimulan uno al otro: por una parte, el mundo infantil del niño, sus llamadas de atención hacia su propia existencia, hacia su fuerza perdida; por otro, el mundo de los adultos que acaricia, hiere o sorprende la esfera de la intimidad del pequeño. De modo que al estudio psicológico centrado en este niño de poco más de tres años, niño inteligente e imaginativo, se une, como en un eco, como un paisaje de fondo, el mundo de los adultos, el mundo exterior, el mundo que alcanza, sin gritos, sin demasiado directas alusiones, un perfil cotidiano y dramático de actitudes, de problemáticas, de situaciones, de alegrías y de tristezas. Poco a poco, desde el niño, se nos va abriendo más y más una perspectiva sólida, construida con suma destreza, con sensibilidad e inteligencia. El gran escritor que es Miguel Delibes vuelve, sin desmelenamientos técnicos que acaso estén de moda, a recrear un horizonte narrativo cotidiano y asequible, perfecto y tibiamente verdadero, suave y dolorosamente humano en el que, como digo, se nos apuntarán diversas situaciones conflictivas que descubriremos en cuanto son recibidas, con o sin conciencia de ellas por el personaje central.

Pero es indudable que el mayor esfuerzo creador de que hace gala Delibes en esta novela, publicada en el índice de Ediciones Destino, está centrado en el pequeño protagonista, en su transcurrir hora tras hora de un día de diciembre desde las diez de la mañana hasta las nueve de la noche. Cuanto haga el niño, encerrado en su mundo o abierto al de los demás, tendrá un sentido, una nostalgia de evocación, un universo diminuto de descubrimientos, de pulsaciones conflictivas, de inocencias desveladas, de sombras que se realizan en la fantasía y en la realidad de una sensibilidad infantil enfrentada a su situación de «príncipe destronado», de testigo de un mundo adulto que no entiende, en el que quiere penetrar y del que, en determinados momentos, vuelve a convertirse en centro arropado, enternecido y principal, y en víctima de sus propias travesuras.

En unas pocas horas, limitadas por un escenario físico y ambiental reducido, el lector asiste a toda una gama de pequeños, o sugeridos, acontecimientos que, como antes decía, nos aproximarán a una realidad adulta con problemas, con roces, con incomprensiones y acercamientos. Y, siempre, desde el niño, desde ese pequeño gran protagonista de la novela de Miguel Delibes, uno de los personajes más inteligentemente creados por el escritor vallisoletano. Porque en literatura ocurre como en pintura: es muy difícil ofrecer con naturalidad que se acepta y se comparte el mundo infantil. Delibes lo ha logrado por completo en su novela última, en esta experiencia narrativa que nos transmite de forma tradicional, con la habitual riqueza estilística, con la siempre presente madurez creadora del narrador magistral que es el escritor. Cuando concluimos la lectura de «El príncipe destronado» tenemos la impresión de haber asistido a un retorno imposable, a una evocación sutilísima, a una emoción que, en las palabras del novelista, ha sido recreada para nosotros con sobriedad, con elegancia, con intuición, con una ternura comprensiva, con una agudeza descubridora que va más allá del propio límite que encierra la novela. Anotemos, por último, la gracia y la espontaneidad de los dibujos realizados por un hijo del novelista, el pequeño Adolfo Delibes Castro, a los cuatro años de edad.

JULIO MANEGAT



# BUENOS DIAS, AMIGOS



## MIGUEL DELIBES,

### NIÑO



**D**E adultos, ¿hemos pensado alguna vez en cómo nos puedan ver los críos, qué real o fantástica estatura tenemos para ellos los llamados "mayores", cómo reciben nuestros gritos, escuchan nuestras medias palabras y a veces muy exóticas palabras, atienden nuestras exigencias y ven los colores de nuestros vestidos?

La cuestión es bastante pistonuda. Para un hombre que escribe --y que desearía recuperar la alegría y el primerizo maravillarse de su niñez-- la tentación del punto de vista del niño es una enorme tentación.

Miguel Delibes, novelista, que ha sentido una curiosidad verdadera y profesional por la infancia del hombre, que la ha llevado a alguno de sus mejores libros --ahora recuerdo "El camino", organiza en su más reciente obra narrativa el gran experimento: meterse, como narrador, en la piel de un niño, ver con los ojos de su protagonista (el principito, destronado, de un hogar), todo lo que ocurre a su alrededor. Desde el egoísmo de los mayores, cómo defienden su comodidad, hasta el terrible descubrimiento de que él ya no es el dueño, pues otro ser más pequeño y desvalido, ha llegado y ocupado su lugar...

El novelista sale muy airoso de su empresa: ver la vida desde la real estatura



de unos pocos años y contarla desde ese nivel. Como Delibes es un hombre sincero y amigo de la verdad, lo que cuenta, que nunca deja de tener un aire un poco cómico, es, por contraste, más bien dramático, como la vida es.

Esta nueva aparición novelesca de Miguel Delibes, tras unos años de silencio, lleva el título de "El príncipe destronado". Toda la narración está trazada desde la corta estatura del "cadet" al que la hermanita sustituta le está destronando. Ya no es, el peque, el ombligo del mundo. Con el experimento Miguel Delibes ha escrito otro de sus más jugosas novelas. Novela de cortas dimensiones, pero honda en su contenido: un retrato, bien redondo, de la nueva sociedad que nos rodea vista por un crío que comienza a hacer preguntas...

JUAN BONET

★ Miguel Delibes, "El príncipe destronado", Ediciones "Destino", 1974.

MD

9

## LIBROS Y PUBLIC

## A la búsqueda del niño perdido

**MIGUEL DELIBES: «El príncipe destronado». Ediciones Destino. Colección Ancora y Delfín. Barcelona.**

Miguel Delibes es una de las pocas figuras indudables de la novela española de la posguerra. Ha alcanzado ya el reconocimiento internacional, como Cela, Ramón Sender o Francisco Ayala.

La evolución literaria de Delibes tiene un sentido bien claro. Desde "La sombra del ciprés es alargada" (premio Nadal 1947), su carrera como narrador ha seguido una trayectoria de progresiva perfección y enriquecimiento. Un hito fundamental (me parece) es el de "Cinco horas con Mario" (1966);

Dentro de nuestra vida literaria es un gran acontecimiento la aparición de una nueva novela de Delibes: "El príncipe destronado" (eds. Destino, col. Ancora y Delfín. Barcelona, diciembre de 1973). Ha intentado ahora una empresa original y nada fácil: narrar la vida de un niño de tres años, Quico, a lo largo de un día de diciembre, desde que se despierta dando gritos hasta que cae rendido en la cuna por la noche. El narrador escribe en tercera persona, en tono aparentemente objetivo. En el fondo toda la realidad presentada lo es por su relación con el niño, al que se contempla sin ninguna idealización, pero con gran ternura.

#### LA CRITICA SOCIAL NO ES POSTIZA

Delibes es un maestro de la narración realista. Domina plenamente sus fundamentos permanentes, necesarios: la observación de una realidad y la recreación mediante el lenguaje adecuado. En esta nueva obra podemos comprobarlo una vez más. La sutileza con que se evoca el mundo infantil alcanza aquí niveles de perfección y matices poco habituales en nuestras letras. Y junto a él, las personas mayores: criados, padres, familiares... La crítica social no es postiza, añadida artificialmente, sino que fluye con absoluta naturalidad del mundo observado.

La maestría de Delibes no es espectacular, no quiere deslumbrarnos con brillantes ejercicios de técnica. Nos da, ante todo, un ambiente insuperablemente evocado. Quiero subrayar el acierto de la cocina, llena de mil objetos cotidianos, habitada por los niños, las criadas, los seriales de la radio. Como elemento básico de todo ello, el lenguaje: ni elevado ni vulgar; simplemente, lengua coloquial castellana, familiar, de tono medio. Para todo el que quiera saber cómo hablan los españoles en la década de los 70, la obra de Delibes constituye un documento insustituible.

Novela de niños, pero también novela de mayores. Ante los ojos de Quico se esbozan los conflictos de las criadas, el desamor de sus padres. Aquí, Delibes ha penetrado en el mundo de los ricos,

del desarrollo, de los consejos de administración: gran tema para que se aplique a él, en el futuro, el novelista.

Sobre el mundo de los padres sigue pesando el hecho de nuestra guerra. Superando la oposición ideológica de sus padres, Pablo, el hijo mayor, dirá que "asociaciones de veteranos hay en todas partes, pero, en nuestro caso, sólo serán eficaces si vamos unidos los de un lado con los del otro. Juntos, ¿comprendes?, es la única manera de olvidar viejos rencores" (p.54). Es exactamente la misma lección que proclama el hijo al final de "Cinco horas con Mario". Delibes insiste en la necesidad absoluta de una reconciliación nacional, y sugiere que son los jóvenes de hoy y de mañana los llamados a realizarla.

#### ESE NIÑO QUE TODOS HEMOS SIDO...

En el fondo de todos nosotros

en esta novela, Delibes se abre a nuevos experimentos técnicos (uso sistemático del monólogo interior), a la vez que agudiza la crítica social y política. En la historia de la novela española contemporánea, Carmen, la protagonista de esta narración, quedará como un retrato impresionante de los defectos y contradicciones de la mujer española tradicional. La misma unión de nuevas técnicas y agudizada con ciencia social y política se da en la "Parábola del naufrago", que refleja la angustia de Delibes ante un mundo en el que el pobre individuo es aplastado por las poderosas fuerzas alienantes.

está perdido, olvidado, ese niño pequeño que todos hemos sido y que Delibes nos ayuda a reencontrar. Desde el comienzo, la sociedad que le recibe y el tipo de educación que se le da no son los más adecuados. Cuando llegue a mayor ¿conseguirá Quico llegar a ser un español íntegro sin que le hayan "helado el corazón"? ¿Se repetirán en él los vicios y las frustraciones de sus padres? Delibes sólo nos ha presentado lo que ocurre en un día de diciembre, y es el lector el que se hace estas preguntas.

Con técnica transparente, Miguel Delibes ha escrito una obra deliciosa, que se lee con enorme facilidad e interés, profundamente enraizada en la realidad española. Hay en ella mucho más de lo que una mirada superficial puede descubrir a primera vista. En los momentos de frívola experimentación que atravesamos es una lección. Y una pequeña obra maestra.

Andrés AMOROS

## "Yo no polemizo con nadie", dice Delibes

«Me limito a hacer lo que sé con la mejor voluntad» • Cinco preguntas al autor de «El príncipe destronado»

**Andrés Amorós:** ¿Qué representa esta obra dentro de tu evolución? ¿Supone una vuelta a técnicas más tradicionales, después de los experimentos de "Cinco horas con Mario" y "Parábola del naufrago"?

**Miguel Delibes:** Yo no estudio mi evolución literaria. Según las exigencias del tema, adopto una técnica u otra (la que juzgo más conveniente), sin preocuparme demasiado si es tradicional o de vanguardia.

—¿Te ha sido difícil penetrar de ese modo en la psicología de un niño? ¿La has estudiado de algún modo especial?

—Siendo el tercero de ocho hermanos y el padre de siete hijos,



oportunidades de observación de la infancia no me han faltado. Mi anhelo por comprender a los niños data de mi adolescencia.

—No es sólo una novela sobre niños, también sobre los mayores que los rodean. ¿No queda esa parte un poco incompleta, sólo esbozada?

—En "El príncipe destronado", el mundo de los adultos (muy poco edificante) únicamente me interesa en lo que puede rozar o influir en la psicología de mi pequeño protagonista.

—Aquí penetras en el mundo de los ricos, del desarrollo español, dejando tu habitual clase media. ¿Te interesa este mundo como tema novelesco?

—Es tal vez en este ambiente desahogado donde la soledad e incompreensión de un niño adquieren mayor patetismo. Si yo me pronuncio contra la educación española (contra su carácter represivo, hipócrita, contradictorio, amedrentador y violento), resulta más convincente hacerlo en un medio donde las dificultades económicas no constituyen nunca traba. La defectuosa educación no deriva aquí de la necesidad.

—En un momento en el que gran parte de la novela española sigue caminos experimentales de cierta dificultad, ¿no tiene un cierto valor polémico la aparición de una novela como ésta?

—No. Yo no polemizo con nadie. Me limito a hacer lo que sé con la mejor voluntad. Ahora bien, no dejo de comprender que, entre tantas experiencias inextricables, "El príncipe destronado" (tan simple, tan transparente, tan directo) resulta un libro detonante.



La última novela de **MIGUEL DELIBES**



«EL PRINCIPE DESTRONADO»,

un relato magistral

Dos aspectos suelen darse, condicionándola, en la narrativa que se hace en España. Uno de ellos la preocupación, poco menos que obsesiva, de colocar etiquetas integrando a un determinado número de autores bajo la misma denominación. O sus productos, para que no haya equívocos. Tan pronto se habla de novela "social", como de novela "realista", de "objetivismo", o de literatura de "denuncia"; depende del tiempo que el oficiente—crítico—de turno se apresure a bautizar éste o aquel autor, o ésta o aquella tendencia. Así ocurre que nuestros autores se dedican a integrarse cuanto antes en la etiqueta, que más bien suele ser la "moda". Ultimamente, entre los "novísimos", se lleva lo que nos atravesaríamos a calificar de literatura "invertibrada" (y va de etiquetas), que si tuvo en el "Ulises" joyceano su expresión más brillante y categórica, resulta, en sus epígonos, sumamente fastidiosa. No olvidemos que la imitación es el más vejatorio de los servilismos. Más aún si la imitación es intencionada. Aunque también es justo reconocer que en esto de la imitación se ha llegado a alcanzar una maestría suma.

En cuanto al otro de los aspectos señalados se refiere, concretamente, al estilo. Se olvida demasiado pronto que el secreto de toda obra imaginativa (y mientras no se demuestre lo contrario, cualquier tipo de novela lo es), radica en la simbiosis entre contenido y forma. Del mismo modo que lo básico de la elegancia es el modo como le cae al cuerpo el traje confeccionado. Aquí no vale lo del estilo por el estilo, según la fórmula del arte por el arte. Un estilo, en cuanto a la novela, o es eficaz, o no es nada. Se queda en juego evanescente. El estilo de Baroja, pongamos por caso, es eficaz; el de Miró, orquestal. Entre la rigurosa expresividad de la prosa del primero y la ornamentalidad, tan bella de por sí, ciertamente, de la del segundo, se da la diferencia que va de lo exacto a lo hiperbólico. La crítica española actual, acaso porque pesa en demasía sobre ella la escolástica, suele enjuiciar valorando más la cualidad del estilo, su riqueza lingüística, que su fundamento en relación con la manera de que es capaz de configurar un contenido y que en realidad constituye su misión suprema.

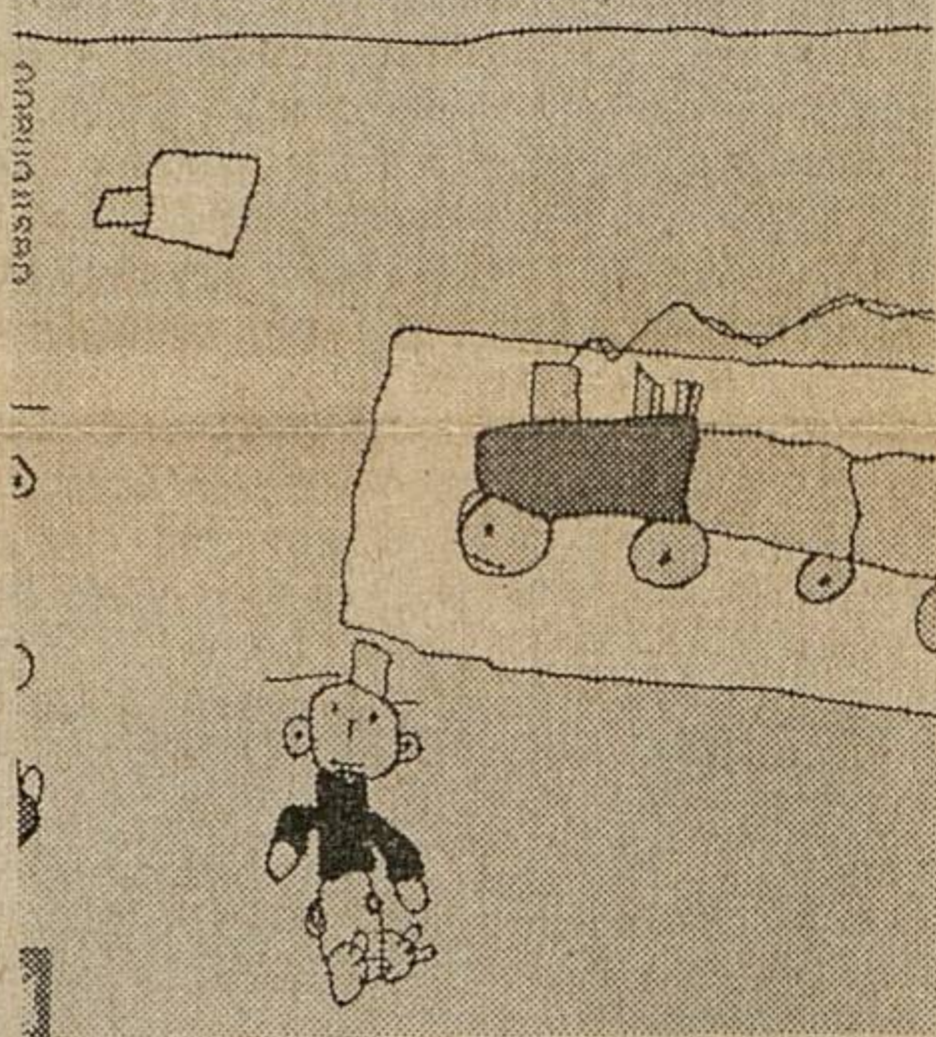
Acaso lo apuntado sirva para establecer una correlación al referirnos a la obra de Miguel Delibes en ocasión de la aparición de su novela más reciente, "El príncipe destronado", título que viene a sumarse a la ya nutrida, densa y reveladora —por trascendente—producción del escritor vallisoletano. Que Delibes es el más singular y brillante de nuestros novelistas, es algo que resulta a estas alturas de una obviedad aplastante, pero se da el caso de que sus novelas son un claro exponente de esa perfecta unidad entre fondo y forma, entre el contenido y el modo con que el estilo lo revela, que propugnamos como la más genuina representación del género. Lo que en las artes plásticas se llamaría "divina proporción", en el caso de Delibes habría que definirlo como el precioso equilibrio.

A Miguel Delibes se le ha encasillado, generalmente, como autor realista. No vale esta etiqueta si no se le aplica una más exacta definición, que resulte válida para entender, en su verdadera dimensión, el mundo novelesco de este autor. La palabra puede ser "mágica". El realismo de Miguel Delibes es un "realismo mágico". No se trata, por lo tanto, de reflejar, con mayor o menor pericia, con mayor o menor fidelidad, el mundo

real que pertenece a la naturaleza en ese ámbito singularizado que es la novela, sino que el escritor va más allá. Nada menos que a dotar a ese mundo de su imaginación—a semejanza de la vida cotidiana—de hegemonía propia, sometiendo a sus propias leyes y poseyendo unos principios autónomos y en el que seres y peripecia responden a una concepción que es algo así como la trasposición, decantada, espectrográfica, de una posible realidad vital. En este caso realismo no significa imitación o traslación, sino y ante todo, definición. Y una novela es algo que define, que concreta y se desarrolla en un sentido dinámico.

6 Miguel Delibes

El príncipe destronado



En "El príncipe destronado" Delibes vuelve, tras su interesante experiencia de "La rábola del naufrago" (con la que demostró que con talento creador, ningún experimento es imposible), a un ambiente y circunstancias que le son familiares: la burguesía española. Es el autor que mejor ha sabido reflejar la vida española de nuestro tiempo en un estrato social muy definidor. Pero en esta ocasión se centra su atención en la figura de un niño, Quico—el más pequeño de los miembros del hogar hasta que llega su hermanita—el "príncipe" para el que todos son halagos, caprichos y ternuras y que se ve "destronado" por su sucesora. Delibes refleja con maestría insuperable el ambiente familiar: la madre, que ha de oscilar entre sus relaciones sociales y su responsabilidad dentro del hogar con seis hijos, pesando más aquéllas que éstas; el padre, dominante—más aún para la mentalidad del pequeño—, con sus problemas personales y profesionales; los chicos mayores, muy de su época; las criadas, la Vitoria y la Domi, todo ello inserto en un cuadro vivo, profundamente veraz, como extraído de la vida real—en aras de una poderosa capacidad de observación—pero definido hasta sus últimas consecuencias en razón a las coordinadas que reflejan las diferentes psicologías. El autor no cae en la facilidad de recoger los aspectos que rodean al pequeño Quico desde el ángulo de visión de éste, sino en relación con éste y así nos da una figura conmovedora —sin sentimentalismos—, tan bien diseñada que es preciso situarla entre los personajes más logrados de este autor.

Ni que decir tiene que el estilo de Delibes es una suma de valores: rigor, efectividad, ductilidad, precisión y orden. La prosa castiza de este autor adquiere una fuerza y nervio poco frecuentes. Contribuye, con su eficacia y belleza a concretar una novela que es, además de representativa del género, una pequeña obra maestra.

CASANOVA

los libros que se cita en esta página adquíralos en nuestro establecimiento



Se acaba de publicar un volumen hasta la fecha no habian sido agrupados en forma de libro. Se trata de "Cada cosa en su sitio". La mayoría de los relatos y textos aquí agrupados se publicaron en "La Prensa" de Buenos Aires entre 1943 y 1944.

# «LOS LIBROS»

Por Mercedes EGUIBAR

# «EL PRINCIPE DESTRONADO»



De Miguel DELIBES

Es un tema candente el que ha desarrollado Miguel Delibes en su último libro: "El príncipe destronado". El protagonista es un niño de cuatro años al que le acaba de nacer una hermanita, que ocupa el lugar principal que tenía en el cariño de todos. Delibes se ha limitado a narrar sencillamente los sucesos normales de un día en la vida de toda la familia, con templados unas veces desde el niño y otras desde la tragedia que presenta el matrimonio desunido.

Parece imposible que en un espacio de tiempo, Delibes haya conseguido captar la atención del lector, de tal modo que la novela se lee de un tirón. Sin intención de ser didáctico ha conseguido algo muy importante y es despertar, una vez más, la atención de la familia.

Desde estas páginas hemos insistido muchas veces de la necesidad y de la importancia del famoso triángulo niño-familia-colegio, y que no es el colegio el principal elemento educador; más bien es un apoyo que se presta a los padres, un complemento que ayuda a la mayor comprensión de ese ser tan complejo y del que se sabe tan poco, como es el niño.

La familia es la que precisamente debe educar, es connatural a la esencia misma de la institución del matrimonio, es directamente responsable de la educación. Digo educación y no crianza; está demasiado extendida la idea de que los padres, con tener hijos, ya la vida y el colegio les irán diciendo lo que tienen que hacer. En estos momentos es apremiante que los padres tomen conciencia de formarse primero ellos pedagógicamente, para hacerlo bien después. El famoso instinto, dedicado exclusivamente a la madre por tradición, es importante, pero no único, ni esencial. La educación se debe a la pareja, los dos de mutuo acuerdo dedican un tiempo a dialogar sobre el carácter y el modo de ser de los hijos y se ponen de acuerdo para dirigir a esas "personas". Cuenta, y mu-

cho, los primeros años de los pequeños, en los que van recibiendo impactos que se quedan grabados en su mente y que después les impulsan a obrar. Hay quien se pregunta: ¿por qué este niño sabe tanto?, ¿quién le insinuó esto? A veces es tan clara la respuesta que casi da vergüenza mirar de frente a aquel padre o a aquella madre, que se empeñan en ignorar lo que está bien patente.

### LA EXIGENCIA

Ante el desconcierto de los padres se ha conseguido un ambiente que asfixia en el sentido de que no saben qué hacer. Y ante la duda, utilizan la mal entendida libertad: que hagan lo que quieran, yo no puedo con ellos. La mujer, sobrecargada con la administración del hogar, la infravaloración que se ha creado en torno a esta profesión tan digna, sin ayudas domésticas y los críos a su alrededor, gritando y llorando, llega a un estado histérico tal, que su comportamiento no es precisamente el más indicado para educar. El padre, fuera del hogar, desconoce los problemas, y cuando llega le divierte jugar con los niños y trastocar todo el orden creado, que, cuando se le advierte, le parece ridículo. El enfrentamiento de la pareja suele aparecer en estos momentos, y en otros, en los que los niños, espectadores, no entienden nada, pero lo oyen y lo ven todo.

En el libro de Delibes hay una escena real, el enfado de la pareja, que termina con un portazo del padre, que antes se desahoga con el pequeño de cuatro años, diciéndole: "Dile a tu madre que se vaya a hacer..." Y el niño, divertido, sin entender nada, le pregunta a su tía: "Oye, tía, papá ha mandado hoy a mamá..., ¿qué quiere decir eso?"

Ser padre, ser madre es una auténtica vocación y el matrimonio es un estado que se elige también, por vocación. Y aquí está el "quid" del asunto, que no todo el mundo es capaz; desconoce que las dificultades, contrariedades y alegrías llevan a

la felicidad real, pero no suprimiendo todos los obstáculos se es feliz. Para educar hay que saber, bien sabido, lo que es la libertad, la exigencia dando oportunidad. Autoridad, que no es autoritarismo; paciencia, que no es indiferencia; aceptación de la autocrítica, capacidad para aceptar de los demás la crítica, y esencialmente en la relación madre-padre.

Había que hacer un examen a fondo y ser capaces

—¿Cuál ha sido el principal motivo que le llevó a escribir este libro?

—Intento mostrar el mundo de la infancia. El niño es, a pesar de las apariencias, el gran incomprendido en nuestra sociedad.

—¿Qué investigación o experiencias realizó antes de comenzarlo?

—Los niños han rodeado mi vida y siempre les dediqué una atención especial. También he buscado dentro de mí tratando de desenterrar experiencias remotas. Pero esto, de verdad, me ha ayudado menos.

—El mundo de los adultos queda en una agria y ridícula posición a veces, ¿qué intención le llevó a plantearlo así?, ¿pedagógica, crítica, etcétera?

—No me parecen ridículos. Los adultos del príncipe destronado se aproximan bastante a los de la vida real y actúan ante el niño con la misma insensatez con que suelen hacerlo aquéllos.

—¿Qué posibilidades ve de integrar a los adultos en la psicología infantil?

—Fuera de unos pocos pedagogos, unos pocos psiquiatras y unos pocos padres, a los niños no los conoce nadie. Para integrar a los adultos en su mundo habría, pues, que formarlos, pero esto es tarea inútil, ya que los padres se creen que lo saben todo.

Delibes puede hablar del mundo de los niños, debido a que ha podido bucear en los que constituye su propia familia, familia numerosa a los que ha dedicado mucho tiempo y de los que ha recibido muchas experiencias.

Sin embargo, es bueno sensibilizar a las familias para que, por lo menos, de momento, conozcan la importancia de su misión. Ya se conocen los famosos cursos de orientación familiar, que con tanto éxito se vienen celebrando. Un buen número de libros escritos al alcance del gran público y que en ellos encuentran soluciones a sus problemas, indican que la preocupación existe.



de reconocer si la culpa de que el niño o la niña desobediente o difícil, no se debe en gran parte a que no se ha sabido enseñar porque parecía absurdo que a los tres años la criatura pudiera ser capaz de captar que nadie se ocupa de él.

Queda esbozado el problema de la educación que venimos desarrollando en otros números para dar paso a las respuestas del autor.



Hay libros que nos enriquecen, con los que sintonizamos, libros para atesorar, como si nosotros los hubiéramos escrito. Y libros inasimilables, incompatibles con nuestro sistema circulatorio espiritual, que rechazamos como de Rh negativo, que no conectan con nuestra longitud de onda porque el autor no tiene nada que decirnos, no tiene nada en común con nosotros, a pesar del esfuerzo que ponemos para entrar en él.

A veces encontramos nuestro mensaje, el que llevamos en nuestra respiración, en nuestra vida. ¿Quiso decirlo el autor? ¿Descubrimos el mensaje del autor o el nuestro? De cualquier forma ante una obra maestra tenemos el convencimiento de que el autor dio en la diana. Acertó a decir lo que tenía que decir en el momento exacto.

Las mujeres sentimos predilección por los niños. Querriamos tener siempre niños en nuestra casa. Y en nuestra imaginación el álbum de los niños que fuimos, que dimos a luz, de los niños ajenos. Conservar el álbum de las sonrisas de nuestros hijos, sus frases, sus ocurrencias, y nos creemos que tenemos la exclusiva de la ternura, como los hombres creen que tienen la de la sustancia gris.

Miguel Delibes, novelista universal y padre de familia numerosa, ha escrito un delicioso retrato infantil que divierte a niños y mayores y hace pensar a los padres. Delibes ha cogido a Quico, un niño de tres años y ojos azules, y ha hecho su álbum de medias sonrisas —hijo pobre de familia rica— fabricadas con la ternura de la tata Vito, o los brazos de la tía Cuqui. La otra media queda perdida en la inseguridad y la frustración de «la bata de flores». Quico es un niño ansioso de madre, sin reservas afectivas, obsesionado con el infierno, el diablo, el pis o la muerte del gato negro. Todavía tiene el Arco Iris en su cuarto y la mesa familiar es la de los

# LA TERNURA PERDIDA O "EL PRINCIPE DESTRONADO"

por

Victorina  
ALONSO-CORTES

siete enanitos. Pero llegará un día en que «la guerra de papá» dejará de hacerla con cañones de pasta de dientes, heridas de mercurocromo y tanques de juguete. El día en que salga de la cocina de los niños ricos y descubra la comedia del amor de sus padres.

Un niño que tejería una futura trama de madurez, sobre un flojo tejido de base, la estafa del desamor de sus padres, de tantos hijos no deseados, que llevará para siempre en su persona.

La tata Vitora, protagonista junto con Quico de la novela, es la ternura y la espontaneidad popular —inolvidable como la Desi de «La hoja Roja»—. El castellano de antología de sus diálogos con el Femio son de un realismo delicioso. Pocas pinceladas maestras definen el ambiente y el resto de los personajes. La época pre-Navidad nos la darán los abrigos de pieles de las señoras, las postales de felicitación y la cara fría de algún personaje.

El padre fanático, ineducado, rico nuevo vi- viendo todavía una guerra civil como causa santa entre «buenos y malos», en la que lo más excitante era el deporte de matar. «Lo malo es la paz». La guerra, a ratos fría y a ratos caliente, del matrimonio sin amor seguirá trayendo al mundo hijos frustrados. Pablo es el hermano mayor, contestatario en germen, que empieza a sentirse incómodo entre la coacción del padre para alistarlo en su causa de guerra y la inseguridad de la madre. La superioridad inconsciente del resto de los hermanos... Quico ve en sus pesadillas también al «Fantasma», cuya superioridad misteriosa sobre la madre se sospecha a través de una conversación telefónica.

Una novela transparente, de niños, que muchas madres quisieran haber escrito, en busca de la ternura perdida del hijo que nunca tuvo trono.

*"El Norte de la Bille"*

*Marzo (último) 1974*

## S DE LA VIDA LITERARIA

## «EL PRINCIPE DESTRONADO», DE MIGUEL DELIBES

«El príncipe destronado» (1) es una novela corta o un relato largo. La imprecisión terminológica de la crítica literaria es, en este sentido, considerable, aunque las reglas estéticas que rigen al vasto mundo de la narración sean equivalentes. El relato centra su acción en una fecha concreta (1963), anterior a «Cinco horas con Mario» (1966). ¿Quiere ello decir que «El príncipe destronado» fue escrita en 1963? ¿Es una mera referencia histórica —parte de historia— dentro de la evolución narrativa? La lectura de la última obra publicada por Miguel Delibes parece retrotraernos a una época anterior a la novela citada por varias razones. En primer lugar, por el contexto sociológico en el que Delibes sitúa su relato: una burguesía provinciana (posiblemente), con idéntica preocupación por el «tempo», que en «Cinco horas con Mario» correspondía a las horas de un velatorio y en «El príncipe destronado» alcanza desde las 10 de la mañana hasta las 9 de la noche, el horario normal del niño protagonista. La ambición del novelista ha consistido en captar la psicología infantil, tema tradicional en su obra, las reacciones —a menudo imprevisibles— de un niño de cuatro años en el seno de una familia numerosa que se ha visto «destronado» por un nuevo miembro. Delibes toma como perspectiva la del niño, aunque refleja el mundo adulto de manera que, en este caso, el contexto vale tanto como el personaje. Dos opciones le quedaban al novelista, reflejar el mundo entrevisto por el niño o seguir a éste en sus evoluciones a manera de una cámara cinematográfica que capta cuanto rodea al «príncipe destronado», pero que abandona la escena adulta, cuando éste la abandona. Delibes ha optado por esta última y más sencilla solución.

El esquema del relato se reduce, por consiguiente, a seguir las evoluciones del niño, hijo de una familia de la alta burguesía ciudadana. La madre de familia ha perdido su identidad y es designada siempre bajo el nombre de «Mamá», en la perspectiva de Quico, el protagonista. Mamá y Papá son las dos referencias infantiles. Sin embargo, Delibes intenta plasmar a través de la presencia, de la mera presencia de los personajes y, en consecuencia, a través de los diálogos, el retrato de una burguesía dividida en dos vertientes ideológicas, cada una de las cuales pretende reflejar el pensamiento y actitud de las dos Españas. Quico, en un momento dado, va a ser el espejo en que intentarán reflejarse, sin conseguirlo, las dos tendencias representadas por el liberalismo (Mamá) y el conservadurismo, herencia de la guerra civil (Papá). Lógicamente, Quico es un ente pasivo que no llega a alcanzar la categoría de símbolo. Delibes se inclina hacia la descripción de las relaciones matrimoniales, plenas de tensión y claras alusiones a las raíces ideológicas de dos familias. La extensión del relato y su objetividad obligan a Delibes a acumular en el corto espacio de tiempo (el «tempo») de que dispone elementos que nos sirvan de referencia a dicha situación. Y así nos encontramos con un padre que es un retrato-robot de algunos derechistas casi ultras: «—¿Y qué quieres que te diga de la guerra? Fue una causa santa —Miró profunda, inquisitivamente a Mamá y agregó—: ¿O no?» (p. 68) y más adelante: «Quico sonrió:/ —Sí —dijo— ¿Me comprarás un tanque el día de mi santo?/ —Claro que sí. Lo malo es si alguien piensa que al regalarte un tanque te estoy inculcando sentimientos belicosos. Hay personas que prefieren hacer de sus hijos unos entes afeminados antes que verles agarrados a una metralleta como hombres» (p. 75).

Frente a Papá, que muestra su violencia rompiendo un plato (reacción un tanto curiosa) y recordando la guerra civil, se alza el mundo del hogar. El interés de Quico radica en el mundo de la madre, integrado, además de los hermanos, por las muchachas de servicio y los avatares de la reducida comunidad. Una cierta tensión, teñida con el humor, se produce cuando Quico afirma que se ha tragado un clavo. Esta acción, de «príncipe destronado», sirve para llamar la atención materna, inclinada decididamente hacia la nueva hermana. Las prisas, la observación del médico constituyen la auténtica «acción» del relato.

Finalmente la conversación telefónica entre éste y Mamá (p. 149) deja entrever que las relaciones entre ambos son bastante más íntimas que las normales entre médico y su cliente. Delibes utiliza la técnica de la alusión. El lector entiende generalmente a través de los indicios la realidad subyacente y oculta. Sin embargo, lo cierto es que las relaciones entre los personajes entrañan tal superficialidad que el mundo psicológico oculto carece de interés. «El príncipe destronado» no pasa de ser un cuadro costumbrista, desprovisto de tensión dramática, inmóvil o casi inmóvil en el tiempo. Incluso el submundo de las criadas parece tópico, debido a la acumulación de elementos que «forzosamente» deben coincidir en la acción central. Es una casualidad tal vez excesiva que el novio de «la Vitora» se despidiera precisamente a las cinco de la tarde, vestido de recluta, por haber sido destinado a África. El día gris del hogar se torna así pleno de pequeños acontecimientos, las andaduras necesarias que trazarán el ritmo del relato: pugnas ideológicas (en las que interviene, como alelado, Pablo, el hijo mayor, que formará parte de una asociación de hijos de combatientes), escenas de mínima brutalidad física, accidentes hogareños, citas adulterinas; todo coincide para crear un clima de acción que permita rodear a Quico, el protagonista, de un mundo «explicitado».

La posibilidad de captar la realidad, entrevista por Quico y desde su perspectiva, se desvanece al atender el novelista con preferencia al mundo de los adultos al que intenta conferir un sentido. Hay también, sin embargo, un interés hacia las reacciones infantiles, pero éstas son observaciones sin profundidad, notas habituales para cualquiera. El hecho mismo de que en Quico se plantee el fenómeno de «príncipe destronado», su curiosidad sobre el sexo (quizá exagerada para que el lector la tenga bien en cuenta), su inclinación hacia la madre, etc., no suponen otra cosa que meras observaciones psicológicamente muy simples. La mayor aportación de Delibes radica en el empleo de los diálogos y fórmulas coloquiales de las que se mostró buen maestro en «Cinco horas con Mario». Los diálogos se adecuan a las diferentes zonas sociales. Es precisamente la funcionalidad del diálogo lo que llega a conferir cierto interés a «El príncipe destronado», que no pasa de ser una obra menor dentro del mundo narrativo que nos ha ofrecido ya Miguel Delibes. Desde luego, debe situarse cronológicamente en el ciclo anterior a «Cinco horas con Mario». No faltan, sin embargo, momentos de ternura y de poesía narrativa, como el final del relato, que cierra espléndidamente el autor de «El camino»: «La Domi relajó su expresión y en sus ojos brilló una chispa de ternura:/ —A saber qué tendrá la mano de una madre —dijo/ Mamá adoptó un gesto duro para replicar:/ —Lo malo es luego —dijo—, el día que falta Mamá o se dan cuenta de que Mamá siente los mismos temores que sienten ellos. Y lo peor es que eso ya no tiene remedio».

El trabajo de Luis López Álvarez, «La novelística de Miguel Delibes» (2) es el resumen de una tesis doctoral presentada en la Universidad de Murcia sobre el novelista castellano. El autor ha recopilado la bibliografía y valiosa información sobre Delibes y ha analizado obra a obra, señalando las características más importantes y algunas notas sobre posibles influencias. Sin embargo, no se determina la evolución propia de Delibes ni se le sitúa dentro del contexto de la novela española contemporánea, ni se destacan con suficiente claridad las aportaciones técnicas y formales de Miguel Delibes. Peca, precisamente, de resumen, aunque el lector podrá consultar este libro por su utilidad bibliográfica.

Joaquín MARCO

1) Miguel Delibes, «El príncipe destronado». Ediciones Destino. Barcelona, 1973.

2) Luis López Martínez, «La novelística de Miguel Delibes». Departamento de Literatura española. Universidad de Murcia, 1973.



# MIGUEL DELIBES, AL HABLA

— «No habría sido presidente del Ateneo, porque es un cargo con dependencia política»

— «Literatura no es sinónimo de grandilocuencia ni rebuscamiento»

— «Yo pienso que los premios literarios —me dice Miguel Delibes—, fueron muy oportunos y eficaces en los comienzos de la narrativa actual. Hoy han proliferado demasiado. Al no haber tantas obras destacadas como premios creados, la calidad baja y la confusión aumenta.»

Delibes, novelista que precisamente se dio a conocer con el Premio Nadal de 1947 hace una pausa y concluye: «Los premios fueron la cuna de la novela española; mañana pueden ser su sepultura.»

Para el lector que siga la pista de la narrativa actual no habrá siquiera que decirle que la última novela del vallisoletano Delibes ha visto la luz recientemente: «El príncipe destronado».

—De aquella novela «La sombra del ciprés es alargada» a este «El príncipe destronado» van veintisiete años. ¿Sus ideas siguen siendo las mismas?

—Más o menos. He cambiado simplemente de técnica. Caí en la cuenta de que se puede decir lo mismo con menos palabras y por tanto

—Nunca había pensado en ello. Fue una sorpresa. Unos amigos me preguntaron si tenía algún reparo para proponer mi nombre. Reflexioné: Era un honor al que no vi por qué tenía que rechazar. Acepté.

—¿Ha conseguido desde la academia lo que esperaba?

—No, si yo no esperaba nada. Ya le he dicho que sólo lo consideré como un honor. Nada más.

—Pienso yo si hubiera dicho sí a la presidencia del Ateneo madrileño.

—Eso sí que no. Desde el

—¿Prefiere «El príncipe destronado» o «Parábola de un naufrago»?

—Son diferentes. Los estados de ánimo influyen enormemente en el escritor. Son decisivos. Yo, concretamente, escribí la «Parábola...» bajo un profundo pesimismo. Así como «Diario de un emigrante» era todo optimismo. «El príncipe...», en cambio, es producto de un mayor equilibrio.

Quico, el príncipe destronado por su hermanita más pequeña, es el protagonista de la última novela corta delibesiana. Un crío de tres años con problemas con sello de angustia para él. Le rodean otros mundos: las chachas, los hermanos, el recadero de la tienda, unos padres en conflicto.

—Este Quico es el calco de algún hijo suyo, ¿verdad?

—El personaje está sacado, sí. El ambiente del hogar es de un status más elevado.

—¿Tienen algo que ver los padres de Quico con el matrimonio Delibes?

Risotada. «No. Afortunadamente, no.»

SANCHEZ FERLOSIO, EL MEJOR

—Ordene jerárquicamente los siguientes conceptos: escopeta, pluma, libro, fe religiosa, caza.

—Primer lugar para la fe. Segundo: caza. Soy escritor... Tercero: libro. Cuarto: escopeta. Y quinto: pluma.

—¿Por qué escribe Delibes? Escribir no es lo que más le gusta, está claro. «Es necesario que escriba. Llevo veintitantos años haciéndolo. Expresando las preocupaciones con la pluma».

—Dígame el novelista más grande nacido en el siglo XX. Primero, español.

—Sánchez Ferlosio. Sólo con dos libros ha dado la medida de su talento.

—Un extranjero.

—Heinrich Böll, por ejemplo.

—¿Y de los del «boom» latinoamericano?

—Vargas Llosa, García Márquez y el Cortázar de los cuentos.

Terminamos. No sin antes referirnos a su reciente viaje a Italia para hablar de la narrativa española. Me explica que ha cobrado las liras equivalentes a 7.500 pesetas por conferencia. Ha dado cuatro en Universidades e Institutos. Digo esto, no sea que a algún periodista madrileño le dé por hacer cuentas y decir que si el viaje se lo ha costado don Fulano o don Zutano. Delibes se ha pagado él solito todo. Aquí paz y después gloria.

## — Su última obra —«El príncipe destronado»—, gran éxito de venta

he renunciado a aquella frondosidad verbal. Me convencí en la tercera novela, «El camino». Yo había llegado a la literatura bastante virgen y entonces confundía la literatura con la grandilocuencia y el rebuscamiento».

Delibes cree hoy en la simplicidad. Sabe, además, que la novela actual va por estos derroteros. «Pero es una convicción propia, que conste». Al hombre que entusiasma con su «Cinco horas con Mario» a quien esto escribe, no le gusta la idea de los dos Delibes. Ocurre ni más ni menos que el narrador en sus principios balbucea hasta lograr asentarse.

—Balbuceos, Delibes. ¿Quiere esto decir que abjura de su primera novela?

—No. Todos los caminos se hacen a base de tropiezos.

### AMOR, JUSTICIA E IGUALDAD

El escritor habla lentamente. Con sencillez. Sin pavoneos. Le pregunto qué le evoca la palabra muerte. «Obsesión». ¿Y vida? «Algo agradable». ¿Amor? «Necesario». ¿Egoísmo? «Consustancial». Al llegar al término justicia y al de igualdad responde con el mismo vocablo: «Descalable».

—A ver, Delibes es académico. ¿Por qué?

primer momento me habría negado porque es un cargo con dependencia política. Y yo no quiero mezclar la política.

—No mezclaré la política, pero le preguntaré por un aspecto de ella: Enjuicie la apertura cultural que dicen que está de moda.

—Le contaré un hecho. En mi último libro, la censura se cargó una página y aunque se habían tirado ya diez mil ejemplares tuvimos que sustituir artesanalmente casi la paginita en cuestión.

—¿Tan grave era?

—Una palabrita nada más.

—¿Palabrita o palabrota?

—Fíjese. Desde los años cincuenta no había tenido problemas con la censura.

—También es mala suerte, hombre.

### LOS ESTADOS DE ANIMO, DECISIVOS

Cuando Delibes publicó «Parábola del naufrago» sorprendió a todo el mundo por nuevas fórmulas narrativas las innovaciones formales y empleadas. «¿Qué le importa más, Delibes, el fondo temático o la forma?» «Ante todo, pienso que la novela es contar una historia. El cómo contarla admite innovaciones sin fin. Lo que no admito es que a la novela se le quite la historia.»

# Opinión de un educador sobre Delibes

15

Nos obligamos a enriquecer nuestra profesión docente por el único camino de los textos propiamente referidos a ella. Los educadores tenemos como objetivo fundamental el conocimiento del niño, para, desde ahí, actuar con tratamientos adecuados y personales. Pero sucede que no sabemos volver atrás en el tiempo, evocar múltiples detalles de los años infantiles, detenernos a observar, con inteligencia y corazón, pero, sobre todo, con ternura, a los niños que nos rodean, a nuestros hijos o alumnos, y no nos esforzamos, como debiéramos, por conocer obras literarias y artísticas acerca del mundo de los niños.

Por eso sorprende, admira y estimula que personas ajenas al mundo de la labor educadora —al menos en el nivel básico—, llevadas por un fino don de sensibilidad y preocupación, nos den, utilizando un gran afán de comprensión, una lección inolvidable de ambientaciones, reacciones y consecuencias, a través de una novela, siguiendo, con sencillez, la vida de un niño de tres años, desde que se despierta, filtrándose el resplandor de la madura luz de las diez de la mañana por un cuarterón de la ventana, hasta que, rendido, con la mano en la mano de su madre, cierra los ojos a la noche.

La última novela de Miguel Delibes, «El príncipe destronado», es un milagro de captación. Tal vez una obra de psicología infantil, con toda su densa y fría erudición, no sería capaz de igualar en enriquecimiento de situaciones y sugerencias, como lo hace el escritor castellano.

¿Qué aspectos puede un educador resaltar en esta obra, escrita en tercera persona, y, al parecer, intentando la objetividad?

En primer lugar, lisa y llanamente, que la educación institucionalizada está subordinada y altamente condicionada a los factores externos que, en esos primeros años del niño, hacen seña imborrable. Pero no me refiero tan sólo a factores importantes, sino a esos otros pequeños, insignificantes, que producen sutiles trazos en el carácter del que un día será hombre o mujer.

De los muchos planos ambientales que Delibes presenta con un estilo directo, sencillo, acoplado, lleno de espontaneidad y de gracia, con un vocabulario acertadísimo en cada uno de sus personajes, a un educador le llama la atención, de inmediato, la hipocresía que rodea la curiosidad lógica del niño, los celos, conflictos y tensiones entre los padres y criados (la novela se desarrolla en un ambiente de riqueza y la defectuosa educación no está derivada de la necesidad económica), las lecturas inadecuadas para niños (el hermano inmediatamente mayor está sobresaturado con libros y revistas, donde las palabras y los acontecimientos son de destrucción total), las penosas influencias de las personas del servicio y los medios de comunicación de que se nutren, inclinando a lo morboso, la presentación descarada de realidades que todavía no pueden explicarse o de intereses materialistas, ante los ojos aún soñadores del niño, y, finalmente, entre

algunos etcéteras de otra índole, el carácter amedrentador de castigos, castigos y castigos, entreverados con palabras de miedo, a lo largo de todo el día infantil.

Quisiera resaltar un hecho que efectúa aún huella en los niños españoles, por mucho que la situación nos parezca superada. Hablo de la partición de ideas de algunos padres que sufrieron la guerra de 1936 y que puede ser causa fundamental, como así se recoge en un episodio del libro que comento, de que perduren «las dos Españas». Al hilo de estas ideas, recuerdo las palabras de José Antonio: «No puede haber vida nacional en una Patria escindida en dos mitades irreconciliables: la de los vencidos, rencorosos en su derrota, y la de los vencedores, embriagados con su triunfo.» La raíz del trauma persiste, y algunos no se dan cuenta del vuelo de los años, del nacimiento de críticas propias, e intentan «que los jóvenes sientan como personal lo que para ellos son páginas de textos de historia».

Los numerosos miembros que componen la familia protagonista de la novela «El príncipe destronado» (un niño que ha sido el benjamín, mimado y cuidado por todos los demás durante un tiempo, hasta que aparece otra hermanita, desbancándolo, y sin que él logre asimilar la nueva situación y se resigne) sufren, pese a los años transcurridos, esas consecuencias de enfrentamientos, y los niños, algunos ya adolescentes, ven las discordias ideológicas, que suelen ser de las que más separan, incluso en un matrimonio, entre sus padres, y son testigos de discusiones que, en el futuro, podrán frustrarles o no hacerlos imparciales.

El carácter del padre, encarnación del hombre de ideas fijas, de los que cree que todo lo que se aparte a su juego de ideas es un atentado a la «verdad», nos hace pensar, en contraste con la madre, que confiesa, en un momento de sinceridad «de estar cada día segura de menos cosas» que el estudio realizado por una agencia de publicidad parece que se acerca a la realidad. En dicho estudio se llega a constatar que desde un punto de vista general, la mujer española parece más moderna que los hombres, ya que en la muestra efectuada, frente a una gran mayoría de españoles medios, conformados con las actuales estructuras, de todo tipo, hay un 24 por 100 de tradicionales y no llega al 17 por 100 de inconformistas, y, en cambio, en las mujeres, se presenta un 57 por 100 de acomodadas a la situación y dos minorías enfrentadas, un 23 por 100 de inconformistas o muy evolucionadas y un 16 por 100 de tradicionales.

La obra dice mucho más de lo que a primera vista pudiera parecer. Y aparte ser una delicia de estudio psicológico de Quico, su protagonista, es una lección magistral para padres y educadores, específicamente para las mujeres —siempre preocupadas y atentas con todos los problemas del niño que se dedican a la enseñanza preescolar.

Pedro POZO ALEJO

"Servicio"  
1 Mayo 74



13





# LITERARIO

## ESCAPARATE DE LIBRERIA

LOS LIBROS DE LA FRONTERA: *Memorias de un amante sarnoso*, de Groucho Marx; *El café de los hombres tristes*, de Victor Mora; *Zaragoza contra Aragón*, de Mario Gaviria y Enrique Grillo; *La venganza catalana*, de Alfonso Lowe.

EDITORIAL CUADERNOS PARA EL DIALOGO: *La penetración americana en España*, de Manuel Vázquez Montalbán; *Despropósitos 2* (cuatro piezas dramáticas), de Llorenç Villalonga; *Movimiento obrero, política y literatura en la España contemporánea*, edición de Tuñón de Lara y Jean-François Botrel.

EDITORIAL CASTALIA: *Literatura y educación*, de varios; *El estilo: el problema y su solución*, de Bennison Gray; *Manual bibliográfico de cancioneros y romances (siglo XVI)*, de Rodríguez-Moñino.



EDITORIAL GREDOS: *Páginas escogidas (verso)*, de Juan Ramón Jiménez; *Pedro Mártir de Anglería y la mentalidad exotista*, de María de las Nieves Olmedillas; *Cultura y literatura españolas en Rubén Darío*, de Andrés R. Quintián; *La cara oculta del mundo físico*, de Fernando Gofil Arregui; *Temas hispánicos medievales*, de Avallera Arce.

EDITORIAL SEIX BARRAL: *Confieso que he vivido (Memorias)*, de Pablo Neruda; *Obra inglesa*, de José María Blanco White; *Caminando por Las Hurdes*, de Antonio Ferrer y Armando López Salinas.

EDITORIAL DOPESA: *Tiempo de recordar*, de Rose Fitzgerald Kennedy; *El comportamiento amoroso de la mujer*, de María Aurelia Capmany; *Burton Taylor, los magos*, de Luciano; *El precio de la enseñanza en España*, de Miguel Siguán y Juan Estruch; *Empresa pública versus empresa privada en economías en proceso de desarrollo* de varios.



TUSQUETS EDITOR: *Homenaje a King Kong*, de Román Gubern; *El canibal*, de Manuel Serrat Crespo; *Viaje a Cotiledonia*, de Cristóbal Serra.

## CRONICA SEMANAL de las LETRAS

### «EL PRINCIPE DESTRONADO»

De Miguel Delibes

Ediciones Destino. 1973. Barcelona. 167 páginas

Por José María ALFARO

TODO gran autor —novelista, narrador...— suele sentirse acometido, a lo largo de su carrera, por diversas tentaciones literarias, más de una vez conectadas con las otras. Pero ahora, sin excluir la importancia de las demás, quiero referirme a dos bastante concretas. Casi ninguno desea quedarse sin escribir una pequeña obra maestra enjuta, apretada, lineal, muchas veces distinta —por lo menos en apariencia— de los sucesivos volúmenes de la «ópera magna». No acostumbra ser ni ejercicio concentrado ni resumen de proyectos. Más bien busca alejarse de los temas frecuentes, dispararse hacia descubrimientos de técnicas y motivos distintos. Ejemplo de una realización de este tipo —y ejemplo ilustre, de insuperable resultado— podría ser «La muerte en Venecia», de Thomas Mann, concebida y realizada en los polos opuestos de «Los Buddenbrooks» o «La montaña mágica». (Aunque, según el propio Mann, algunas de las tareas de preparación de «La montaña mágica» le sirvieron para descansar, por así decirlo, de la severidad de «La muerte en Venecia».)

Lo de concentrarse en una «obra maestra», en una especie de alarde, de condensación de valores por sí misma, resulta absolutamente comprensible. Para el autor puede significar, quizá, la tentación suprema de exhibir una de las ansias más legítimas del escritor, del intelectual: la de su independencia frente a todo, incluso frente al resto de su producción.

Por un costado bien diverso aparece la segunda tentación a que voy a referirme: la del mundo infantil. Aquí la búsqueda de un modelo ejemplarizador nos llenaría de ellos. Al hombre, por lo general, cuando intenta volverse hacia la minoridad, ésta se le presenta cual un atroz misterio. Como algo que no hubiese sido nunca parte de su propio ser, período básico de su existencia, trámite modelador de eventualidades y contingencias. Acercarse a ese misterio, que de uno u otro modo se halla dormido en nuestros repliegues más íntimos, aflorando —¡oh, perspicacias de Freud!— en relampagueos condicionantes, resulta una de las aventuras más excitantes y conmovedoras. El hombre, en general, y en mayor grado el novelista —en tanto buceador irremediable—, no se resigna a aceptar esa misteriosa quiebra de un posible mundo vivencial propio. Se revuelve en torno, se aproxima a los niños que le cercan, con intención de descubrir en ellos el enigma que se escurrió por su intimidad, disimulándose bajo el limo de las sensaciones perdidas alma adentro.

El niño acostumbra a alzarse enton-

ces, en su problemática identidad, con un tremendo embate mágico. Caminar hacia él es penetrar, con intenciones de adivinación, en una zona de sorpresas y asombros, de maliciosos candores y de adelantadas complejidades. Para el novelista de raza la tentación del mundo infantil es comparable a la de la exploración de un desconocido continente. En Miguel Delibes las dos tentaciones se han conjugado, con precisiones de enérgico instinto, al escribir «El príncipe destronado».

Delibes es lo más cercano, entre nosotros, a lo que pudiéramos llamar un novelista de la tierra. Esta, el suelo



el polvo, el barro, el campo, el terruño, el pedregal, el monte, la llanura, la meseta, el erial, el horizonte..., son la patria de sus personajes. Desde «La sombra del ciprés es alargada» —la primera obra que de él leí— siempre ha sido un escritor que transparentaba su firme paso, su transitar campesino, el perfume a campiña que trasciende de su pluma y de sus libros. Se advierte la dependencia de lo telúrico, el encadenamiento a los caminos perdidos, el rastreo de las voces naturales. Por sus páginas deambula un cierzo rural, que apronta esencias de tragedia reverdecida, festoneada de implicaciones sociales. (Mejor sería decir sociológicas, para evitar clasificaciones equívocas.)

El orbe de Miguel Delibes —compacto, enterizo, dramático, con sabor a «leba castellana»— parecía, claramente establecido. «Con la escopeta al hombro» podía recorrerlo, trepar por sus ribazos, patear sus rastrojos, asomarse más allá de sus lomas, sentirlo en su natural susurro, percibir sus injusticias, resolverse contra ellas. (Quizá pensaba que un antiguo noble

ruso, Ivan Turguenev, volcó en sus «Relatos de un cazador» sus averiguaciones de que el vivir campesino no era tan bucólico y apacible como pudiera imaginar un dulcificado poeta lírico.)

En Delibes ha habido siempre una airada carga de denuncia, de irritado testimonio —usando dos palabras bastante a la moda—. En su obra, la circulación y el ámbito del «pleno aire» nunca hicieron descender la temperatura de la época, las

preocupaciones trascendentes producidas por el desajuste humano. En «El príncipe destronado» no desaparecen estas inquietudes, pero toman por otras vías. Para empezar, no se trata de un clima infantil dengoso ni melifluido. Los niños, comenzando por Quico —el príncipe destronado—, se mueven en una realidad doméstica, más bien desnuda de algodonosas incidencias. Casi en un dispositivo de enfrentamientos permanentes, en una crispadura de beligerancias hogareñas, que insertan las circunstancias conflictivas en el azaroso planeta de las peripecias propias de la niñez.

Pero «El príncipe destronado» es un relato de niños, no un cuento para niños. En él no aparecen las características fabulosas que suelen acompañar este tipo de narraciones. Fábulas que, con otra intención, ha empleado anteriormente Delibes, como en «Parábola del naufrago», con la kafkiana situación del personaje metamorfoseado en borrego tras su aventura burocrática. Quico —el quinto de seis hermanos— se siente desposeído por la pequeña Cristina. Sus reacciones perfilan esa angustia del arrancado de su trono, del despojado de las tiernas prerrogativas del benjamín. Quico tiene tres años y, sin embargo, se las ingenia continuamente para llamar la atención sobre él. A la vez que para acusar a su hermanita de un año, busca valerse de denuncias referidas a las vulneraciones de su código escatológico, presente en cada instante como un campaneo de reproches.

Miguel Delibes lleva adelante su relato —exigente, preciso, definido, cabal—, a pecho descubierto. Dentro de un concepto tradicional la acción se desarrolla en unas pocas horas —de las diez de la mañana a las nueve de la noche de un día de invierno—, sin recurrir a procesos introspectivos, a monólogos interiores, a desdoblamientos de personalidad o a retrocesos temporales y justificativos. Una técnica de objetivaciones lo preside todo. Cada episodio —aparentemente trivial, encadenadamente definitorio— es sometido al conocimiento frontal del lector. Hasta la proyección mágica de la lámpara —ángel de la guarda o demonio amedrentador— practica sus transmuciones casi sin enigmas. Al igual que sucede con las criaturas del miedo, sombras que comienzan a moverse en cuanto se apaga la luz en el dormitorio de Quico.

Si el niño recurre, incluso, a hacer creer que se ha tragado un clavo, para forzar la atención de la madre, ésta no abdica jamás de su enterañamiento maternal. Su sentimiento de frustración por su desinteligencia con el marido, no revierte sobre la prole. (Por cierto, que me parece interesante señalar, sin más comentarios por el momento, la antítesis ideológica de la «madre» con respecto a la viuda de «Cinco horas con Mario», una de las obras representativas de Delibes. Esta caracteriza la mentalidad tradicionalista frente al progresismo del difunto profesor, mientras que la «madre» despliega su espíritu abierto, liberal, ante el reaccionarismo acorazado del marido).

La madre es el catalizador de «El príncipe destronado», la piedra de toque para poner a prueba la sensibilidad del presunto desamparo de Quico. En torno a la madre con su entereza y sus debilidades —como la insinuada concesión telefónica—, se levanta la arquitectura y la función de la rápida novela. La madre es quien dictamina los destronamientos y las «restauraciones», quien distribuye los cuidados, las caricias y los castigos. De las actitudes de la madre dependen, en gran proporción, las envidias, los celos, los resentimientos y los abandonos de Quico, que vive algo así como un preludio de las tensiones del «complejo de Edipo». Los matices de todos estos procesos íntimos, de estas evoluciones psicológicas, se hacen presentes —tan sólo— por las claridades los

claroscuros y los escorzos de sus proyecciones externas. La diafanidad de cada personaje y del clima de un hogar de la burguesía acomodada española, con su alborotado imperio infantil, fijan sus perfiles punzantes en un relato clásico, en el que las reticencias también se alinean en el cuadro del propósito de objetivaciones, que determinan la técnica narrativa de esta primorosa concentración de significaciones y sensibilidades.—J. M. A.

**Importante Empresa  
Constructora e Inmobiliaria  
de ámbito nacional**

**precisa**

**INGENIERO  
DE CAMINOS**

**para puesto de  
JEFE SECCION OBRAS  
de zona Sevilla-Huelva**

**CONDICIONES:**

- Edad mínima, 35 años.
- Título indicado (no se admitirá ningún otro, aun con experiencia).
- Experiencia mínima de cinco años en control y coordinación de ejecución de obras de edificación y públicas.
- Se valorarán conocimientos de inglés.
- Residir en Sevilla.
- Puesto de primer nivel, dependiente del director regional, con un equipo de varios técnicos a sus órdenes.
- Posibilidades de promoción.
- Ingresos iniciales líquidos anuales.

**1.000.000 de pesetas**

que puede sobrepasarse según valía y experiencia del candidato seleccionado, con revisión periódica de estas condiciones. Aparte, dietas y kilometraje.



Asesora la selección. Escribir, adjuntando historial personal y profesional y fotografía reciente a TEA, Departamento de Psicología, Monte Carmelo, 6, 2.ª izquierda, Sevilla-11. Indicar en el sobre la referencia número 1.809 (6.106).

**EMPRESA RADICADA  
en ALCORCON (MADRID)**

**precisa**

**ADMINISTRATIVO**

especializado en Nóminas y Seguros Sociales

SUELDO A CONVENIR

Interesados dirigir «curriculum vitae» al Apartado 17, Alcorcón (Madrid) (3.265-2)

**NUEVO**

**SAVA  
J-4**



**Un camión para su trabajo,  
un turismo para sus  
ratos de ocio**

**VISITE NUESTRA EXPOSICION**

**Finanzauto  
Y SERVICIOS, S. A.**

**"trate con profesionales"**

CENTRAL  
Dr. ESQUERDO, 136 - Telfs. 251 04 00 - 251 54 00  
Madrid-7

**LOCAL  
COMERCIAL**

Propio oficinas, ambulatorio, etc.  
280 m2 y dos plazas garaje  
Dehesa de la Villa. 4.000.000 pesetas  
Zurbano, 29. Teléfono 410 13 43

minimund 

EL DELIBES 

# «DESTRONADO»

Me produce un respeto imponente quien es objeto «in vivo» de una tesis doctoral. Como todo planteamiento científico se dirige hacia los arcanos mundos que no son accesibles al común de los mortales. uno los ve a distancia recelosa y prudente, hacia acá del velo del templo, mientras en el «sancta sanctorum» offician los sacerdotes del saber. Los doctores tienen siempre un «happy end» —que se llama sobresaliente «cum laude»— y ello revela el grado de sublimación de quienes lo abordan para investigar sobre temas tan increíbles como «El grado de saturación óptimo de las disoluciones salinas en su relación con las emulsiones al bromuro argéntico» o «La categoría ontológica contrapuesta a la esfera del ser en H. Kelsen a la luz de los iusnaturalistas de la escuela de Oxford y de los posglosadores de Bolonia».

Hay gentes —ustedes lo saben— que andan por ahí tan frescas después de ser «disecadas» por uno de estos doctores sapientísimos que parten de sabe Dios qué complicadas hipótesis de trabajo.

Miguel Delibes, por ejemplo, que parece un sujeto normal con cazadora, ha sufrido repetidamente en su obra las consecuencias de esta fiebre investigadora. Y yo supongo que todo ello le habrá ayudado a entenderse a sí mismo y hasta a descubrirse, no sin perplejidad, en desconocidas intenciones.

Yo sentiría muchísimo pudor. Algo así como si el profesor Gómez Bosque, rodeado de una muchedumbre de alumnos, me pusiera en cueros vivos sobre una mesa de mármol de la Facultad de Medicina y empezara a «explicarme» por do más pecado había.

Pero la obra de Miguel Delibes es una talla de valor, mientras uno, literaria y anatómicamente, merecería muy serios retoques que espero se produzcan después del valle de Josafat.

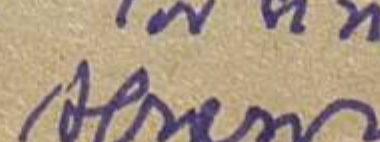
Todo esto, más o menos, me ha salido de preámbulo, lo que me obliga a entrar ya en corto y por derecho a la parte dispositiva, que es a lo que iba. Deseaba decir que siempre he leído a Delibes con unción, con deleite y, como afirmaba al principio, con respeto. Mi preocupación estriba en que a Delibes se le entiende todo y por eso he pensado más de una vez en que siendo un novelista importante probablemente habría de ser más oscuro. No sé si me explico: todo lo que para uno es claro y abarcable resulta familiar y no lejano, fácil, sin misterio... no parece que pueda ser objeto de estudio y de investigación. Por eso he pensado más de una vez que no entendía a Delibes, que le daba una interpretación simplista. Lo mismo me ha ocurrido con Camilo y García Márquez. Y no digamos con algunos poetas. Todos los he situado en el Olimpo.

Estos días de atrás he hallado una explicación. Fue el leer un librito que tenía en turno desde hace algún tiempo: «El príncipe destronado». He reído y sonreído con fruición con esta aventurita infantil. Si bien se mira es una anécdota, un episodio leve, 24 horas en la vida de un niño de tres años, sus pequeñas travesuras, sus ingenuidades, el impacto de la acción de sus mayores... Después me he dado cuenta de lo difícil que es hacer una cosa así: un niño, unas horas, cuatro sucesos caseros y corrientes son elementos que no dan para nada, para nada en absoluto. Pero el escritor lo ha hecho tan cristalinamente que todo parece natural y vivido, cálido, atractivo, legible en suma. Y al poner todos estos adjetivos tengo miedo que me lea el autor y se ría de mí porque hay una máxima, al menos en periodismo, según la cual cuando un nombre necesita un adjetivo procura no cargarle con dos...

En suma, que ahora me explico lo de las tesis. Lo difícil es hacer que parezca sencillo lo que es en sí complicado. Hacer una novelita como «El príncipe destronado» —y quédese para otra hora la crítica literaria— que parece trivial, aunque sea tan atractiva, es una labor que puede hacer solamente un experto. A cualquiera de nosotros nos saldría una cosita pueril, deslavazada, una carta en la que contamos a la familia las travesuras del pequeño Quico, para que la abuela le ría las gracias, o lo difícil que se ha puesto el servicio, o lo insoportables que están papá o mamá últimamente.

Resueltos, pues, mis escrúpulos literarios, vuelvo a colocar al Delibes autor en el anaquel de los maestros, mientras al Delibes periodista y conciudadano lo destrono de la mitología para situarlo al nivel asequible de compañero del alma en otras cotidianas y procelosas navegaciones.

Esteban GRECIET

miguel: Por si no lo has visto. 

1200

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

15 Mayo 74

(Gr Mola 90 Madrid)

Por  
MERCEDES  
GOMEZ DEL MANZANO

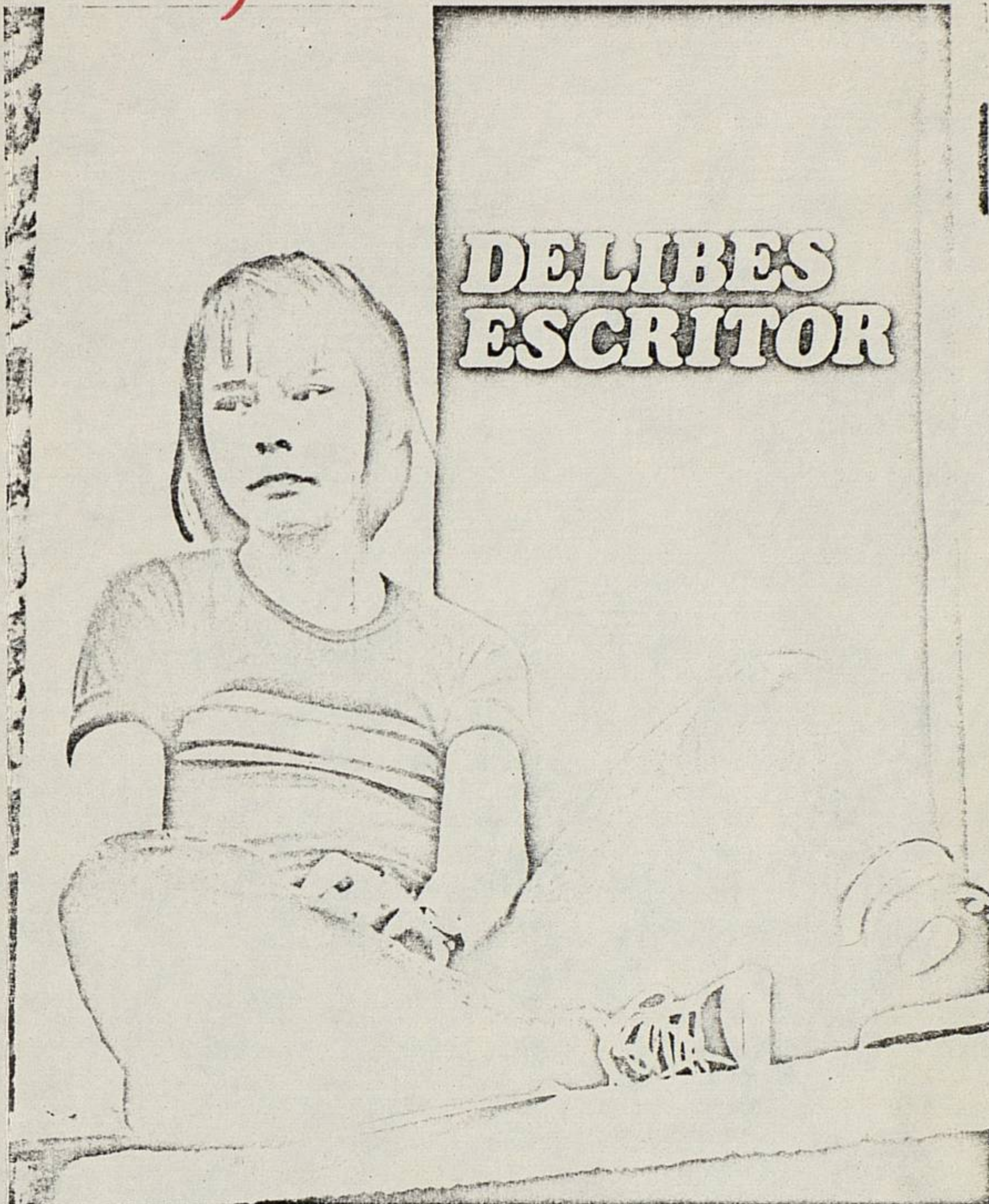
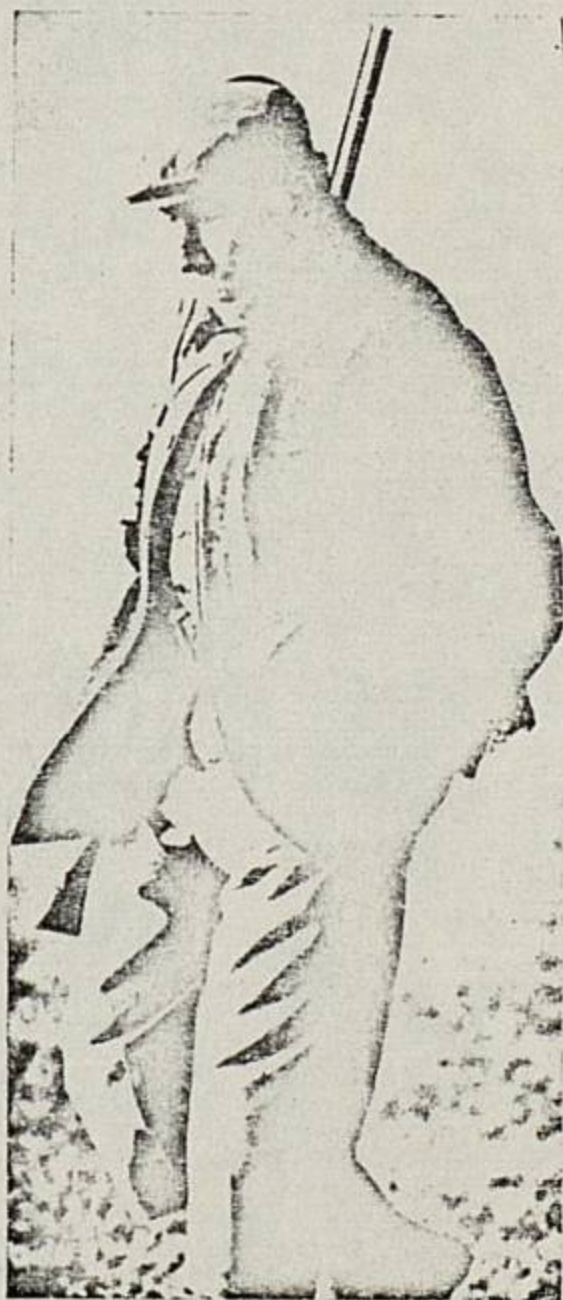
**E**l príncipe destronado, última novela de Miguel Delibes, recientemente publicada en «Destino», me brinda la ocasión de parar mientes en el autor y, una vez más, enfrentarme con el conjunto de su obra. Mi primer lance periodístico fue una entrevista a Delibes (REVISTA, diciembre 1962) para indagar su opinión acerca de la novela española. Por esas fechas acababa de publicar *Las ratas*. La figura de Lorenzo se me quedó grabada y la recordé con fuerza al leer, en 1969, *Parábola de un naufrago*. Los libros publicados intermedios habían distraído mi atención respecto a los personajes y me habían centrado unos, definitivamente, en la naturaleza: *Viejas historias de Castilla la Vieja* (1964), *La caza de la perdiz roja* (1964), *El libro de la caza menor* (1964); otros, en la postura del escritor frente al mundo: *Europa, parada y fonda* (1963), *USA y yo* (1966) y *La primavera de Praga* (1968).

*Parábola de un naufrago* me sorprendió. Entonces no escribí nada sobre ella. Ahora la veo eje determinante de todo el conjunto novelesco delibeano, enraizada en sus primerizas y encorsetadas publicaciones: *La sombra del ciprés es alargada* (Nadal, 1947) y *Aún es de día* (1948), y patente hoy en *El príncipe destronado* con la misma fuerza y presencia que en *Cinco horas con Mario* (1967), *La hoja roja* (1959) o *Mi idolatrado hijo Sisi* (1959).

#### Escritor desde su yo profundo

«Escribía esta novela —dice refiriéndose a *Parábola de un naufrago*— desde mi más profundo miedo.» Esta afirmación de Delibes me hace verlo escritor no sólo desde su más profundo miedo, sino

desde las profundidades más recónditas de su yo. Escribe, es verdad, desde su miedo, pero escribe también desde su recuerdo, desde su tiempo, desde su familia, desde su «hobby». Delibes es más que novelista, escritor. La prosa se le impone a la anécdota, aunque ésta sea la deshumanización radical del individuo, como ocurre en *Parábola de un naufrago*. Solamente en este libro —y ha coronado ya la veintena— rompe, en algunos momentos, la lógica y la coherencia, notas características de sus relatos. Jacinto Sanjosé, protagonista, sometido a la degradación total —al final del relato se convierte en borrego—, se mueve en un mundo de pesadillas que engendra, también desde el punto de vista gramatical, alogicidad e incoherencia. Delibes lo transmite quebrando la construc-



MD

El adolescente y el cazador están presentes en casi todas las novelas de Delibes.

ción con originalidad, dentro de los moldes que, más tarde, se calificarán como «antilitertura». No elimina la puntuación, sólo la enuncia, produciendo en el lector el acoso de la pesadilla, la angustia, el miedo y la opresión del protagonista. Acentúa la ironía, la matización semántica, multiplica las onomatopeyas siempre en función de una línea que se le va agrandando, aunque a veces zigzaguee: la búsqueda del diálogo. En toda su obra se observa un doloroso afán de co-

municación. Como persigue el rastro de la perdiz roja o de la codorniz, persigue, también, esta interrelación personal. Me atrevo a hacer esta afirmación pese a que sus personajes están amasados en incomunicación e individualismo. No es extraño este proceder. Delibes entiende el oficio de escritor como conciencia de su tiempo y le afloran problemas colectivos, vivos en las grandes ciudades, aunque siempre escribe desde Valladolid. Valla-

➤ dolid es su ciudad por antonomasia. Allí nace en 1920. Allí estudia Derecho y Comercio. Allí es catedrático de Derecho mercantil. Allí forma su familia y tiene sus amistades. Allí ejerce la tarea de periodista, día a día, y allí escribe todas sus novelas. Desde una ciudad provinciana otea los grandes problemas del hombre de hoy: la soledad, la manipulación, la explotación por el progreso. Aun en sus relatos cinegéticos alude a ellos. En *Con la escopeta al hombro* (1970) afirma: «La caza en solitario colma las ansias de libertad que subyace en el corazón del hombre.»

### Nombres y caminos determinantes del personaje

Para Buckley, buen conocedor de Delibes, la singularidad de los personajes creados por el novelista radica en el «nombre», en la «manía», en el «camino». Los encuadra en un ambiente rural donde pesan la tradición, el paternalismo, la hipocresía, conjugados con la ternura, la valoración de las cosas pequeñas, la fuerza de la naturaleza, en la que encuentran unas veces impulso, otras la razón de su libertad, alguna el porqué de su destrucción. En este ambiente el nombre es clave. Un nombre que no responde al de «pila», sino al brindado por la sociedad rural, el mote siempre emparentando la afición del sujeto con la acción más significativa del mismo. En *El camino* (1950) se perfilan, como en ninguna otra de sus novelas, estas dos constantes. Daniel, «El Mochuelo», seguirá el «camino» que quiere su padre para él. Carmen, en *Cinco horas con Mario*, determinará el modo y el porqué del «camino» de su hija. Pablo, en *El príncipe destronado*, pese a su rebeldía inicial, seguirá el «camino» que le traza su padre. Jacinto Sanjosé, en *Parábola de un naufrago*, sigue el «camino» que determina D. Abdón.

Estos «caminos» forman parte del miedo de Delibes, y también los nombres en los que siempre entra en juego la muerte, elemento clave en todos sus libros. Los personajes adultos con «caminos» y «nombres» hechos aparecen fuertemente esquematizados, forjados a buril mediante posturas intelectua-



Delibes (izquierda) escribe siempre desde Valladolid; desde allí otea los grandes problemas del hombre de hoy. Aun en sus relatos cinegéticos (abajo), alude a ellos.



les, rígidas y estereotipadas. Se salva de esta afirmación la figura de Jacinto Sanjosé al aparecer como símbolo en un doble sentido, del tecnicismo visto como mal supremo para la humanidad y del aislamiento del hombre, única solución para el que pretende desencasillarse o informarse del sistema en que está inserto.

### Un protagonista optimista: el adolescente

Interesan los protagonistas adolescentes y niños en la obra de Delibes. Van de la retórica y el esteticismo a la sencillez. Pedro, en la primera parte de *La sombra del ciprés es alargada*, se forja en los moldes adultos y aparece violentamente determinado por el pesimismo ambiental. Sisí, magníficamente dibujado por el autor, sufre una pseudomaduración por la toleran-

cia absurda de su padre. Ni Sisí ni Pedro son significativos. Están volcados en moldes viejos. Son los protagonistas de *El camino* los que brindan el viraje y me han hecho calificarlos de optimistas. Aparece esta novela de Delibes en el momento en que toda Europa vuelve los ojos a los adolescentes como buen elemento narrativo. En todos los protagonistas de estas edades se observan rasgos pesimistas y dolorosos. «El Tiñoso», «El Boñigo» y «El Mochuelo», en equipo, descubren el mundo de los mayores con gozo más que con angustia, con ingenuidad, con decisión, con penetración profunda. Con estas características asisten al descubrimiento de la vida y van ensanchando ágil y audazmente su conciencia infantil sin escabrosidades ni ironías. La literatura protagonizada por adolescentes, en Europa, en España y actualmente en Hispanoamérica, está sellada por la convulsión y el pesimismo.

Los tipos que presenta a través de *El príncipe destronado* son todos interesantes. En Quico —pro-

tagonista de tres años, destronado por Cris, de uno y medio—, Delibes nos brinda una buena penetración psicológica en la primera infancia, aunque apoyada en rasgos externos. En Juan —siete años—, por contraste, ejemplifica la despreocupación familiar; en Merche —trece años— asoma la tesis antifeminista del autor (v. *Eidos*, diciembre 1968); en Pablo —quince años—, la carga de la adolescencia irredenta por la imperiosidad paternalista.

Es un libro muy rico desde el punto de vista psicológico del mundo íntimo del menor, dolorido en la expresión pero optimista, desde la fuerza más honda de los niños.

### El Nacional de Literatura para «Diario de un cazador»

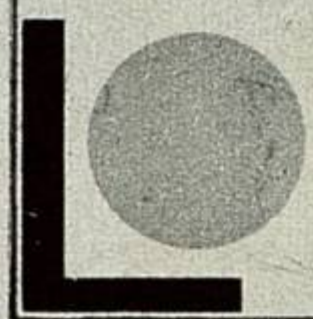
En 1956 se le concede el Nacional de Literatura por el *Diario de un cazador*. Esta novela inicia la bibliografía cinegética, muy importante en el conjunto de la obra de Delibes. El bedel, protagonista también, más tarde, en 1958, de *Diario de un emigrante*, goza de cualidades profundamente enraizadas en su Castilla. Se desenvuelve en un mundo vulgar, gris, expuesto a pequeñas necesidades, deseoso de aventuras, fracasado en el intento de emigrar, refugiado en la caza. El poder de sugestión alcanza aquí un grado excepcional y una libertad interesante. Por primera vez Delibes escribe para narrar, no para decir. Abandona la tesis y se agiliza tanto el relato como la sintaxis. En estos libros cinegéticos no hay ni caminos ni nombres, por eso presentan las páginas más vivas y entrañables de su literatura. En cada relato se puede analizar sin temor la raigambre castellana de su prosa, honda, fría a veces, sencilla, matizada, natural, en la que juegan papel principal la enumeración precisa, la desnudez del vocablo y la descripción de la ciudad y del paisaje. Está muy lejos en estos libros del viejo realismo o del neorealismo que gravan sus primeras novelas. En los libros de caza, como en los de viaje o en los relatos que cada día ven la luz en la prensa, aparece siempre un Delibes sencillo, observador de la realidad más nimia, cordial, hondo ante el suceso diario.

# CULTURA

"Via libre"  
 mayo 1974 (nº 125)



LIBROS



## "EL PRINCIPE DESTRONADO", de Miguel Delibes. (1)

Seguramente, el título de este libro, último de Miguel Delibes, va a desorientar a algunos lectores. Resulta que Delibes, desafiando la moda, ha cogido y ha escrito un libro cuyo protagonista, Quico, es un niño de tres años. No es tampoco un libro infantil. Quico es sólo una excusa para llevarnos de su mano al terreno en el que el escritor ha fijado esta vez su atención: un día en la vida de una familia, sin que por ello haya abandonado a uno de los personajes de su predilección, la infancia, con todas sus curiosas complejidades. Quico, hasta hace poco tiempo príncipe de la casa, acaba de ser destronado de mimos y cariños por una hermanita, en una familia en la que, como dice la madre, ya ha habido que destronar a varios príncipes.

Es una familia burguesa, aunque Delibes no lo dice; viven en una ciudad de provincia, esto tampoco lo dice Delibes; viven desahogadamente, aunque no lo dice expresamente... Todo esto lo observa el lector a través de no demasiadas páginas, porque no es un libro muy largo, que, además de no ser largo, tiene la extraordinaria cualidad de ser asequible a cualquier lector. Su lectura es fácil, muy amena y se hace de un tirón. Al terminar, una quisiera seguir con Quico y su familia al día siguiente, porque con él hemos iniciado el libro, a la hora de levantarse y en sucesivos capítulos numerados con las horas del día que marcan los hitos de las costumbres familiares, y lo concluimos cuando el niño se acuesta. Una piensa que ha leído algo que puede estar ocurriendo en cualquiera de

(1) Col. Ancora y Delfín. Ediciones Destino. Barcelona, 1973. 200 pesetas.



las casas que se ven desde nuestras ventanas, porque no ha pasado nada extraordinario, pero ha sido fascinante. Seguramente, Delibes, que en aquel libro suyo "La sombra del ciprés es alargada", con el que ganó el Premio Nadal en 1947 y que constituyó su lanzamiento, en el que se mostraba tan tremendamente pesimista que formuló incluso toda una teoría para aprender a serlo, es ahora menos pesimista, porque en esa casa resulta que no ha ocurrido nada, resulta que las cosas ni siquiera van demasiado bien, pero hay un no sé qué, feliz?, triste, tierno, algo conflictivo, algo que ha terminado, algo que está empezando en una monotonía cotidiana, de un vivir profundamente humano, con algo que muere y con algo deforme —las manos de la Vítor, la terquedad del hombre—, como una muestra remota y cotidiana también de esos terribles monstruos de los libros en boga; seguramente son estas pequeñas monstruosidades las que más abundan, las que tenemos más próximas, las que real-

mente nos asedian y nos humillan a diario. En el libro de Delibes no hay afeminados, ni invertidos, ni lesbianas, ni morfinómanos; no hay borrachos ni tontos babeantes; no hay sádicos, no se muestran escenas de violencia ni de terrorismo, porque todo esto tampoco es lo cotidiano, aunque una literatura exasperante se empeñe en decirnos lo contrario. Todo esto no quiere decir que estemos ante una novelita rosa; Delibes es un escritor crítico, nada conformista, siente, y a lo largo de toda su obra puede observarse una profunda preocupación por lo social, por la libertad del hombre, que ni siquiera está ausente en esta obra, pero Delibes trata todo esto sin acritud, parece que quiera mostrar las cosas como son, acaso con una cierta desesperanza, en un arropado realismo, para que no se note demasiado que son así de tontas, para que esa cosa imprecisa llamada felicidad ande de puntillas entre esas pequeñas tonterías de cada día, esas pequeñas soledades de cada día, esos pequeños fracasos de cada día, esas pequeñas infidelidades de cada día, sin que se note demasiado.

Una se reconcilia con el mundo literario actual leyendo a Miguel Delibes, y una vez más, el escritor castellano no nos defrauda. Da igual que escriba sobre el campo —"Diario de un cazador", "La caza de la perdiz roja", "El libro de la caza menor", "Viejas historias de Castilla la Vieja"—, que de viajes —"USA y yo", "Europa, parada y fonda", "La primavera de Praga"—, de la burguesía de las pequeñas ciudades —"Mi idolatrado hijo Sisi", "Cinco horas con Mario"—, del hombre desheredado —"Diario de un emigrante", "La hoja roja", "Las ratas"—, o de esa infancia lejana, tiernamente recordada siempre, como en "La sombra del ciprés es alargada" y este "Príncipe destronado". Delibes es siempre diferente y particularmente sensible ante las criaturas, ya hable de la



Colaboradora de VIA LIBRE

# CARMEN LLORCA, UNA MUJER EN EL ATENEO

*En la galería de retratos del Ateneo de Madrid habrá desde ahora un rostro femenino: el de Carmen Llorca, que acaba de ser nombrada presidente de la docta casa de la calle del Prado.*

*La vocación por la historia y la vocación por las letras son una misma cosa en la personalidad de Carmen Llorca, autora de los más vivos testimonios de nuestro pasado. Al alzarla sobre los venerables mármoles del Ateneo de Madrid, la nueva política cultural del Ministerio de Información y Turismo pretende llevar aires nuevos a uno de sus centros más vitales y otrora más polémicos. La sensibilidad, la madura preparación y la exquisita inteligencia de la nueva presidente son hoy renacida esperanza de un Ateneo abierto a todos.*

*VIA LIBRE, donde es frecuente la firma de Carmen Llorca, se congratula por este nombramiento, que es a la vez distinción y reconocimiento a una de las mujeres más singulares y cultas de la España de hoy. El Ateneo de Madrid se enriquece con su presidencia y, a no dudarlo, se aprovechará del caudal de simpatías y admiraciones que Carmen Llorca despierta por doquier. ■ Foto: MAN.*

Naturaleza, de la muerte, de la infancia, o del prójimo, que son las cuatro constantes de su obra, como él mismo, en repetidas ocasiones, ha dicho, porque siempre se aproxima al hombre y le trata con cariño. Hay en todos sus libros, y este último es como una depurada síntesis de todos ellos, tan depurado, que parece un libro sencillo, una respetuosa actitud de observador profundamente humano del niño, que después va a llevar al papel sus experiencias con una pureza estilística de artesano que exige a su léxico de Castilla lo más entrañable. Cualquier libro de Delibes es sencillamente una pieza antológica. Para decir algo bien dicho hay que ir a un libro de Delibes; es como un reencuentro afortunado con el idioma entre tanta desdichada traducción de limitados recursos que poco a poco está haciendo olvidar esta lengua rica, sabia y maltratada.

Un libro, en resumen, en el que se dicen más cosas de las que aparentemente se dicen. Un libro quizá no demasiado optimista, cuidadosísimamente escrito que, sin duda, puede gustar a los que leen mucho y a los que leen poco, que tras su aparente sencillez de ese no pasar nada contiene una profunda meditación de lo cotidiano, una ligera desesperanza por uno de los pequeños troncos perdidos. ■ ENCARNA ROMERA.

## EL CINE

**ANTONIN ARTAUD,**

**Allanza**

**Editorial,**

**Madrid, 1973.**

● El presente volumen incluye las principales reflexiones sobre el cine manifestadas por Antonin Artaud en críticas, entrevistas, ensayos y cartas. También algunos de sus mejores guiones.

Antonin Artaud nace en Marsella en 1896 y muere de cáncer en 1948. A los cinco años enferma de meningitis, quedando afectado para el resto de sus días de graves disturbios nerviosos. Enfrentado así con la precariedad de la vida, busca para todo los fundamentos más profundos. El espectáculo teatral debe ser para el espectador un acontecimiento nuevo en su vida. En el cine "no nos dirigimos al espíritu o a los sentidos de los espectadores, sino a toda su existencia. A la suya y a la nuestra".

Unas veces denigra el cine,

otras lo exalta. Esta contradicción se debe al creciente auge de un cine con miras puramente comerciales, al cual se ve obligado a acudir para poder comer. Además dice: "El mundo imbécil de las imágenes tomado como con cola por miríadas de retinas no completará jamás la imagen que pudo haberse hecho de él..., en consecuencia, no es del cine de quien debemos esperar nos restituya los mitos del hombre y de la vida de hoy". En una entrevista afirma: "El cine es un oficio espantoso. Demasiados obstáculos impiden expresarse o realizar. Demasiadas contingencias comerciales o financieras... se defienden demasiadas gentes, demasiadas cosas, demasiadas necesidades ciegas".

Sin embargo, el cine no tiene el lastre de toda una tradición, y Artaud ve en él la posibilidad de expresarse libremente. Se inclina al surrealismo, este debe ser "una liberación del espíritu". Se aparta de los surrealistas cuando éstos quieren hacer una revolución concreta de tipo social. La revolución tiene que ser amplia, no concreta, material; destinada al espíritu.

Situado en los comienzos del cine, predice el cine en

colores y en relieve. Sin embargo, no llega a incorporar su creación el cine sonoro, hablado. En *La concha y el reverendo* —único guión suyo llevado a la pantalla en su totalidad— obtiene una simbología en imágenes que habla por sí misma, sin necesidad de palabras explicativas; el cine no puede ser como reflejo de un mundo que extrae su materia y su sentido de otra parte. Su concepto del cine es totalmente válido hoy.

En *Los dieciocho segundos*, el tiempo es interior; el protagonista no es dueño de su mente, se destruye. En éste, como en los demás guiones suyos, toca lo esencial, la vida. Todos luchan por ser dueños de ella, pero para llegar a la completa conciencia de sí mismo, como él dice, habría que tomar la vida en sus comienzos, volver a nacer si esto fuera posible.

Antonin Artaud, cuyo pensamiento valió el ser escuchado a pesar de su locura y cuyas cartas íntimas fueron publicadas durante su vida, fue un auténtico creador, que, como todos los grandes visionarios, tiene vigencia por encima de las vicisitudes de los tiempos. ■ GLORIA PENELLA DE SILVA HELLER.

# OTRO NIÑO DE DELIBES

Por Pablo CORBALAN

UNA de las obras maestras de Miguel Delibes es «El camino», novela publicada hace más de veinte años. En ella se mostraba el mundo y la vida a través del despertar de la conciencia de un niño. Ahora, en la madurez de su talento, y con «El príncipe destronado», (Destino, Barcelona), Delibes nos trae otro niño de su mano; un niño que casi no llega a serlo, puesto que sólo cuenta tres años de edad. Carece, pues, de posibilidad de conciencia. Este niño —Quico es su nombre— se encuentra ahí, ante el lector, con sus sentidos físicos más o menos alertados, pero inoperantes en cuanto a lo que sucede en torno suyo. El se limita a vivir, a estar rodeado de adultos queridos o conocidos, todos los cuales le atienden o le miman —según su proximidad consanguínea y afectiva—, aunque sin considerarlo, claro está, de ningún modo, como un testigo apreciable o un confidente de sus desazones. A veces se dirigen a él como alocucionándole o aconsejándole; juegan con él o le dejan ir y venir por el ámbito familiar.

¿Qué pinta este niño entre papá y mamá y todos los demás? Hay que decir que no pinta nada o, por lo menos, casi nada. Y, sin embargo, Quico es el eje de la novela, su razón de ser; el elemento clave de una narración que habrá que sumar a «El camino» y algunas novelas más entre las creaciones mejores de su autor. Y esto porque el tratamiento que del niño ha hecho Delibes convierte la narración toda en un sobresaliente ejemplo de literatura objetiva. Con su pequeño protagonista, el autor se ha excluido de la novela. Sus ojos ven; sus oídos oyen, pero como los de Quico no participan de ningún conflicto, puesto que ni esos ojos ni esos oídos aparecen conectados con ninguna especie de conciencia dramática. Las anécdotas, de cualquier género que sea, discurren exteriormente, como sonidos, imágenes, presencias o ausencias. Un personaje dice en un cierto momento: «Tu siempre quieres saber lo que pasa dentro de uno.» En realidad, lo que sucede en el interior de cada cual importa muy poco en esta ocasión. Delibes ha recurrido a la objetividad pura a través de una simplificación expositiva, que si por un lado, puede resultar trivializada —y en ella encontramos la transparencia de la presencia inequívoca del niño—, por otro, el relato presenta una sólida trama viviente, de precisos e iluminadores rasgos y detalles que elevan el tono inicial a un plano de sensibilidad extraordinaria. En ese plano discurren paralelamente —aunque a veces se interfieren de manera ocasional pero ignorada por uno y otros— los comportamientos del niño y los adultos con los que convive. Se trata de un juego literario sutilísimo conducido con cuidadosa habilidad, con magistral sencillez y delicada armonía. Los seres están ahí. Ahí viven y se comportan. De este cuento no debemos esperar moraleja o desenlace alguno. A lo que asistimos es a once horas de vida dominadas por la presencia, sólo la presencia, de un niño. Delibes —como decíamos— ha conseguido una de sus más sutiles y poéticas narraciones.

## MUSICA CELESTIAL DE CHICHARRO

ATENCIÓN a los amantes de la poesía. Acaba de aparecer —en una hermosa edición costeada gracias a la venta de una carpeta de grabados y dibujos de Amalia Avia, Manuel G. Raba, Enrique Gran, Julio L. Hernández, Manolo Millares, Lucio Muñoz, Francisco Nieva, Angel Orcajo, Joaquín Ramo, Antonio Saura y Eusebio Sempere— la obra completa de uno de los más destacados poetas españoles contemporáneos. Me reero a Eduardo Chicharro. El libro —un grueso volumen— ha sido publicado por Seminario y Ediciones, S. A., como primero de la colección de poesía «Trece de nieve». En él se han reunido poemas y textos teóricos —entre ellos los cuatro manifiestos postismo— y una amplia bibliografía. Es decir, todo cuanto necesitábamos —y con urgencia ya, para evitar el olvido— de este «maldito» de nuestros años de

posguerra. El volumen lleva el título de «Música celestial y otros poemas».

Chicharro —Chicharro hijo, como él gustaba de firmar para evitar la confusión con el pintor del mismo nombre y apellido, su padre— comenzó su obra poética cuando contaba ya treinta y ocho años, a su regreso a España después de casi continua residencia en Roma. Pintor él también, alteró su obra como tal con la poesía sin que llegara a publicar sus composiciones más que en revistas. La invención del postismo —con sus manifiestos y sus revistas, «Postismo» y «La Cerbatana» ambas aparecidas en 1945— le dio a conocer junto a sus amigos y cofundadores de este movimiento Carlos Edmundo de Ory y Silvano Sernes. Pero el postismo —como actividad poética pública— fue un vilano que se llevó rápidamente el viento. En la situación en que apareció, su posición fue absolutamente marginal. Marginal ante la nostalgia neoclásicista y marginal ante la tendencia social-realista ascendente. El postismo quedó limitado a sus manifiestos y a los pocos poemas que de sus miembros aparecieron en publicaciones propias y ajenas. Como nombres a subrayar —que hoy significan una importante rama troceada de la poesía española de nuestro tiempo— quedan los de Chicharro y Carlos Edmundo de Ory. A ellos hay que unir en la «malditez» el de Miguel Labordeta, el solitario de Zaragoza que prosiguió la aventura surrealista de la desesperación sin

que su voz alcanzara nunca —sólo después de su muerte prematura— la audiencia y la importancia que merecía.

Es Gonzalo Armero quien presenta el libro de Chicharro con la brevedad de quien no quiere restar espacio a la poesía de su maestro y amigo. Presentación sincera y emocionada que sitúa a Chicharro en su auténtica dimensión: la de la soledad del poema. Inmediatamente podemos leer una poética en la que el propio Chicharro expone las coordenadas en las que su poesía se produce. Esta brota de «una visión calidoscópica, siempre en movimiento, brillante, sensual y sensitiva, de aspecto más mágico que misterioso». A esta definición hay que sumar una fuerte dosis de surrealismo que el poeta quería más pictórica que, digámoslo así, literaria. Resulta imposible entrar aquí en mayores profundidades. Pero esta nota no puede cerrarse sin destacar el mundo maravilloso de sus sonetos, plenos de fulgor y de magia, el misterio de su «Tetralogía» —en el que arden succulentas visiones que le aproximan a un Max Ernst— y la «Música celestial», proplamente dicha, poemas de varia condición y orientación que revelan desde la profundidad más inspirada hasta el comportamiento lúdico a un poeta que no desdeñaba factores o elementos del orden que fuese. Celebremos el redescubrimiento o descubrimiento según se trate— de este poeta que casi no osaba decir su nombre.

## EL ATENEO: UNA CARTA DE CARMEN BRAVO-VILLASANTE

Días pasados, la ilustre escritora doña Carmen Bravo-Villasante dirigió a nuestro director una carta a propósito de un comentario de nuestro colaborador don Gonzalo Torrente Ballester sobre unas manifestaciones de doña Carmen Llorca, presidenta del Ateneo de Madrid. Se le ha reprochado a nuestro director no haber publicado dicha carta y si las declaraciones de don Miguel Dolç sobre su dimisión como director del aula de Literatura de Cataluña del Ateneo.

La reorganización de la entidad cultural madrileña ha provocado una extensa polémica. En nuestro periódico hemos ofrecido varios testimonios sobre ella. El debate llegó a alcanzar un cierto apasionamiento. La carta de doña Carmen Bravo-Villasante no creemos que contribuya a que la pasión descienda. No obstante, aquí está, en este suplemento literario, que es el lugar adecuado para su inserción. Deseamos dejar constancia de nuestra neutralidad informativa, aun a riesgo de que los polemistas calgan en personalismos que en nada fomentan la claridad y la paz de los espíritus.

Madrid, 7 de mayo de 1974.

Señor don Jesús de la Serna, director de INFORMACIONES.

Mi querido amigo:

Te agradecería mucho la publicación de esta carta. El jueves pasado, en el suplemento literario de INFORMACIONES, leí las divagaciones de Torrente Ballester en torno a Carmen Llorca y unas declaraciones que sólo conoce de oídas. No se puede escribir únicamente por referencias y menos rasgarse las vestiduras. En el Ateneo habrá secciones especiales dedicadas a las literaturas regionales, que Carmen Llorca —valenciana y entusiasta de su región— va a cuidar con un interés enorme. Sin duda hay un malentendido. Es como si yo dijera que en las líneas de Torrente Ballester hay una veta de secreta misoginia. Seguramente me equivocaría. Carmen Llorca, que es una mujer inteligentísima eficaz, conciliadora, con gran capacidad de trabajo y extraordinaria cultura, quiere a España en toda su integridad de regiones y de hombres y mujeres.

Te envía saludos muy cordiales

Carmen BRAVO-VILLASANTE

P. D.—Para no alargar más esta carta no quiero decir nada de «la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio».





## ENTREVISTA CON DELIBES

# EL PRÍNCIPE DESTRONADO

MD

Manuel Leguineche

**C**ORRIAN los años sesenta y Miguel Delibes me habló una tarde, cuando *Las ratas* apareció en los escaparates, de una novela que tenía *in mente*. Una novela que para mí nunca tuvo título, pero que todos conocíamos como la novela «del pito». La anécdota que resumía aquella novela en agraz era la de un niño que se coloca delante del espejo y se mira el pito, o algo así. Era, en suma, la novela de los autodescubrimientos de la primera infancia. Intuí también que sería el libro sobre el abismo que separa al mundo infantil del adulto. Durante estos años he preguntado a Delibes por la novela «del pito» y siempre me respondió con evasivas. Hasta que una tarde de caza me anunció que la novela «del pito» salía con el título de *El príncipe destronado*. En efecto, ha salido, y lo que resulta curioso, tiempo después de *Cinco horas con Mario* y *Parábola del naufrago*, que si no me equivocó son ideas o temas o historias que se le ocurrieron más tarde. El hecho es que en la página 13 de *El príncipe destronado* leo que «la misma Vitora con el codo, le dejó en la bañera y él se miró desnudo y rió al divisar el diminuto apéndice.

—Mira, el pito —dijo.

—Ahí no se toca, ¿oyes?

—El pito santo —añadió el niño sin soltar el tubo del dentrífico de la mano izquierda.

—¿Qué tonterías dice ese niño? —dijo Mamá.»

La novela, llena de sugerencias, es sin duda transparente, contenida y despiadada y a aquella original me parece que Miguel Delibes le ha puesto una carga de pesimismo, de fatalismo. ¿Por qué ese ataque tan demoledor a la familia, impropio, digamos, de un padre feliz de siete hijos?, se me ha ocurrido preguntarle.

—No, por favor, yo no ataco a la familia. En toda novela se debe contar una historia. En este caso la historia es la de un matrimonio que no se comprende y la repercusión de la incompreensión en los

hijos. Esas familias andan por ahí sueltas de la misma manera que hay otras que se compenetrán. En *El príncipe destronado* he optado por novelar las primeras.

El protagonista, Quico, es un niño-niño de tres años, situado en esa edad que, según nos han contado los psiquiatras de la primera infancia, es conclusión y prefacio a la vez. Quico, como cualquier niño de tres años, descubre sutilmente el entorno familiar. Es estilo patético de ese diálogo de sordos en que ha caído la relación del matrimonio: «Sin embargo, no miraba a Mamá, sino al niño:

—El día que te cases, Quico, lo único que has de mirar es que tu mujer no tenga la pretensión de que piensa.

—En el mundo —le dijo Mamá, y el cigarrillo se movía a compás de sus labios como si fuera un apéndice propio— hay personas absorbentes, que creen que sólo lo suyo merece respeto. Huye de ellas, Quico, como de la peste.

Quico asentía, mirando ora al uno ora a la otra. Papá estalló:

—La mujer en la cocina, Quico.»

### LAS GRACIAS DEL NIÑO

Según Jean Piaget, el desarrollo intelectual del niño pasa por cinco etapas. En la segunda se sitúa el protagonista de la novela de Delibes. Es el estadio preparatorio, dominado, según Piaget, por un pensamiento egocéntrico y antropomórfico. «Mira, mamá. ¡La Luna me sigue!» En Quico están asimismo, junto al mimetismo, algunas de las emociones fundamentales del niño: la cólera, la intriga, la angustia, la exploración, el temor, el amor. La novela de Delibes es en este sentido neobehaviorista, tiene en cuenta y muy en cuenta la objetividad y la importancia del medio. Además, y sobre todo, Quico es el príncipe destronado. Con el nacimiento de Cris ha pasado a segundo plano y no se resigna. Recurrirá a todos los trucos y zalemas, a lo que Lacan llama «la dialéctica del ensaño»,

para recuperar su protagonismo y su omnipotencia. En torno a él se mueven, en primer término, mamá —Mamá escribe el autor, con mayúscula—, los hermanos, Domí, la Vito y su novio, la chica de la casa, las tías, y Papá, muy tangencialmente. Pregunto a Delibes si le ha importado más Quico o el mundo que se ve a través de la óptica del niño, el de los adultos...

—El niño me importa mucho —me responde Miguel—. He dicho en otras ocasiones que el niño es un ser que encierra toda la gracia del mundo y tiene abiertas todas las posibilidades. El adulto, en cambio, ha reducido a una —su profesión— sus posibilidades y ha perdido la gracia. Si a esto se añade que es posible plantear los graves problemas de los adultos a nivel infantil, queda explicada mi preferencia por el mundo de los niños.

La novela ha gustado mucho en casa Delibes: «Para mi mujer y para algunos de mis hijos *El príncipe destronado* es una de sus novelas predilectas entre las escritas por mí.»

—¿Cuánto hay entonces de la familia Delibes en la novela?

—Del matrimonio Delibes entiendo que nada. De los hijos Delibes supongo que mucho. Ellos han sido el objeto de mi observación.

—¿Cuándo se te ocurrió la novela?

—Desde que tuve mis primeros hijos y descubrí la complejidad de su mundo y la general incompreensión hacia él, me atrajo este tema.

—¿Cuál de tus hijos ha podido entonces servir de modelo de comportamiento?

—Cualquiera de ellos menos el último.

El libro está escrito con una sorprendente economía expresiva, de modo muy funcional, y prácticamente las ciento cincuenta páginas son diálogo. ¿Por qué? Miguel me responde que, a su juicio, «el tema así lo requería». Se advierte quizá más que en otras novelas suyas el despegue del autor de las fórmulas al uso. Miguel vuelve a la decantación, a la desnudez, a las fuentes. A ese libro inspira-

dor al que siempre se refiere Miguel, el Mercantil de Garrigues, que le sirvió, junto a la técnica periodística, de gimnasia y disciplina del lenguaje.

Un libro de narrativa clásica, lineal. ¿Seguirá Miguel Delibes en esta línea de realismo, o es que, como concepción, *El príncipe destronado* la escribió tiempo atrás?

—Yo no me propongo caminos, sobre todo cuando todavía ignoro a dónde quiero ir. En cada caso, en cada novela, el tema me sugerirá la mejor técnica a emplear. No creo en la técnica por la técnica, sino en la técnica más adecuada y eficaz para servir a cada anécdota. Por otra parte, tanto Umbral como Pere Gimferrer han encontrado en *El príncipe destronado* hallazgos que desbordan el puro realismo.

## LA MENTALIDAD MENCHU

Con una habilidad y una puntería que sólo dan los años y el oficio (entiéndase en el mejor sentido), Delibes desarrolla trece horas de la vida de un niño el 3 de diciembre de 1963. Desde que se levanta, hasta que se acuesta, y mueve sus criaturas con tal maestría, sin que apenas suceda nada, que el lector alcanza la página 150 sin darse cuenta, con la sensación de que lo que acaba de leer es además de jugoso, auténtico, nuevo. Se diría que nada sobra y nada falta. ¿Nada sobra? Apunto a Delibes si no ha sido algo maniqueo en la descripción del padre de la familia, que hizo la guerra con los que la ganaron y que resulta un personaje egoísta, cruel y malvado, se mire por donde se mire.

—La vida tiene mucho de maniquea. Con mayor razón lo tiene la novela, que ha de ser una síntesis. En otro sentido, —añade—, no creo que esta novela lo sea especialmente; antes al contrario, una de las cosas que quiero decir en ella es que nuestra guerra civil no fue un conflicto entre buenos y malos. Afirmar eso es una simplificación. Los buenos y los malos, los idealistas y los asesinos, abundaron en los dos bandos.

Sin embargo, sorprende el dibujo que el autor hace de la Mamá de Quico. Más todavía si pensamos que la Menchu de *Cinco horas con Mario*, su último gran personaje femenino, era un retrato de la mujer conservadora, calculadora, tradicional. La Mamá de Quico es una víctima del egoísmo y de la cerrazón ideológica de su marido. La Mamá de Quico es lúcida, inteligente, progresista. ¿No la has idealizado?, pregunto a Delibes.

—Cuando publiqué *Cinco horas con Mario*, muchas mujeres españolas se dolieron del poco aprecio en que las tenía. Entonces dije que la novela trataba de resumir una contraposición de caracteres y puntos de vista y que nada hubiera afectado a su esencia si hubiéramos cambiado la situación de los personajes, metiendo a Carmen en el ataúd y poniendo a Mario a monologar. Ahora, más o menos, es lo que he hecho. Con ello quiero decir que «la mentalidad Menchu» no es exclusiva de la mujer española.

La familia de Quico, ¿es el arquetipo de la familia de la alta burguesía de posguerra?

—Arquetípica no la considero. Digamos representativa de un sector de la alta burguesía.

Hablamos luego, no sé bien por qué, de los años de la posguerra: «Tenía novia —me dice—, y nos queríamos y, en ese trance, nada nos importaba ir al café y pedir una caña 'para los dos'. Los cinco días restantes de la semana paseábamos, y si hacía mucho frío, nos arimábamos, como los niños de las novelas de Dickens, a los respiraderos de la calefacción del

'Café del Norte'. En cabio, en el buen tiempo, nos sentábamos en un banco del Campo Grande a tomar el sol, como marqueses. Fue una buena época y una buena prueba aquello, créeme, porque todo lo que alcanzábamos después nos parece un arreglo.»

La guerra civil aparece y desaparece entre los diálogos de la novela a medida que el padre de familia, Pablo, habla o reflexiona con destemplanza. La guerra civil (o las guerras de los antepasados, título que no se resigna a poner a su próxima novela) asoma de una forma u otra en la obra de Delibes. Le pregunto



si cree que la guerra civil interesa o preocupa a los jóvenes españoles.

—Volvemos a lo de siempre —me responde—. A los muchachos preocupados, que hay muchos, les interesan no sólo la guerra civil, sino las «guerras» civiles. Lo que ya constituye otro problema es la justicia o la injusticia de que les alcancen sus salpicaduras. De los españoles se ha repetido que somos ingobernables e incapaces de convivencia, pero con los menores de cuarenta años, que yo sepa, esto no se ha demostrado. ¿Qué oportunidad les hemos dado de participar en la marcha del país?

—El párrafo final de *El príncipe destronado* resume un poco la atmósfera opresiva determinista que envuelve a la familia de Quico. «A saber qué tendrá la mano de una madre —dijo la Domi.

Mamá adoptó un gesto duro para replicar:

—Lo malo es luego —dijo— el día que falta Mamá o se dan cuenta de que Mamá siente los mismos temores que sienten ellos. Y lo peor es que eso ya no tiene remedio.»

—Es una frase sin clave —me explica Delibes—. Quiere decir exactamente lo que dice. Durante la primera infancia, la mano de la madre —o la del padre— basta para espantar todos nuestros miedos. Desgraciadamente, de adultos no hay mano que acierte a conjurarlos.

## EL PECADO, EL INFIERNO..., LA CENSURA

Las fórmulas educativas de la familia de *El príncipe destronado* son represivas. La tradición nos presentaba el medio familiar como esencialmente protector, hecho para el niño y como a su medida, escribe Lapassade, y he aquí que este medio puede ser igualmente definido

como profundamente inadecuado, traumatizado. ¿Piensas —pregunto— que hay otros métodos de educación en los que el niño crece más felizmente, o crees que de cualquier forma el niño es un ser desgraciado, lleno de traumatismos, que se limita a acumular complejos y frustraciones?

—Lo que sucede es que en España entendemos la educación como un repertorio de prohibiciones apoyadas en amenazas —el pecado, el infierno, que utilizamos frívolamente sin pararnos a pensar en los efectos que pueden producir en una mente infantil. Encauzar al niño ha-

cia objetivos positivos es infrecuente entre padres y pedagogos. Por otra parte, un espíritu infantil es algo enormemente complejo. Los adultos piensan que los problemas de la primera infancia son nimiedades y tonterías a las que no hay por qué hacer caso. No se quiere reparar en que esas «tonterías» pueden representar para el niño un problema importante e incluso grave. Todo esto motiva que en el mundo de apremios y egoísmos que vivimos el niño sea la primera víctima. El niño es el gran incomprendido de nuestra supercivilizada sociedad.

Le hablo a Delibes del *mea culpa* entonado por el doctor Benjamín Spock, autor en 1946 de un libro, *Common sense book of Baby and Child Care*, que ha servido de manual de educación permisiva de millones de niños norteamericanos. Ahora Spock dice en una revista que se equivocó de plano y piensa que no sirven las normas fijas, que hay que dejar a los padres en libertad para educar a sus hijos.

—Bueno —dice Delibes—, puede haber unas normas generales de convivencia que es discreto ocultar en todos los niños. Pero los niños no son borregos y cada uno requiere «su» educación.

—Freud sostiene que no hay adulto absolutamente separado de su infancia, el mundo del hombre es un mundo de niños. ¿Has leído a Freud o a los psicoanalistas?

—A Freud le he leído con atención. He leído muchas de sus obras. Ignoro hasta qué punto puede haberme influido.

—En tus novelas has dedicado una tierna atención a la morfología y la psicología infantil. ¿Hay quizá una evolución en el tratamiento o descripción de estos niños desde *La sombra del ciprés es alargada* o *El camino* hasta *El príncipe destronado*?

—Creo que no. Se trata en cada una de mis novelas de niños distintos. Entre

los niños existen tan profundas diferencias como entre los adultos.

—¿Eres lector de literatura sobre la Infancia?

—He leído *El pequeño príncipe*, *Alicia en el país de las maravillas* y otras obras inmortales. Desgraciadamente, creo que mi prosa tiene menos vuelo poético e imaginativo.

—Sé que has tenido algunos problemas con la censura...

—Parece que, empezando por el título, el libro no gustó demasiado. Pero como ya estaba editado, los cortes se limitaron a una página, que hubo que sustituir por otra en una tirada de cerca de diez mil ejemplares. Una labor de chinos, como comprenderás.

—¿De dónde te vino el título, el «príncipe destronado»?

—En psiquiatría infantil se estudia el problema del hijo menor que al cabo de unos años es reemplazado por otro. Yo creo que esta figura, si no se llama «el príncipe destronado», tiene un nombre parecido.

La obra de Miguel Delibes está formada de novelas comunicantes que abarcan desde el diagnóstico de la adolescencia en libertad de *El camino* y la crisis juvenil de *La sombra del ciprés es alargada*, la melancolía y la tristeza en la última hora de *La hoja roja*, el humor y la parábola popular en el *Diario*, el pesimismo y el drama del fracaso de la educación de un hijo único en *Mi idolatrado hijo Sisé*, la denuncia social y el telurismo de *Las ratas*, el lúcido monólogo de *Cinco horas con Mario* como expresión de un cristiano crítico e impaciente en un ámbito pequeño burgués o el grito contra la numerización del individuo en *Parábola del naufrago*. ¿Es *El príncipe destronado* una novela nihilista? Es el sambenito que le colgaron algunos a la *Parábola*. Delibes opina que no:

—No hay nada de eso. Por ejemplo, *Parábola del naufrago* encierra o pretende encerrar al menos una advertencia para evitarnos el ser convertidos en borregos como Jacinto San José. No es un libro nihilista, por tanto, como alguien ha sugerido, aunque su eficacia nos llegue de rebote. Si yo no he tenido piedad de Jacinto San José o de otros de mis personajes de ficción, es precisamente por la piedad que me inspiran los seres de carne y hueso, susceptibles de escarmentar en cabeza ajena.

M. L.



Pedidos por correo  
y teléfono

Solicite catálogo

Génova, 3 / Tel. 419 17 84

Madrid-4

## Santiago Amón

# KANDINSKY Y MAN RAY, A ESTAS ALTURAS

CON la primavera se produjo en Madrid la feliz confluencia de dos exposiciones antológicas, inaugurada la una y clausurada la otra el pasado mes de abril. Los nombres de los expositores hacen innecesaria la presentación y vano el detalle del «currículum»: Wassili Kandinsky y Man Ray, cuya obra se vio respectivamente colgada en las galerías Juana Mordó y Iolas-Velasco. También había de parecer innecesario y tardío el comentario, de no ceñirse a lo aún más tardío y desconsolador por lo que hace a la presencia entre nosotros de uno y otro artista: alguna de las obras de Kandinsky nos llega con sesenta y cuatro años de retraso, excediendo el medio siglo otras cuantas de Man Ray y cumpliendo como propias a ambas muestras las rituales admiraciones publicitarias, harto paradójicas o sarcásticas en este caso, por no decir circenses, del «¡por primera vez en España!».

La crítica en general ha optado por lavarse las manos, recurriendo a la sola tipografía del gran titular, omitiendo, bajo la capa de una engañosa razonabilidad, el verdadero compromiso del comentario y contentándose con subrayar el acento casi unánime de esta exclamación: ¡qué puede agregarse, a estas alturas, a lo ya dicho y por tantas plumas ilustres acerca de Kandinsky o de Man Ray! Puede y debe agregarse precisamente eso: que ambas exposiciones hayan acaecido «a estas alturas». Sería menos de escandalizar si la demora hubiera afectado por vía de excepción a ambos protagonistas de lo moderno. Pero ocurre que lo excepcional es su presencia, por anacrónica que se diga, frente a la ley general de una erradicación sistemática de los maestros contemporáneos y el ejemplo de sus obras en el efímero trasiego de las galerías y en el marco inmutable de los museos.

Descuéntense una antológica de obra gráfica de Picasso y otra colectiva del futurismo italiano y sus secuelas, otra de Klee, otra de Gargallo..., y quedará consumado el cupo de los maestros de nuestra edad en el ámbito expositivo-oficial de la capital de España (pudiendo agregarse tal cual retazo de Fautrier, Fontana, Permecke, Music, Hartung, Max Ernst, Matta, Julio González..., a medias con la iniciativa privada). La ley general, pese a todos los pesares, sigue en pie. Sepa el lector que la exposición píccassiana, aun adornada con una conferencia de Kahnweiler, se limitó a la suma de unos grabados, y que las otras, desprovistas por

sistema de todo adorno cultural, han acaecido «a estas alturas», es decir, excediendo en su retraso el medio siglo, en cuyo transcurso obras, intenciones e interpretaciones cambian profundamente su signo (lo que ayer fue revolución y vanguardia aparece hoy como academia a los ojos del experto y como costumbre a los del profano).

### LO NUESTRO

El hecho se torna aún más paradójico si se tiene en cuenta que los propios artistas españoles más cualificados del hoy en curso (los Miró, Chillida, Tápies, Palazuelo...) han ganado cumplido reconocimiento (y no pocos de los galardones más estimados en el concierto universal de las artes) allende las fronteras, mereciendo dentro de ellas desdenes e incluso animadversiones y sólo o cuando más la atención privada por parte de algunas galerías, de algunos coleccionistas y promotores consecuentes con su tiempo (ello ocurrió un poco antes de la actual fiebre estético-inversionista) y de algunos sectores, en última instancia minoritarios, de la crítica y la historiografía. No vale, pues, decir que nosotros ya teníamos, y a mucho honor, «lo nuestro». Lo nuestro era, en el mejor de los casos y generalmente a instancia ajena, escaparate de cara al exterior y palmaria incongruencia con muchos de los criterios y realidades de dentro.

Aún está por hacerse en Madrid, sea ejemplo, una exposición, si no antológica, como la que hubo lugar en Barcelona, al menos digna de Joan Miró. La obra de Tápies nos ha llegado en tal cual ocasión y siempre de forma confusa y fragmentaria. Pablo Palazuelo no fue conocido como tal hasta el pasado año, merced a su bien nutrida exposición en una galería privada, y no por todos los sectores de la crítica en funciones «en un «Diccionario crítico del arte español contemporáneo», editado con posterioridad a dicha exposición, no figura su nombre). Y también «a estas alturas» (hace poco más de un año) nos era, al fin, dado contemplar por vez primera en España una panorámica del quehacer de Chillida, y «a estas alturas» le eran negados en Madrid una disposición y un lugar adecuados a una de sus últimas y más sorprendentes esculturas que él había tenido la gentileza de regalar al pueblo madrileño.

# Miguel DELIBES, El príncipe destronado, Ed. Destino, Barcelona (1974), 167 págs.



Otrarecreación del mundo infantil a cargo del conocido escritor castellano. La acción se desarrolla durante unas horas de un día normal en la vida de un niño de tres años y medio, príncipe destronado por una hermana menor que le quitó el puesto de rey de la casa en una familia de seis hermanos. Quico, el protagonista, asiste, como testigo implacable y sin culpa, a las desavenencias paternas, a los amoríos de la criada, a las hipocresías y temores de una familia pequeñoburguesa.

Con un estilo llano, coloquial y directo, Delibes aborda una vez más un tema que le es grato: la inocencia natural frente a la corrosión aburrida de la vida de los mayores, enmarcada en una religiosidad formal y sin contenidos vitalmente asumidos. La pérdida del cariño concedido al hijo menor le deja al protagonista inerte ante las aristas del trato cotidiano, sin haber aprendido todavía a construirse un caparazón que le proteja. — R.G.

"DIARIO DE LEON"  
12/VI/74 Pag.20

**"EL PRINCIPE DESTRONADO".** novela, por MIGUEL DELIBES.  
Vol. 436 de "Ancora y Delfin". Ediciones Destino, Barcelona, 1973.

Este príncipe destronado es el niño de pocos años --3, casi 4--, al que acaba de nacerle un hermanito. El libro nos cuenta un día de su vida. Y al través de lo que le acontece, de lo que hace y de lo que dice, vamos intuyendo lo que padece, lo que añora, lo que por dentro de sí mismo le está de veras sucediendo, y hasta lo que, en realidad ocurre en la sociedad española que le rodea. Este niño es un ser decidido, preocupado de sí mismo, de su cuerpo, de su prestigio ante los demás, de su afecto por unos pocos seres: la Vitora --esa criada que casi es su ama--; su madre, que es sólo una confusa bata o falda roja, una voz reprensiva, exasperada, una acogia cálida en la necesidad; sus múltiples hermanos de todas las edades; las demás criadas de la casa; alguna de sus tías; su padre, del que tan sólo se oye la voz, quejosa o disgustada... Al niño le importa afirmarse como hombre, decir por ello las palabrotas que le están prohibidas y que son sólo, para él, sonidos acreditativos de su rebeldía, hablar de sus necesidades o hacerlas si es preciso en público, pintar, que lo quieran. Sobre todo, esto último, que lo quieran, ser, seguir siendo el primero para todos, porque empieza a saber que no lo es ya. El libro cuenta lo que hace, lo que trama para conseguirlo. Y es graciosa, verídica la exposición. Y es fiel en su retrato de los personajes, esas espléndidas criadas de Delibes, esos mayores entrevistados desde fuera por el niño y que al niño tampoco ellos comprenden en su interior, porque están absortos en sus respectivos egoísmos, frustraciones o ambiciones. Hay una visión de toda una sociedad, expuesta al trasluz, en la pintura de esa familia que es la del niño protagonista. Para el niño no hay en ese momento otro ser más cercano --y es una muy grande, muy real acusación la que Delibes hace así-- que su Vitora, su criada de su alma. Y ésta --que es quien más lo comprende-- está, sin embargo, atribulada ese día, lejos de él íntimamente, por la ausencia inminente del novio, que va a marchar pronto a Marruecos por un sorteo adverso. Es el lenguaje --seco, duro, apropiado y veraz, como en todos los libros de Delibes-- parte esencial de este relato, construido sobre lo que se dice, sobre lo que se oye y sobre lo que se ve, más que sobre lo que se piensa o se siente, que es tarea ésta que el novelista deja luego para realizada por el lector. Pero se nos presenta en él un cuadro muy real de la vida española cotidiana, una imagen del flagrante abandono en que, en verdad, viven los niños, fácil presa de los celos, de las intrigas de quienes viven más cerca y más tiempo al lado de ellos, y seres olvidados más de una vez, muchísimas veces, de sus propios padres que, agobiados, abstraídos, flotan lejanos a su alrededor.

# LA ULTIMA NOVELA DE DELIBES

*(Viene de la pág. ant.)*

«Aún es de día» (1949), y menos todavía, ya pasado el tiempo, de esa otra novela en la que Delibes apretaba a la c, la o, la m y la a de su máquina de escribir cuando necesitaba una coma, y yo llegué a pensar que esa tecla de la coma no existía en su máquina. En fin, si todas las novelas de Delibes fuesen como este último relato magistral que se llama «El príncipe destronado» (1) (un «ejercicio de estilo» —si se me permite decirlo así—, casi sin par en nuestra actual narrativa), entonces Delibes sería posiblemente nuestro más importante novelista de hoy.

**U**N día de diciembre de 1963 metido en un relato dividido en once partes, que corresponden a once horas del día, y, a lo largo de ellas, unos niños que hablan, que gesticulan, que van creando un lenguaje, del que Delibes va a servirse para situar-

lo en su justo nivel, por encima del discurso de los niños, hasta convertirlo en voces casi mudas (y parecen todo lo contrario). En esta narración no se dan «acontecimientos dramáticos», «hechos relevantes». El relato se apoya en una—o muchas—pura anécdota, para ir alimentándose a sí mismo e ir tejiendo una tela de araña perfecta que al final desaparece sola, porque aquí, con todo lo que pasa, no está pasando absolutamente nada. De manera que si Delibes no hubiese evitado—al menos en un relato de estas características—la grandilocuencia, el aspaviento novelesco, «El príncipe destronado» habría sido una novelita más.

**P**OR otro lado, Delibes ha sabido muy bien —esto es muy poco común en las novelas «con niños»—convertirse aquí en un mero espectador que desde el comienzo huye de ese juego que suelen imponer—a un nivel psicológico muy pre-

cario—las reglas de la relación entre niño y adulto. El relato está objetivado, el narrador nunca trata de suplantar la personalidad del niño y, a la postre, la historia que se cuenta no sirve más que para que Delibes deje entrever una pura cuestión teórica en torno a la narración: la de la distancia óptima (no exactamente el distanciamiento crítico), el punto desde donde disparar.

**N**O sé si alguien ha dicho que «El príncipe destronado» podría ser una novela para niños. No lo creo. Para que los niños aprendan a escribir, quizá; pero los niños prefieren las novelas en las que pasan cosas, y en ésta sólo parece que pasan. Si la novela admite una lectura infantil, eso es accidental.

**José Luis JOVER**

-----  
(1) «El príncipe destronado», de Miguel Delibes. Destino. Barcelona, 1974.



17 de julio de 1974 PUEBLO

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



libros

# “EL PRINCIPE DESTRONADO”

de Miguel Delibes

Hay temas que siempre resultan: los recuerdos de colegio, el primer amor adolescente, por ejemplo, van bien a un narrador que conozca su oficio y observe y anote con sensibilidad. Los antecedentes literarios que han incidido con éxito en esos filones, son numerosos.

Miguel Delibes ha escrito una narración larga (puntualizo no por un puntilloso prurito preceptivista, sino para orientar al lector) más que una novela propiamente dicha, en la que se nos cuenta la decepción de un niño de cuatro años escasos por el nacimiento de una hermanita que le desplaza como centro de atención familiar. Se trata de una familia numerosa que, por ello mismo, alivia ese trauma competitivo en el pequeño protagonista de la historia.

Hacia falta un sutil tacto de narrador para que la levedad del cuento llegara inmachita a la sensibilidad del lector. Delibes lo ha conseguido usando de un estilo leve, casi

juguetón, lleno de anotaciones felices. Quico, el niño protagonista, es como un espejo en el cual se va reflejando el vivir de los otros personajes. Por su superficie —o más bien, por su fondo— van pasando los «otros», los «demás», como entes no siempre comprensibles, francamente confundidores en muchas ocasiones. Incluso la sombra del conflicto convivencial de sus padres, se adensa, en un momento dado, con caracteres de determinada negrura. Será también una revelación impresionista, nada insistida, pero que proporcionará una decisiva clave al lector.

Los pequeños accidentes de la historia son desgranados por Delibes casi festivamente, pero con esa ternura que todo humor verdadero implica. Hay un evidente aire costumbrista como fondo o escenario de la historia, y el abundante diálogo gotea constantemente sus intencionalidades sobre el lector. Y, así como el impresionismo pictórico se balancea a medias entre la anotación naturalista y la recreación téc-

nica novedosa, el estilo de Delibes en esta obra subraya tanto la verdad real de la historia como las posibilidades de una forma de contar abierta, insinuante, que, como en el caso de aquellos pintores, se basa en el toque suelto, matizado y liberal. Desde una determinada distancia visual, o mental, esas jugosas fragmentaciones se integran en la unidad cerrada del relato —o de la pintura— conservando no obstante el encanto aislado de cada pormenor, el temblor de esa frescura que, normalmente, le es negada a la obra aparatosa y absorbente.

Puede hablarse, por supuesto, de obra menor, y puede también subrayarse lo rentable o agradecido de un tema que siempre resulta. Pero ello no impedirá reconocer que ese favorable resultado exige en el autor unas condiciones, una solvencia, que, en «El príncipe destronado» se evidencian con brillantes.

La obra está publicada en «Destino».

JAVIER DE BENGOCHEA

MIGUEL DELIBES  
JAVIER DE BENGOCHEA

ENRIQUE SORDO ha leído

EL PRINCIPE DESTRONADO, de Miguel Delibes (Destino) 225 Pesetas

**AUTOR:** Miguel Delibes es una de las dos o tres "voces propias" auténticas de la novela española de postguerra. Con verdadera voluntad de estilo, pero sin caer de lleno (salvo un par de veces) en las formas preelaboradas y preconcebidas que tanto se han prodigado en estas últimas décadas. Lo mejor de su obra es lo que corresponde a sus relatos castellanos, a sus novelas de testimonio simple y directo, perfectamente escritas, dentro de un casticismo natural, sin barroquismos de ninguna especie. Humano, de sobria ternura, su castellano es uno de los más limpios que nos es dado leer en nuestros días.

**TEMA:** Podría ser resumido así: vida cotidiana vista por un niño de tres años. Pero Delibes no pretende exponer unas entrañables vivencias infantiles, ni cae en la tentación de añorar antiguos paraísos perdidos de la experiencia. Es cierto que en cada página nos ofrece un "descubrimiento" de su protagonista, un doloroso contacto del chiquillo con las aristas de la realidad. Sólo que estas sensaciones y estos atisbos no nos son comunicados en forma de nostalgias líricas, como añoranzas e idealizaciones de un tiempo pretérito que la razón y el juicio han adulterado. Por el contrario, el mundo interior de Quico —protagonista omnipresente de esta novela—, las perplejidades y los problemas de sus tres años no son más que un limpio y veracísimo espejo en el que se refleja con singular nitidez el concreto microcosmos que le rodea.

En *El príncipe destronado*, Delibes circunscribe en todo instante los acaecimientos exteriores a la perspectiva del niño, a su punto de vista particular. Tal vez el novelista ha concedido demasiada amplitud al horizonte de minucias que Quico descubre en el dintorno, y acaso ha otorgado a su personaje-eje una excesiva capacidad de percepción. Pero esto podría tener importancia si su libro se tratase de un intento de análisis introspectivo, de un monólogo interior al modo joyciano. Y no lo es en absoluto. Ni siquiera los problemas de la marginación de Quico, de su "destronamiento" a raíz del advenimiento de la nueva hermanita o de su insistente preocupación por los atributos de su masculinidad, llegan a adquirir verdadera entidad. Lo que de veras importa es el universo cerrado y preciso que vamos incluyendo a través de lo que el niño capta. En las once horas que abarca la acción del relato —cronología sucinta que sirve de modelo o de paradigma para una dimensión temporal mucho más vasta—, Quico, con su mirada

desconcertada y su oído atento, nos va proporcionando, paso a paso, la imagen de todo un ámbito social, humano y hasta histórico. Los hechos y las actitudes que el niño contempla, las frases y los breves retazos de diálogo que escucha, cobran, para el lector, una extensa significación. En ellos, entrevemos el pasado de estas gentes que le rodean, mientras que su presente se nos hace palpable y casi intuimos su proyección futura. Ni una sola vez el autor añade nada al punto de vista de Quico, ni le suplanta en la audición, ni se interfiere para completar cualquiera de sus fragmentadas percepciones. Y, sin embargo, cuando la breve novela ha concluido, el lector reflexiona y advierte de pronto todo aquello "de que se ha enterado". Sabe a ciencia cierta que ha penetrado en la intimidad cotidiana de una familia burguesa española que vive en una capital de provincia años después de la guerra civil (es decir, hoy).

**ESTILO:** La utilización de un *tempo* predeterminado, la objetividad a ultranza conseguida a través de la que podríamos llamar *weltanschauung* de un niño común, nada singular, el empleo en los diálogos de un lenguaje coloquial (y casi local) adecuado a cada nivel sociocultural de los personajes, etc., son realidades fácilmente advertibles en el breve y pingüe libro. Pero esta previa y voluntaria acumulación de dificultades técnicas —por otra parte muy plausibles— no son otra cosa que la idónea y justificada vestidura del cuerpo íntimo de la novela. En *El príncipe destronado* esta epidermis cubre un significado subyacente que tal vez no llegue a hacerse manifiesto para algunos hasta una reflexión posterior a la lectura de la obra.

Tal vez, subyacente y oculta, existe en la novela una cierta reflexión moral. En la estricta objetividad y en la asombrosa sencillez del relato queda implícita una leve intencionalidad crítica ante una sociedad determinada, o acaso, simplemente, ante la grandeza y la servidumbre humanas. Obvio es decir que la arquitectura del libro, lineal, rectilíneo, meticulosamente pautado en tiempo y en espacio se adapta como un guante a su función. Lo mismo que el lenguaje, de una austeridad rigurosa y de una propiedad ceñidísima.

**LECTOR:** El que ahonde un poco, ya lo hemos dicho. El que no se quede en la pura epidermis. No hay dificultad en ello. ■

"El Cervo", IX, X 1974



EL CIERVO -15

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



# MIGUEL DELIBES Y EL MUNDO INFANTIL

Miguel Delibes sigue observando el fabuloso mundo de los niños. Desde "La sombra del ciprés es alargada" hasta su reciente novela corta "El príncipe destronado".

En la selección antológica "Mi mundo y el mundo", afirma que el "niño es un ser que encierra toda la gracia del mundo y tiene abiertas todas las posibilidades, es decir, puede serlo todo, mientras el hombre es un niño que ha perdido la gracia y ha reducido a una —el oficio que desempeña— sus posibilidades".

Y a continuación añade: "Querría dar a entender que para mí, el niño, precisamente por la carga de misterio que arrastra, tiene mayor interés humano que el adulto, incluso para ser protagonista de una novela o de una película... Por eso hay tantos niños protagonistas en mis novelas."

En "La sombra del ciprés es alargada", admiramos a dos niños por su honda amistad y ejemplar solidaridad. Pedro y Alfonso son huérfanos. Una noche nevosa continúan sus aventuras abulenses y se escapan de su internado para contemplar la Luna —que "era redonda como un queso"—. Alfredo, débil de nacimiento, se sentía tan mal, que su amigo tuvo que llevárselo casi a rastras... "Sin una palabra de censura" de sus viejos patronos, éstos lo arroparon amorosamente. "La piel del cuerpo de Alfredo era más blanca que las sábanas. Tiritaba y le entrechocaban los dientes..." Cuando Alfredo murió, Pedro quedó sumido en una tristeza infinita, insondable.

"El camino" brinda las animosas correrías de Daniel, apodado el "Mochuelo" —en la montaña santande-

rina—, en compañía de sus ocurrentes e inseparables amigos Roque, El Moñigo, y German "El Tiñoso".

Y en "Las ratas", sobrecoge la crueldad de Matías Celemin, el cazador furtivo que mató intencionalmente un hermoso zorro que Nini había cazado, adoptado y amaestrado. Celemin se complacía mostrando en alto el animalito inerte. Al fraudulento cazador tan sólo le interesaba "romper las ilusiones del niño".

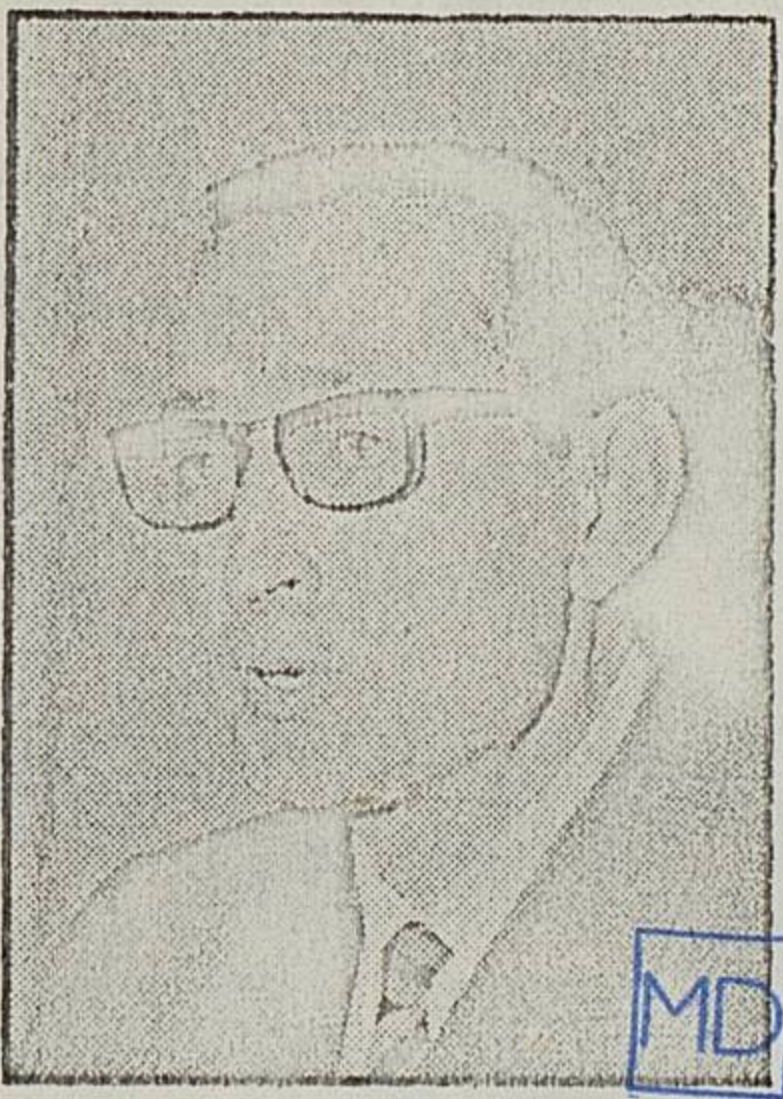
Le duelen al novelista la injusticia, la incomprensión y la indiferencia de los mayores hacia los "limpios ideales de los niños".

En "El príncipe destronado", Delibes se asoma más al mundo infantil. No quita los ojos de su hijo Quico, que tiene tres años y es un imaginativo de campanillas. Diminu-

tamente, pasó a paso, hora a hora, el novelista observa y anota lo que el niño hace, dice, ve y oye —en constante ebullición de actividades e invenciones del pequeño—. El autor se limita a narrar —con llaneza castellana y lenguaje limpio y exacto— cuanto ocurre a Quico en un solo día. Quico escucha a los mayores que le rodean, lo curioseá todo, sonrío... y se muerde levemente el labio inferior... Las sirvientas repiten: "¡Ay, madre, qué crío éste! ¡Huy, qué criatura, madre!" Desde que nació su hermanita, Quico "tiene unos prontos que qué sé yo". Sospecha —con razón— que dejará de ser el benjamín de la casa: "Hasta ayer, dueño de la casa; hoy, nadie." En adelante, Quico será "el príncipe destronado". El protagonista no se aviene a dejar de ser centro de atracción sobre su personita y se defiende inventando que se ha tragado un clavo —"una punta", que guarda celosamente en el bolsillo repleto de chucherías que son motivo de ilusionadas y sucesivas invenciones—. Quico tiene hambre y sed de ternura, y en la cama saca la mano por el embozo y, a tientas, busca afanosamente la mano de su idolatrada mamá...

Miguel Delibes ha escudriñado las reacciones de su hijo "a lo largo de unas horas de un día de diciembre" y sólo ha pretendido con ello "una tentativa de aproximación" a la psicología del niño. Los educadores continúan ese intento de penetración difícil y lo prolongan —a través de las infancias o periodos del niño— hasta la floración adolescente. Así, en los sucesivos —inextinguibles— casos, paso a paso, incansablemente.

José MUNTADA BACH



# EL PRINCIPE DESTRONADO

Es un título tentador. Es un título precioso. Yo diría también que es un título preciso, si no se hubiese utilizado excesivamente este juego de palabras. Parece que dentro de «El príncipe destronado» nos vamos a encontrar con un cuento de oro para los niños. No es oro, socialmente hablando, todo lo que reluce. Hay, sí, mucho oro de infancia. Hay asimismo no poco oropel de personas mayores, ya con sus pasiones, sus mequindades, sus conchas.

Leí «El príncipe destronado» en unos días, ya lejanos, de humo y de niebla en mi cabeza de «pantera rosa.» A la gente le ha dado por decir que me parezco a la «pantera rosa» de la televisión. Bueno. Me tiene sin cuidado. Aludo a ciertas jaquecas que antaño me visitaban con frecuencia y que ahora ya, desgraciadamente, apenas me afectan. Las migrañas emigran con los años, como en el otoño algunos pájaros.

He tenido que volver a leer la última —por el momento— obra de Miguel Delibes, para percatarme de su contenido. En varias notas críticas —ésta no lo es— se ha dicho que se trata de una pequeña obra maestra. Todavía andamos a vueltas con el fenómeno de la cantidad, como si la cantidad, el tamaño o el número de páginas tuviesen algo que ver con la calidad —el peso específico— de una obra de arte. Yo creo que no. El mismo Delibes me decía un día que quizá esa narración debió tener unas páginas más o completarse con otro relato. No, no y no.

Juan Ramón Jiménez, en una de sus condensadas prosas poéticas y críticas, exclama: «¡Cuentos largos!, ¡tan largos! ¡De una página! ¡Ay, el día en que los

hombres sepamos todos agrandar una chispa hasta el sol que un hombre les dé concentrado en una chispa...!»

Todo pasa en unas horas y entre las cuatro paredes de una casa de clase media acomodada, salvo unas rápidas salidas. Delibes, que sabe ver y escuchar, cuenta, ya en transfiguración de novela, lo que ha visto, lo que ha escuchado y lo que ha sentido. La casa de la novela ¿es la casa del novelista? Sólo en una parte. Las novelas auténticas no son nunca un calco de un dibujo sobre el cristal, sino armonización y armonía de muchas cosas de fuera —fundidas y no confundidas— y de vivencias —a la fuerza— de los dentro del autor y de sus personajes.

El príncipe pudo ser un hijo pequeño

## Francisco Javier MARTIN ABRIL

del novelista. Pero los padres del principito no se parecen en nada a Angeles y Miguel, mis dilectos amigos. No haría falta decirlo, pero no está de más apuntarlo. En muchas escenas diríase que el lector vive y convive con la gente de su casa: la nuestra. M. D. no se anda con remilgos y reproduce el lenguaje de los niños, de los mayores distraídos e indiscretos, cuando no de los bergantes o vicebergantes bien alimentados y vestidos.

Los niños, aunque sean niños, no son sordos ni ciegos ni tontos. Son todo oídos, todo ojos. Son misteriosas esponjas. Es posible que el listillo de turno diga: «¡Cuidado, que hay ropa tendida!» Lo que

faltaba para que el niño no se enterase de nada. Que se creen ustedes eso.

De todo el curso de la novela se van levantando columnas de trascendencia moral, social, política. Difícil tarea la de ser padres en toda la extensión y profundidad que ello implica. Lo cómodo, lo fácil, es echar balones fuera. Que para eso están las «criadas.» Va entre comillas, por si acaso.

Lo que pudiéramos llamar poesía de lo cotidiano brota como un aire perfumado por las rendijas, tan finas, de una prosa apretada y ceñida como un guante de seda a la arquitectura —personas y cosas— de los acontecimientos. El caso es que no pasa nada. ¿Que no pasa nada? ¿Qué queremos que pase?

El niño no se duerme porque tiene miedo. El pobre Quicc —el príncipe destronado— no sólo tiene pelusa, sino miedo. Y con miedo ¿cómo se va a dormir un niño? ¿Quién le habrá contado esas historias al principito, que ya no lo es? Esa Domi... «A saber qué tendrá la mano de una madre.» La novela termina con unas palabras hermosas y terribles de «Mamá»: «Lo malo es luego, el día que falta Mamá o se dan cuenta de que Mamá siente los mismos temores que sienten ellos. Y lo peor es que eso ya no tiene remedio.»

Nos quedamos de repente sin techo. Todos los mayores nuestros se murieron. Desapareció la bóveda palpitante, como escribió Gabriel Marcel. Habrá que levantar los ojos al cielo. Pero el rey de la casa, el que fue rey de la casa, ya se ha dormido, después de haber oprimido «dos veces la mano de Mamá antes de que sus deditos se aflojaran y su respiración se acompañase.»

"A Norte de la Hilla" 17-X-74

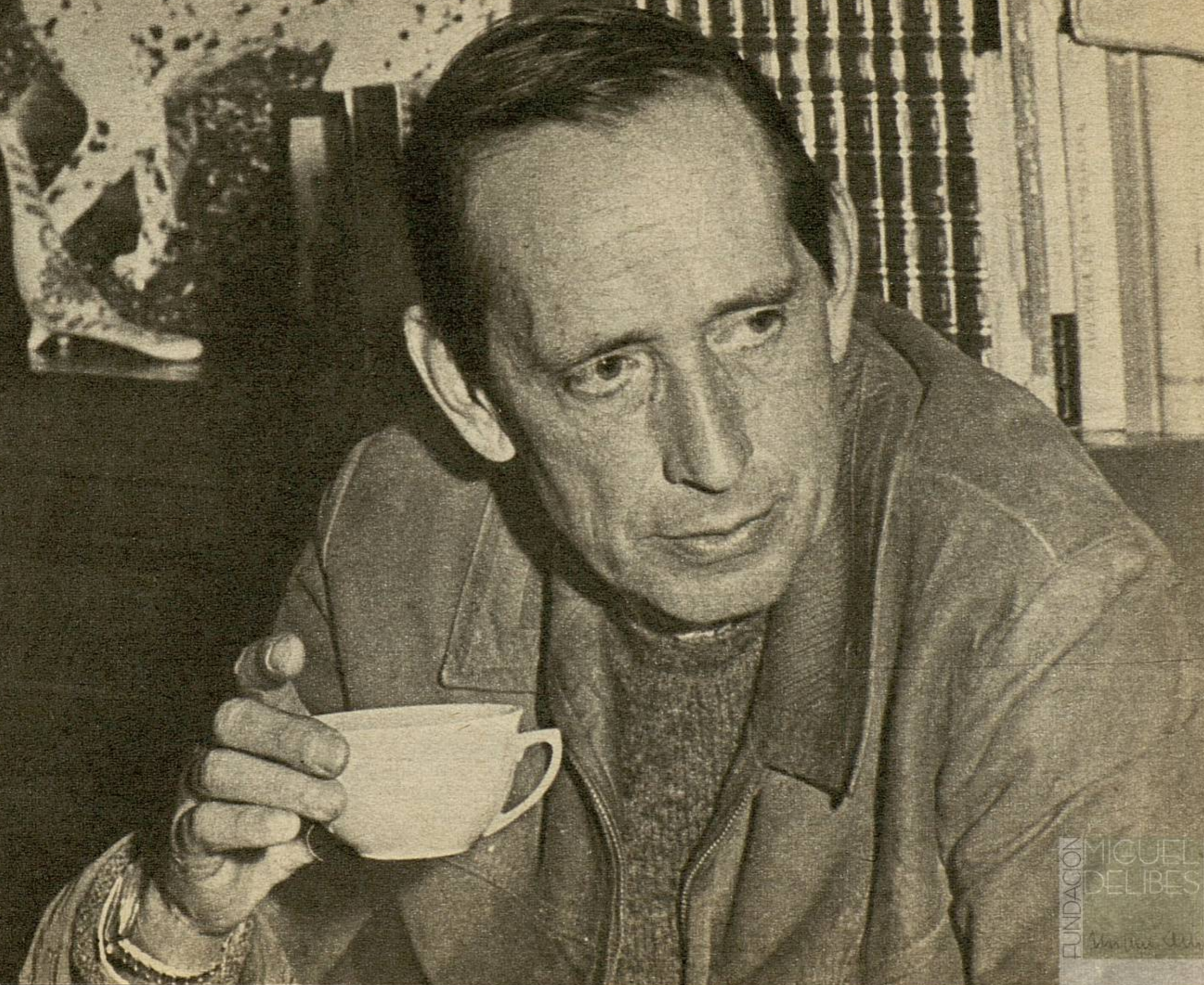


# MIGUEL DELIBES

## EN TORNO A UN PRINCIPE DESTRONADO

Por Manuel María MESEGUER

ABC  
1-XII-74  
MD



«Los maestros escriben en las revistas largos artículos acerca de mi conocimiento del mundo infantil, pero yo nunca he pretendido ser un psicólogo, sino que los niños me han hecho gracia siempre, como me han hecho gracia los perros de caza», dice Miguel Delibes acerca de su última novela «El príncipe destronado», cuyo impacto en el público lector le trae a esta sección de «Los protagonistas del éxito». «El príncipe destronado» es un niño de tres años —el príncipe de la familia— hasta el nacimiento de su hermana. A punto de entrar en máquinas este número nos llega la triste noticia del fallecimiento de la esposa de Miguel Delibes, al que hacemos llegar nuestro más sentido pésame.

**E**STE hombre alto y desgarrado, con aspecto de señorito de pueblo, proclive a la llaneza —botas camperas, cazadora de cuero marrón sobre un jersey gris, pantalones grises de lanilla desgastada—, con ademanes pausados y medidos como si le pesaran sus grandes, largas manos; este hombre de rostro anguloso y, sin embargo, cordial, más cercano a la codorniz de rastrojo que a la abeja de la colmena ciudadana, este Miguel Delibes, escritor, periodista y profesor, viene a ser para muchos, para quienes inclinan opiniones, el mejor novelista de la España contemporánea; para todos uno de los hombres más honestos que pulen las Letras hispanas. Mal comienzo el del elogio. Peor aún si es justo. Abriendo el oído se puede captar su voz, grave y escéptica, ahora perpleja: «Estoy sorprendido, la verdad, porque nunca pude imaginar que "El príncipe destronado", esta novelita, pudiera tener el éxito que, al parecer, está teniendo...». Se acomoda de nuevo en el sillón, cruza dificultosamente las piernas y ensaliva la punta del grueso cigarrillo recién liado. Lo prende con dos chupadas hondas y vaporosas que velan su rostro momentáneamente: «Es un rito, ¿sabe usted? Si no se hace uno mismo su cigarrillo, se pierde la mitad de la gracia». Es el segundo de la tarde y el tercero de los cinco que se fuma al día. Espanta la ceniza Delibes, se incorpora para beber un sorbo de té y se ratifica en su extrañeza ante la acogida del público a su última novela: veinte mil ejemplares en medio año. Después se dará la receta, aunque si urge se puede proporcionar ahora: tómese una sencilla historia, cuéntese llanamente de forma que divierta a los niños, entretenga a chachas y soldados, y estremezca a intelectuales; mézclense lirismo y tragedia de forma que tome el conjunto el aspecto de un dulce de chocolate y almendras amargas; redáctese con talento de genio; elimínese la petulancia, y «best-seller» servido. Si usted, escritor en ciernes, trata de seguir el consejo es posible que narre la pequeña historia de Quico, un niño de tres años que se levanta un buen día y que ese mismo día, ya no tan bueno, se acuesta. Entre las muchas diferencias que proporciona el martes 3 de diciembre de 1963, respecto a otros días aburridos, quizá se pueda resaltar el que esa mañana descubre Quico por primera vez que no ha mojado las sábanas. Como dato indicativo se puede añadir que Quico era el mimado de cinco hermanos, hasta que nació Cristina. Pero, atención, habla Delibes:

### ● Una infancia cruel.

—Esos veinte mil ejemplares me parecen un disparate, sí. Lo que pasa es que todos los padres se encuentran inmediatamente representados en el libro y ven también a sus hijos; porque, claro, todos los niños son iguales. Yo tenía la novela dormida desde hace algún tiempo. Volví a leerla y me pareció que estaba bien, aunque sin poner demasiado entusiasmo en mi juicio, la verdad. Tampoco lo puso Vergés cuando decidió editarla y ahora se encuentra tan sorprendido como yo. Los maestros escriben en las revistas largos artículos acerca de mi conocimiento del mundo infantil, pero yo nunca he pretendido ser un psicólogo, sino que los niños me han hecho gracia siempre, como me han hecho gracia los perros de caza. Ahora, esto del príncipe destronado... De mi experiencia personal no recuerdo nada. Nosotros fuimos ocho hermanos y la verdad es que cuando me tocó ser destronado ni me di cuenta; tenía dos años y no me acuerdo de nada. Pero sí recuerdo las pelusas, los destronamientos de los hermanos menores, y sus reacciones eran como las de los adultos. A mí me gusta plantear problemas de adultos a nivel infantil. Las reacciones del niño cuando dice: «¡Cagao,

culo!», es la de un adulto cuando empieza a soltar juramentos, exactamente la misma.

Y sus juegos, tan bélicos. Un tubo de pasta de pasta dentrífica se puede convertir en pistola o en cañón, incluso en tanque, según las necesidades. Y habría que saber si es que estamos educando una infancia cruel.

—Yo me temo mucho que sí. Por esta pretendida falta de tiempo que hoy nos atribuímos disminuye la atención de los padres hacia los hijos. Nos está ocurriendo igual que hace diez años en Norteamérica. Cuando volví de allí, hará nueve años, me sentía impresionado de que las niñas, a los dieciséis años, quisieran irse (si estaban en California a Nueva York o si en Nueva York a California) lo más lejos posible de los padres, y esto nos está pasando aquí ya. En todos los aspectos que analizamos en la vida de los niños descubrimos que estamos fomentando un mundo tremendo. Los niños se solazan pensando que su papá mató cien malos o mil malos. Esto es evidente, forma parte de un mismo conflicto y creo que, a la larga, estamos haciendo personas insensibles y brutales. La próxima novela, de la que corregí ayer galeradas, es eso: la imposibilidad de un tipo hipersensible de seguir siendo eso, sensible, en este mundo atroz, donde te cercan por todas partes y te envilecen y te embrutecen. Se llamará «Las guerras de nuestros antepasados», supongo que saldrá en diciembre o así. Es una novela más larga, escrita en forma de diálogo, una especie de diálogo improvisado del médico de una prisión con un recluso en el que no ve las características lombrosianas, de criminal nato; y, claro, ahonda, ahonda y resulta que este niño era de una hipersensibilidad tan brutal que le dolían los dedos cuando veía podar un árbol, ¿verdad? Y este muchacho acaba siendo un criminal. En esta novela proyecto esta brutalidad de la infancia a la vida adulta, pero vale para esto que estamos hablando. Por otro lado creo que a los niños les estamos dando mucha frivolidad. Hemos identificado el bienestar con el consumo, con el dinero, y nos creemos que dándole al niño un tren eléctrico y a los dieciséis años una moto le hacemos feliz, y pienso que no, que le estamos haciendo un perfecto desgraciado, porque el niño, desde que tiene uso de razón, se encuentra rodeado de cosas que todavía no ha pedido, de forma que, a los quince, dieciséis años ya está cansado de todo: se le brindan fáciles las niñas, tiene cuanto desea y entonces se vuelve abúlico, aburrido, impaciente, irritable, incluso violento. Yo, la verdad, lo veo mal. Claro que también veo mal el planteamiento de otros problemas...

### ● Una revolución de otro tipo

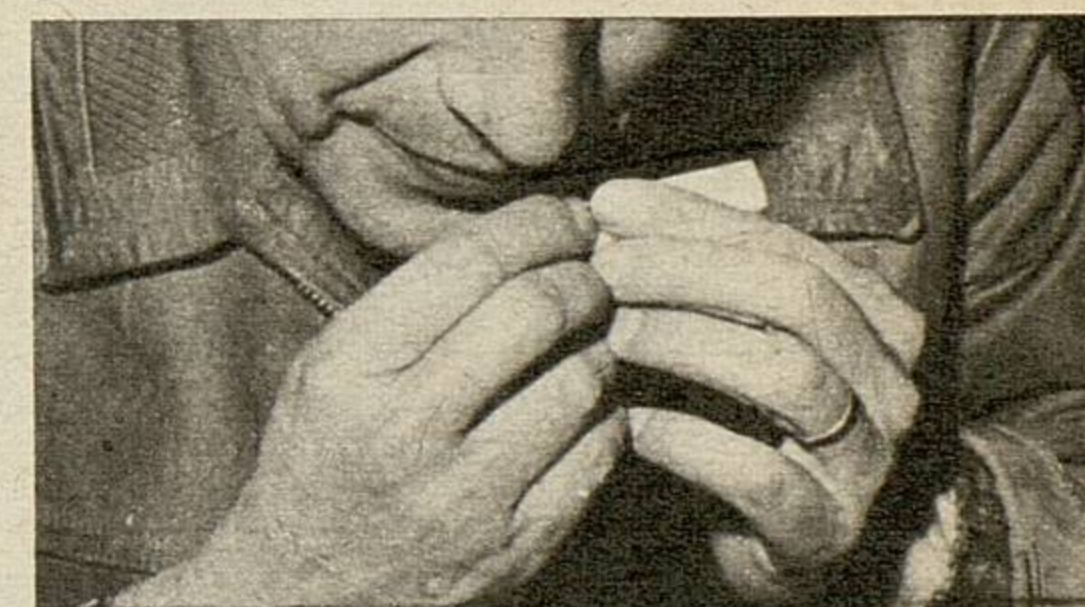
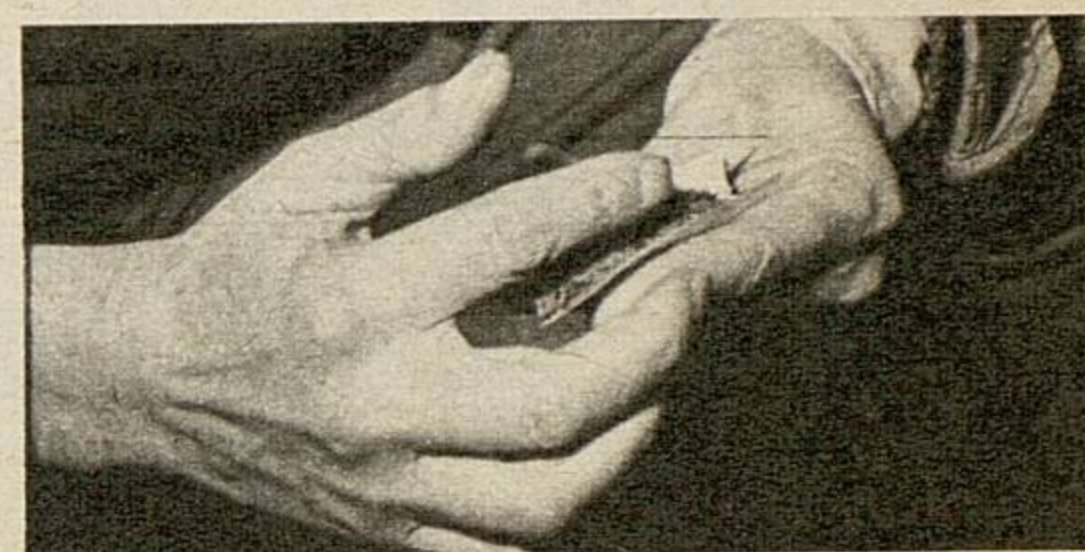
—Por ejemplo...

—No sé si será ahora o cuándo, pensaba leer el discurso de ingreso en la Academia, y los tiros van por ahí, hasta ese punto es mi preocupación. Tengo el discurso prácticamente terminado, pero una serie de contrariedades familiares me ha inutilizado para todo. El problema que estudio es el progreso, el sentido del progreso y la naturaleza desde mi obra. Todo nuestro pretendido progreso se cifra en el dinero. Todo lo que tenemos de valioso como seres racionales —el sentido humano, la comunicación— no ha progresado en absoluto ni lo hemos estimulado; al revés, lo estamos acorchando. El mundo socialista no me da la solución, ya que Krushev lo dijo en 1963: «Mi meta es alcanzar el nivel de consumo norteamericano». ¿Qué pasa entonces?

—Si el sistema capitalista no va a arre-

glar esto y el sistema socialista tampoco, ¿no hay solución?

—No, no; tiene que haber una revolución de otro tipo. Esta de carácter socioeconómico no es suficiente. Los biólogos actuales te dicen de volver a la mermelada de la abuelita, volver al artesanado, pero ¿cómo hacerlo?, ¿cómo hacer compatible un trabajo manual en el campo con una actividad intelectual? Esto es, por ahora, una utopía. Nosotros estamos agotando las materias primas y las fuentes de energía del mundo, pero nuestros hijos aún exigirán más, porque el progreso técnico es implacable. Así, si calculamos



que tenemos petróleo hasta el año 2010, ellos sacarán la última gota en 1990. A mí, que soy católico practicante, me ha frenado un poco el criterio providencialista: «El Señor, que no desampara ni a una de sus avejillas...». Porque si hoy tenemos a dos tercios de la Humanidad pasando hambre para que coma el otro tercio, ¿quiere usted decirme qué ocurrirá si a esta población la multiplicamos por dos en el año 2000? Créame, un desastre completo mientras no modifiquemos los actuales supuestos.

(El acento adecuadamente apocalíptico de Delibes se torna placentero cuando se regresa al tema del destronamiento de Quico por su hermana Cris, la reina de la casa, y se menciona la conversación del niño con el soldado: «Ahí hubo que hacer correcciones después de tenerla editada. A Ricardo de la Cierva no le gustaba el título y nos dijo:



más me gusta. Es brutal, pero no imposible. Toman el hilo conductor del niño para llegar al otro y hacerle más daño. Es una escena de una intransigencia feroz, muy española. El marido quiere obligar a la mujer a que piense como él, y la mujer, a que el marido piense como ella.

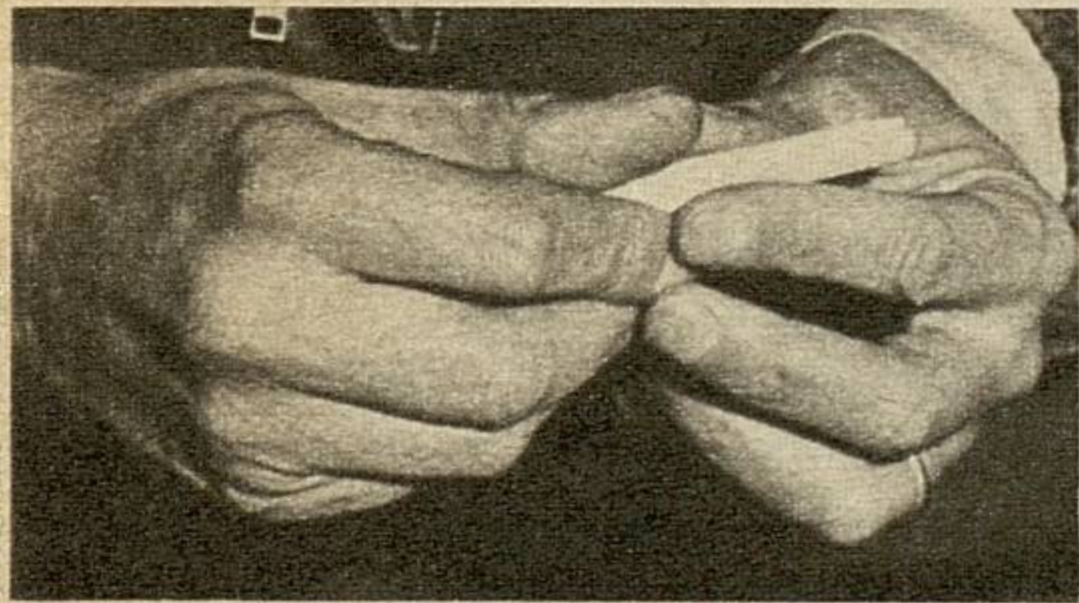
● **Siete caza-herjes por cada casa.**

—Y los niños siguen con sus grandes dosis de belicismo.

—La visión de la guerra que estamos dándonos a los niños es perniciosa, como lo es la imagen del padre en «El príncipe destronado», un héroe del lado nacional que presenta una mitad, la suya, como los buenos, y la otra mitad, como la de los malos. Yo también luché en nuestra guerra, me tocó en Valladolid, pero jamás se me ha ocurrido hacerle pensar a un niño que mi postura era heroica, etcétera, etcétera. Es decir, que al niño hay que informarle de lo que ocurrió por mutua intransigencia y por incomprensión, y que sea él quien saque sus conclusiones.

(Y después de esto la conversación se desparrama por lo literario, y se puede hablar del desconcierto de los lectores de la difícil «Parábola del náufrago» ante esta narración lineal y sencilla de ahora: «Bueno, yo he sostenido siempre que la técnica de la novela está subordinada al tema». O, puestos a ser pesimistas, se puede recoger el grito agorero de la antinovela: «Pero ¿en nombre de qué vamos a matar la novela, si en lugar de las dos mil personas que compraban las novelas de don Pío son ahora diez mil?» O se puede tocar el tema de la novela moderna, tan hermética: «Yo las leo por obligación, pero la verdad es que me aburro como un mono». O de la represión sexual que subyace en «El príncipe destronado»: «Este es un problema que tampoco sé resolver, que me desorienta. No me es fácil conciliar la vieja moral con las exigencias físicas de dos seres normalmente constituidos». Y tan pronto se alude a la enorme fotografía de la librería —Miguel Delibes con escopeta, ceñido con la canana, precedido por el perro— se destrona a la novela, se la arrinconona y ya no queda otro remedio que hablar de caza, solamente de caza...)

Manuel María MESEGUER



"Este libro, empezando por el título y siguiendo por otras muchas cosas, es impublicable". Vergés le contestó que no había pasado censura previa y estaba ya editado. A través de muchas conversaciones se avinieron a respetar el título y la conversación sobre la guerra que tienen los padres en presencia del niño, que tampoco les gustaba nada. Ahora, llegó a un punto, que no pasó, a pesar de las protestas de Vergés. Así que hubo que sustituir una página en cada uno de los diez mil ejemplares, una obra de artesanía que costó más que editar el libro. Claro que, todo hay que decirlo, la novela salía quince días después del atentado contra Carrero Blanco». Y entonces se puede hacer hincapié en esa conversación tremenda de los padres acerca de la guerra.)

—A mi también es una de las escenas que

«Es un rito, ¿sabe usted? Si no se hace uno mismo su cigarrillo, se pierde la mitad de la gracia.» (Arriba, una perfecta película de cómo hacer un cigarrillo y cómo saborear los resultados. A la derecha, un momento de la entrevista.)



# EL CORREO LITERARIO

## Una historia para adultos

Por FRANCISCO VELEZ NIETO

Quando se anuncia como el acontecimiento literario del nuevo año un próximo libro de Miguel Delibes (1), el autor de «Cinco horas con Mario» (2), esa novela que tan acertadamente se introduce dentro de un sector de la sociedad española de postguerra, queremos comentar esta semana, un año después de su aparición, una novela corta del mismo autor cuyo impacto, dentro de la convulsiva panorámica de la novela española actual, se ha elevado con la categoría de gran novela, tanto por la originalidad del tema, como por esa sencillez de estilo en ese complejo ejercicio que es la literatura de diálogo.

«El príncipe destronado» (3), trata de la vida de un niño de tres años en el corto espacio de unas horas de un día de diciembre, dentro del reducido marco interior de su casa. Este pequeño personaje asume durante toda la narración, desde su mundo mágico e incoherente, todo el peso de las personas que le rodean, provocando con sus inocentes intervenciones un tumulto de realidades ocultas contenidas entre los mayores, que ante esta chispa ingenua se desbordan sin posibilidad de esperanzas.

Este intento, tan logrado, de acercarse al mundo de los niños sirve al autor para enseñar de nuevo los conflictos entre una generación que vivió la guerra con criterios opuestos. Las opiniones encontradas de un matrimonio, que de nuevo choca ante el enfrentamiento que producen las antagónicas ideas de vencedores y vencidos. El bueno y el malo, dentro de una clase concreta, tan habilmente tocado tantas veces por Delibes, muestra el inevitable fracaso, el tormento de tener que soportar hasta la desesperación, todas las relaciones ficticias, montadas sobre unos supuestos de la familia, que por lo general siempre llegan a la traición, motivados por la deformada educación e intrasigencia de quien ordena y manda desde sus anacrónicas creencias.

Que algunos personajes de esta novela queden para siempre en nuestra literatura, se debe a que la pluma creativa de Delibes ha logrado, con su originalidad, plantear de nuevo el problema de la educación en nuestra sociedad, partiendo desde el desolado e ingenuo mundo de unos seres al servicio de otros —donde todo lo ejecutan desde su subdesarrollado mundo primario de carne, mitos y demonios— hasta el desesperado equilibrio de la difícil convivencia irracional de unos padres a los que las frías relaciones rutinarias no les son suficientes para mantenerse unidos.

Y todo a través de la cálida participación de un príncipe destronado que busca desde su pequeño gran mundo recuperar su trono luchando con los miedos del ángel de la guarda y el demonio, que atormentan la infantil mente esforzada desde su capacidad imaginativa en preguntar si, con la ternura y la canción, no sería suficiente en esta sociedad para que las personas pudiese amarse y comprenderse entre el llanto y la risa y ese despertar diario de los niños capaces de destronar desde su exilio todos los feudos de los mayores que le rodean.

Una gran novela corta, donde este sereno escritor castellano nos muestra una vez más que el difícil arte de escribir bien, la originalidad del tema sin rebuscamiento, y la fuerte caracterización de los personajes, se puede crear también desde la arriesgada tentativa de acercarse al mundo de la infancia, tantas veces escondido en un extraño fondo que nos provoca la incertidumbre y la pregunta de cómo educar partiendo de unos planos encontrados y una sociedad con cierto olor nauseabundo.

- (1) Las Guerras de nuestros antepasados. Ediciones Destino.
- (2) «Cinco horas con Mario» idem.
- (3) «El príncipe destronado». idem.

### ANTOLOGIA A UN CENTENARIO

En las bien cuidadas ediciones de «Poesía Española», de Plaza&Janés, nos llega ahora una antología poética del Sevillano Manuel Machado (1), cuyo primer centenario se cumplió el pasado año.

Las conmemoraciones de los centenarios tienen a veces distintas acogidas. En unos se produce el vivo caudal al reconocimiento de una obra a toda una aportación con un valor implícito en la historia de la cultura. En otras es la simple recordatoria de una fecha, la fútil obligación —con vocación minoritaria de que hay que hacerlo. Recordemos, como ejemplo reciente, los de Barojas y Azorín: cuánto caudal y agradecimiento al vasco, cuán opaca y tenue el del alicantino-castellano.

Con Manuel Machado no se ha producido nada de esto. Ha sido triste y vulgar en los campos de su tierra, con el tono oficial de: si en piedra te coloco, allí te clavo; y un poco más en la periferia. Existe una sombra —que no se ha fabricado nadie— que empaña a este poeta de la contradicción, adelantado del modernismo español, sensorial y erótico: su hermano Antonio. Inevitable, la historia es así, que remedio. Manosearla e intentar cambiarla es caer en los lugares comunes y la falsedad. Por todo esto resulta malsonate cuando se pretende crear la figura del bueno y del malo. Entonces es mejor taparse los oídos, abrir los libros y leerlos, allí se encontrará su creación.

De aquí que avisemos de esta acertada antología, precedida de un extenso y documentado prólogo de Emilio Miró, escrito sin estridencias y lugares comunes, sin pretensiones de querer salvar a quien, como todo autor, sólo lo puede conseguir su propia obra, donde se limita a analizar la poética en sus diversas etapas para facilitar una mejor lectura sin peligros de confusionismos.

Bienvenida esta antología del poeta de «Cantares», cuyo centenario es como un aviso al de su hermano Antonio que irremediablemente se nos viene encima en este mismo año, seguro que con caudal voluntario, si el tiempo no lo impide.

(1) Manuel Machado. Antología. Prólogo y Selección de Emilio Miró. Plaza&Janés, S. A.

C. L.

### NOTAS AL MARGEN

GALARDON A «GALLO DE VIDRIO». En esas listas, folklóricas a veces, que se fabrican por ciertas instituciones, algunos periódicos y hasta incluso algunas emisoras, ha aparecido recientemente el nombre de «Gallo de Vidrio», título de una publicación entrañable, de una revista de poesía nacida en nuestra ciudad en enero de 1972. Estimamos en este caso el premio ajustado a realidad. Ese empeño noble de un grupo de jóvenes que lanzan una revista y la mantienen, se merece un premio, que ya, entendemos, tenía ganado. «Gallo de Vidrio», «Sevillano del año 1974», por su labor literaria desplegada a lo largo, no del año que acaba de morir, sino de esos años de vida que ya tiene. Sería interesante ahora que los poetas sevillanos se volcaran un poco con esta joven revista, que mandaran sus poemas, que «Gallo de Vidrio» tuviera tal cantidad de originales de calidad que no supiera de qué echar mano de aquí en adelante. Se lo merecen.

CAMP DE L'ARPA POR EL CUENTO Y LA POESIA.—Dos parcelas de la creación que en los últimos años han sido relegadas un tanto al lado del camino de las grandes corrientes, como vienen a ser la poesía y el cuento, merecen la atención de una cada vez más interesante revista. «Camp de L'arpa» ha convocado sendos concursos, cuyas obras finalistas serán publicadas, mes a mes, en sus páginas. Para los directamente interesados, dirigirse a «Cam de L'arpa», Valencia, 72. Barcelona (15).

CASTELAO, SEMPRE EN GALIZA.—Aunque tapado con mil veladuras que diversos condicionamientos al margen de su excepcional calidad artística, fueron echando sobre sus hombros, día a día va ganando la verdad y fuerza de la obra de este gallego universal, escasamente conocido en España, a no ser por minorías iniciadas. Ahora hace veinticinco años de su muerte y Galicia lo recuerda —digno de mención ha de ser el recordatorio realizado por «El Ideal Gallego» a la figura de Castelao, en el que han colaborado muy prestigiosas plumas—, lo recuerdan otros muchos españoles y otros comienzan a conocerlos. Lo que viene a mostrar que la cultura, a la larga, gana muchas batallas incruentas, más importantes que las otras.

NEUVA COLECCION.—Ediciones Península, con una definida y segura trayectoria desde hace años, tanto en su versión castellana como catalana (Ediciones 62), para lo que cuenta con el asesoramiento del crítico Castellet, ha lanzado nueva colección dedicada a la sociología. Totulada «Homo sociologicus», la nueva colección nace de la mano de Salvador Giner, y al parecer, y a la vista de la programación, trata de cubrir con seriedad una parcela tan importante como la sociológica, en la que tantas aventuras se han realizado, muchas veces con escaso rigor.



### NECESITAMOS PISO

En alquiler o venta Para oficina

SECTOR CRUZ DEL CAMPO

LAMBDA SUR

Fernando IV, 14-2.º  
Teléfono 270375

### ¿Su parcela?...

SI, pero con agua, luz, alcantarillado, toda clase de servicios y... con la garantía de

CENTRO DE INTERES TURISTICO NACIONAL

A 20 minutos de Sevilla por carretera nacional Informes: Teléfono 279668

## LIBROS RECOMENDAMOS

EL ALIENISTA.—Machado de Assis (1839-1903) es sin discusión el padre de la novela psicológica brasileña, y uno de los autores que más influencia ha tenido en la conformación de la nueva literatura hispanoamericana. De Machado de Assis ha publicado recientemente Tusquets el relato «El alienista», donde el autor brasileño ya planteaba, hace más de noventa años, problemas de antisiquiatría.

☆☆☆

CORRESPONDENCIA.—Un importante hueco viene a llenar esta «correspondencia», de Friedrich Nietzsche, en la obra completa del filósofo alemán. Publicada por Editorial Labor.

☆☆☆

ICARIA, ICARIA... Xavier Benguerel es escasamente conocido del público castellano-parlante. No obstante, Benguerel cuenta con una trayectoria novelística de primer orden, desarrollada tanto dentro como fuera del país, al que regresaría hace unos años tras su tiempo de exilio. Ganadora del Premio Planeta, «Icaria, Icaria...» viene a ser una buena muestra del literatura tradicional —en el más puro sentido del vocablo— con un tiempo plenamente definido y una clara intención auscultadora de la realidad.

## LIBROS RECIBIDOS

«Apócrifos», de Karel Capek, Ediciones Felmar con su colección «La Fontana literaria».

☆☆☆

«Tú y tu primo Paco», de Angel Palomino, Editorial Planeta.

☆☆☆

«Hijos del hambre, del pueblo y del amor», de Juan Ramírez.

☆☆☆

«Dafnis y Cloe», de Longo de Lesbos, Ediciones Felmar.

☆☆☆

«La política demográfica en España», de Salustiano del Campo, Editorial Cuadernos para el diálogo.



# LAS ARTES Y LAS LETRAS en EL DIARIO VASCO

## El último libro de Delibes

A última novela de Miguel Delibes es una aproximación al mundo de la infancia. Constituye un estudio sobre la psicología de los niños, sobre las reacciones de la infancia, sobre un mundo distinto por el que todos hemos pasado pero que tenemos olvidado.

Los niños tienen una psicología especial y dijérase que están dotados de un sexto sentido con el que captan matices que muchas veces a nosotros se nos escapan. De ahí la importancia que tiene el trato que se les da, lo que se les dice, la educación que se les imparte. Sus reacciones son imprevisibles, pues no hay una continuidad ante motivaciones iguales, lo que desorienta a los padres y educadores.

Delibes en esta novela se adentra en ese mundo infantil a través del alma de un niño de cuatro años, destronado en su casa al haber llegado una hermanita para la que son todos los cuidados, todas las atenciones, todos los mimos. Quico, el infantil protagonista de la novela, se siente desplazado, destronado y se plantea en su subconsciente, sin darse cuenta de ello, cómo recuperar su puesto, cómo volver a adue-

ñarse de la ternura constante que hasta la llegada de su hermanita era para él. Muchas de sus travesuras van guiadas hacia esa recuperación del bien perdido, que Quico no se explica a qué extrañas razones se debe. Su visión del mundo, de un mundo reducido a su casa, a su familia, a las criadas y a los tenderos de las proximidades, no le da razones para justificar el haber sido desplazado del centro de atención, de cuidados que hasta hace unos meses ocupaba.

Pero "El príncipe destronado" no es sólo el niño, es también su mundo: Un hogar de la burguesía, un matrimonio con seis hijos, las criadas —la Vítora, la Domi— esos son los personajes que rodean a Quico. El autor hace una dura crítica de aquella vida familiar, del padre con sus ideas dominantes, que las quiere imponer sin razones y sin diálogo; de la madre más preocupada por fute-sas sociales que por la responsabilidad del hogar; de los hermanos muy a la moda de ahora. Delibes es un gran observador de la vida, de sus contrastes, de sus ásperos caminos. Por su fina sensibilidad no resbalan las impresiones que

le traen sus antenas de curioso espectador que indaga y medita. Todo un mundo queda encerrado primero en los estrechos límites de un hogar y luego en los más pequeños todavía de una mente infantil.

El escritor castellano maneja el idioma con una gracia y un dominio sin par. De ahí que muchas de sus obras sean auténticas obras de arte, con páginas antológicas. Así sucede con "El camino", con "Diario de un cazador" y ahora con "El príncipe destronado". Prosa clara, limpia, castiza, rica la de Miguel Delibes. Y unos personajes arrancados de la vida real para llevarlos a las páginas del libro sin haber perdido en el traslado fuerza y nervio, siendo Quico, el protagonista, uno de los más logrados por el autor. Miguel Delibes ha puesto en esta ocasión su espejo en el camino de un niño y el recoger lo que el espejo ha reflejado le ha dado motivo para hacer una pequeña obra maestra.

"El príncipe destronado", por Miguel Delibes. Colección Ancora y Delfín. Ediciones Destino. Barcelona, 1973.

MD

LIBROS

El paraíso perdido del pequeño príncipe

La narrativa hispánica de ambos mundos tuvo, entre sus congénitas omisiones, un característico horror al niño como tema o personaje. Hay muy pocos niños en nuestra literatura. Quizá, y paradójicamente, los asolamos en su incipiente y desabrida madurez picaresca. Lázaro de Tormes, al que tanto debe la novelística mundial de entonces para acá, se desprende del rico y profundo acerbo infantil aún antes que el mundo de sensaciones externas empiece a engranarse con el inefable de su propia interioridad.

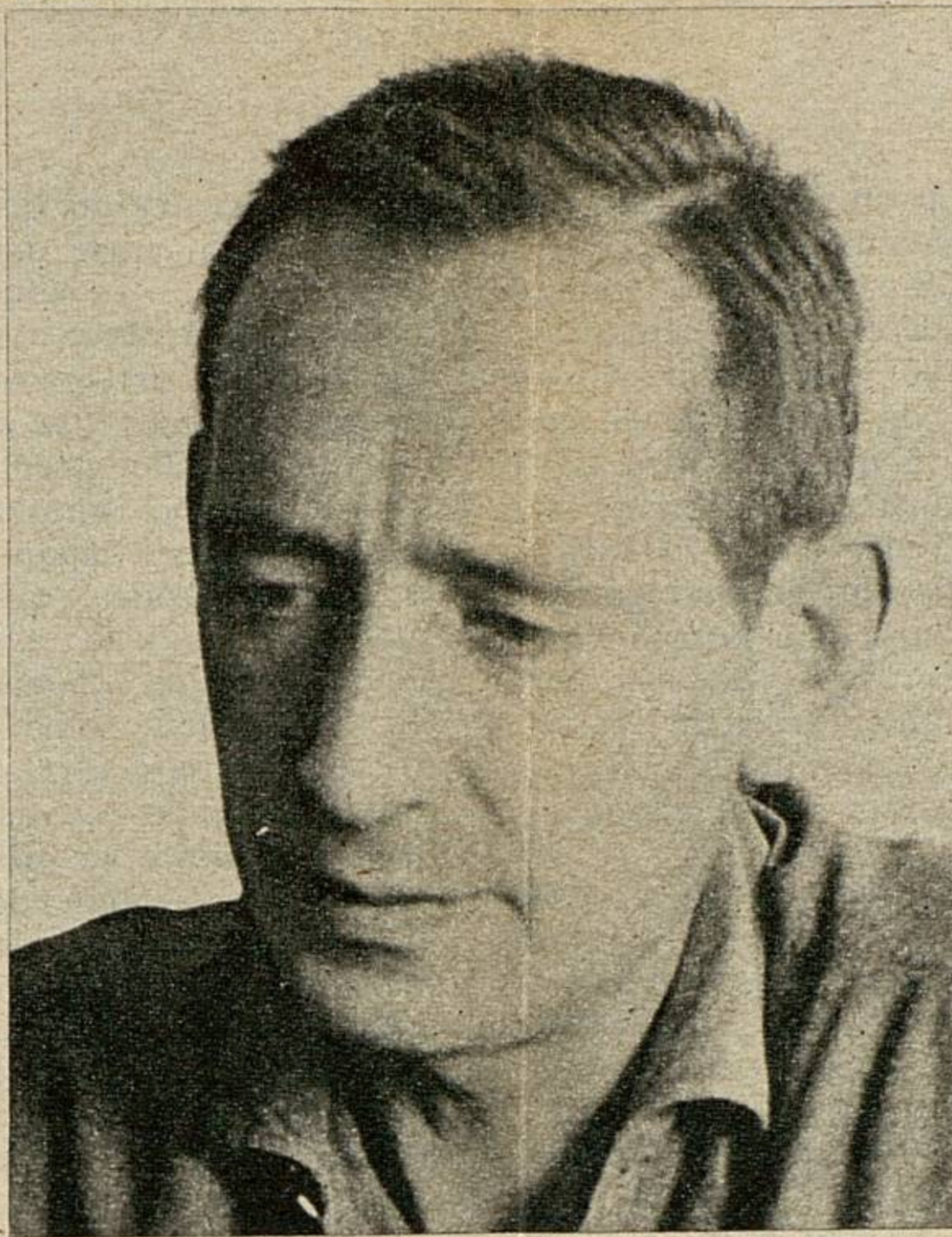
El niño novelado o novelístico es patrimonio de otras literaturas, especialmente de la angloamericana. Tristram Shandy alcanza entidad e identidad ya desde el mismo claustro materno. El niño se traslada al centro de la vida ficcional, en el que se opondrá e incluso doblegará a las fuerzas adultas. El inventario es extenso y hartó conocido: Jane Austen, Dickens, Mark Twain, Stevenson, Louisa Alcott, Lewis Carroll... Luego vendrá la gran contribución cinematográfica, con sus precoces pequeños actores, que universalizará plásticamente a Cooperfields, Twists, Finns, Sawyers y Tom Browns. Günter Grass, en la Alemania posnazi, actualizará las desoladas exploraciones realizadas por Musil en su *Joven Torless*. Hesse, William Golding, Saint-Exupéry y Richard Hughes nos darán clásicas versiones que van de lo subliminal al antiutópico «angst» de la santa inocencia.

Nuestra novela fue precisamente lo opues-

to a aquel sabio juicio del crítico norteamericano Leslie A. Fiedler, en su ensayo «El ojo de la inocencia», sobre el papel del niño en la literatura: «Nos movemos por un mundo de libros donde el niño es una nota tan aceptada de su paisaje, que sólo le notamos de modo especial cuando está ausente». Prácticamente habríamos de esperar a los novelistas de nuestra posguerra para enfrentarnos a la problemática y la psicología infantiles. Agustí, Laforet, Aldecoa, Goytisolo y alguno más sintonizan con esa frecuencia mundial, y al hacerlo continúan directrices que ya había trazado ciertamente Ramón Sender en su primera parte de *Crónica del alba* (reeditada recientemente por Destino).

Pero lo que en estos novelistas españoles es una preocupación incidental, resulta en Miguel Delibes una auténtica dedicación y una manera de asomarse al complejo entretejido de las relaciones humanas. Delibes, bien pudiera decirse, ha cubierto toda la gama de situaciones y tesis que caracterizan el mundo infantil. Su punto de entrada ha sido, con frecuencia, las relaciones paterno-filiales; sus límites, los escabrosos confines de la pubertad. Sisi, de la novela homónima; Daniel, de *El camino*, su más inefable y emotiva hasta la fecha; el Niní, de *Las ratas*, y el Senderines, del cuento *La mortaja*... son, sin duda, sus más vívidas y felices creaciones, dentro siempre de un contexto familiar donde la línea varonil de afectos y conflictos entre padres e hijos, hijos y padres, deja muy poco lugar a la mujer, hermana o madre.

Atestiguan los que le han tratado de cerca, insisten sus biógrafos y críticos que esta proclividad temática de Delibes es legítimo proustianismo de un hombre cuyos parámetros hogareños fueron, como niño, y han sido, como padre, tan inspirador ejemplo como cuajada realización. Esto, en cualquier caso, se ar-



Miguel Delibes.

moniza con el clima tan especial de sus obras citadas, pródigas en percepciones de sensibilidad y ternura.

Con *Las ratas*, en 1966, Delibes comienza su escalada hacia la más honda desesperanza, que, tras el intento de *Cinco horas con Mario*, desequilibrado en estilo e implacable en auscultación social, iría a desembocar en su más experimental y nihilista (Céline o Lowry se habrían sentido en su elemento) *Parábola del naufrago*.

Como pausa o entremés previo a su novela siguiente, *La guerra de los antepasados* (ya en vías de impresión), nos ha llegado una nueva incursión al mundo de la infancia, *El príncipe destronado* (1), cuya primera composición data de hace unos años. Se trata de un relato ágil, delicioso y de equívoca sencillez sobre la vida cotidiana de un niño de tres años. Su título alude al desplazamiento del benjamín y favorito que, en toda familia numerosa, suele producirse con la llegada de otro bebé cuando, además, éste sucede ser una niña. La recién llegada, Cris (Cristina), desplaza a Quique (el protagonista) de su principazgo, y éste forcejea, consciente e inconscien-

(\*) Ancora y Delfín. Editorial Destino. Barcelona.

temente, por recuperar el centro de atención y cariño que hasta hacía poco ocupaba incontestablemente. Esta es la anécdota.

La novelización de la anécdota corre contraria a su aparente sencillez. El primer factor que el novelista ha de considerar es la selección de un material tan volátil e inefable como son las preocupaciones, los miedos, las percepciones y los deseos de un personaje totalmente divorciado de la coherencia y la literalidad. En otras palabras, el cazadero que ha de batir el escritor es un mundo de difícil cartografía, cuyo centro es un cruce de tensiones, o vértice conflictivo, entre dos planos de existencia virtualmente irreconciliables: ¡El de la infancia y el de los adultos.

Aunque narrada en tercera persona —única posibilidad ficcional si se quiere aprehender esa aura de inocencia y candor—, el protagonista es el pequeño príncipe, y suyo, además, es el punto de vista narrativo. Con esta elección, el novelista se ha impuesto el más arduo ejercicio literario: el entrecruce de subjetividad y objetividad. Y para más virtuosismo, el novelista se ha difuminado lo más posible, dejando que personajes y eventos lleven ambos niveles por sus respec-

tivos cauces, al sesgo natural de la trama narrativa.

El aparente convencionalismo literario de Miguel Delibes es algo que conviene ya archivar para siempre. Pocos escritores, y desde hora tan temprana de nuestra literatura de posguerra, han logrado ese feliz mestizaje de experimentación formal y profundidad temática que se da con creciente madurez en la obra de Delibes. Relatos paralelos (*Los raiiles*), el «collage» a lo Dos Pasos (*Mi idolatrado hijo Sisi*), la introspección retrospectiva (*El camino*), el diario (*La serie de Lorenzo*), el monólogo ininterrumpido (*Cinco horas con Mario*) y la subversión del lenguaje tradicional por mor de un sistema de «kafkaesca» alucinación (*Parábola del naufrago*)... son parte del rico muestrario que, sin grandes bombos promocionales, nos ha ido ofreciendo Delibes.

La nueva novela, *El príncipe destronado*, se estructura en doce momentos u «horas» de un día promedial en la vida no menos promedial de un niño de la clase media española. Nos enfrentamos a nuestro pequeño héroe a las diez de la mañana (al despertarse, sorpresivamente, «seco») y seguimos su insignificante progreso vegetativo hasta esas nueve de la noche, en que las pautas del buen vivir y la admonición de la «tele» demandan su fajina y retreta.

Como en sus novelas anteriores, Delibes recurre al uso de «leit-motiv» y encadenamientos como elemento cimentador y conductor del caleidoscopio infantil: Ese atropellado fustal de sensaciones, sugerencias, intuiciones e imágenes disasociadas que caracterizan el mundo del niño. El efecto de estos conocidos recursos delibianos resulta aquí más convincente y logrado que en cualquier otra obra precedente.

«—Sí, y yo no me he hecho pis en la cama ni me he repasado, y el «Moro» se ha muerto y está en la basura, y los demonios le han lleva-

do al infierno, y tenían cuernos...». (Página 58.)

Esta cita nos muestra el habla, chispeante y fresca, de Quique en un fundido de ideas e impresiones acumuladas sucesivamente en las horas precedentes. Los hiatos y «non sequitur» infantiles sirven no sólo de retrato psicológico, sino de referencia crítica. La muerte de «Moro», el gato de la vecina, activa en el ánimo sensible de Quique la marasma freudiana que le han ido forjando los mayores sobre ideas tan abstractamente anti-infantiles como el pecado, la muerte, la gloria y el infierno.

El juego de los contrastes es otro rasgo capital de *El príncipe destronado*. Adultos y pequeños, señores y sirvientas, hombres y mujeres, con sus contradicciones y conflictos, se prestan generosamente para una crítica velada que Delibes sabe manejar con dosificado acierto. Cabe la salvedad, insatisfactoria e inquietante, de ciertas alusiones al pasado político del abuelo materno, el aparente reaccionarismo superburgués del padre, el choque ideológico que éste tiene con la naciente concientización del hijo mayor, Pablo, y el latente encono de liberación femenina que parece darse en la madre, de indudables tonos «progres». Estas cuestiones, que indudablemente nos hacen recordar, aunque en reverso, *Cinco horas con Mario*, quedan desafortunadamente truncadas u oscurecidas.

Por lo demás, *El príncipe destronado* ha de pasar como uno de los mejores relatos de Delibes, de igual o tanto valor al inmarcesible *El camino*. Su oído para el diálogo, su sensibilidad para lo más decantado y valedero en las relaciones humanas, y su portentoso amor por el idioma (nuevo y arcaico, coloquial y literario), al que sigue castigando con entrañable pasión y letal destreza, son una vez más esos atributos de maestría y profesionalismo que los críticos de ultramar debieron algún día haber extendido al novelista



# LA VIDA VISTA POR UN NIÑO

MD

A simple vista —o, mejor dicho, a vista de simple—, la última novela de Miguel Delibes, *El príncipe destronado* (\*), puede parecer una obra de tono menor, un arduo ejercicio técnico y estilístico, pero sin mayor trascendencia o proyección. La utilización de un «tempo» predeterminado, la objetividad a ultranza conseguida a través de la que podríamos llamar *weltanschauung* de un niño nada singular, el empleo en los diálogos de un lenguaje coloquial (y casi local) adecuado a cada nivel sociocultural de los personajes, etc., son realidades fácilmente advertibles en el breve y pingüe libro. Pero esta previa y voluntaria acumulación de dificultades técnicas —por otra parte muy plausibles— no son otra cosa que la idónea y necesaria vestidura del cuerpo íntimo de la novela. En *El príncipe destronado* esta epidermis cubre un significado subyacente que tal vez no llegue a hacerse manifiesto para algunos hasta una reflexión posterior a la lectura de la obra.

Cualquier hombre de sensibilidad consciente —y más si este hombre es escritor y ha traspuesto ya esa divisoria de la edad que nos sitúa ante la vertiente decisiva— tiene que hallar sugestivo y consolador el hacer girar los rumbos del recuerdo hacia la infancia, hacia las mismas raíces del propio espíritu. La infancia es la patria del hombre, como vino a decirnos Rilke. Y la llevamos siempre enquistada en el alma. En esa edad en que «todos somos geniales» (Huxley) se conforma la mayor parte de nuestro posterior modo de entender la vida. Como nos demostraron hace tiempo Freud y sus inmediatos epígonos, el entorno precoz del hombre hace germinar su cerebro, modela su fisiología y, claro está, configura el talante de su psiquismo. Los barruntos, los descubrimientos del niño, construyen la mente y el carácter del adulto futuro. Casi toda nuestra «metafísica privada» se plasmó en la ya lejana, pero siempre presente, edad de las incipiencias, de los atónitos pasmos, de las generosidades y las crueldades instintivas. Todos fuimos de niños unos testigos excepcionales de la existencia ajena; unos testigos ignorados, marginados y, por tanto, libres e implacables. Y nuestro testimonio, acaso olvidado en la superficie, queda arraigado de por vida en el hondón de la conciencia para determinar y modelar los actos y los raciocinios de la vida consciente.

No hay duda de que todo este manejo de reflexiones casi de calendario, ins-

piradas por ese eterno maestro que fue Pero Grullo (Ortega dixit), anduvieron rondando al ánimo de Miguel Delibes cuando ideó y fabricó la escritura y el significado de este su último libro. Pero —entiéndase bien— el escritor vallisoletano no se limita en él a exponer unas entrañables vivencias infantiles, ni cae en la tentación de añorar antiguos paraísos perdidos de la experiencia. Es cierto que en cada página nos ofrece un «descubrimiento» de su protagonista, un doloroso contacto del chiquillo con las aristas de la realidad. Sólo que estas sensaciones y estos atisbos no nos son comunicados en forma de nostalgias líricas, como añoranzas e idealizaciones de un tiempo pretérito que la razón y el juicio han adulterado. Por el contrario, el mundo interior de Quico —protagonista omnipresente de esta novela—, las perplejidades y los problemas de sus tres años no son más que un limpio y veracísimo espejo en el que se refleja con singular nitidez el concreto microcosmos que le rodea.

En *El príncipe destronado*, Delibes circunscribe en todo instante los acaecimientos exteriores a la perspectiva del niño, a su punto de vista particular. Tal vez el novelista ha concedido demasiada amplitud al horizonte de minucias que Quico descubre en el dintorno, y acaso ha otorgado a su personaje-eje una excesiva capacidad de percepción. Pero esto podría tener impor-

37

tancia si su libro se tratase de un intento de análisis introspectivo, de un monólogo interior al modo joyciano. Y no lo es en absoluto. Ni siquiera los problemas de la marginación de Quico, de su «destronamiento», a raíz del advenimiento de la nueva hermanita o de su insistente preocupación por los atributos de su masculinidad, llegan a adquirir verdadera entidad. Lo que de veras importa es el universo cerrado y preciso que vamos intuyendo a través de lo que el niño capta. En las once horas que abarca la acción del relato —cronología sucinta que sirve de modelo o paradigma para una dimensión temporal mucho más vasta—, Quico, con su mirada desconcertada y su oído atento, nos va proporcionando, paso a paso, la imagen de todo un ámbito social, humano y hasta histórico. Los hechos y las actitudes que el niño contempla, las frases y los breves retazos de diálogo que escucha, cobran, para el lector, una extensa significación. En ellos entrevemos el pasado de estas gentes que le rodean, mientras que su presente se nos hace palpable y casi intuimos su proyección futura. Ni una sola vez el autor añade nada al punto de vista de Quico, ni le suplanta en la audición, ni se interfiere para completar cualquiera de sus fragmentadas percepciones. Y, sin embargo, cuando la breve novela ha concluido, el lector reflexiona y advierte de pronto todo aquello «de que se ha enterado». Sabe a ciencia cierta que ha penetrado en la intimidad cotidiana de una familia burguesa española que vive en una capital de provincia años después de la guerra civil (es decir, hoy). Pero no sólo es eso lo que el lector ha percibido. Tiene cumplida noticia de otras muchas cosas: de las desavenencias conyugales de los padres, de sus discrepancias ideológicas, de las sospechosas relaciones de la madre con el médico, de la incomunicación (o incomunicabilidad) de casi todos los personajes, de sus mutuas tangencialidades, de sus respectivas y encontradas psicologías, del mundo paralelo de las criadas, de las inclinaciones de los demás hermanos, de la vida y milagros de todo un estamento social rigurosamente situado en el tiempo y en el espacio, en la historia y en la geografía.

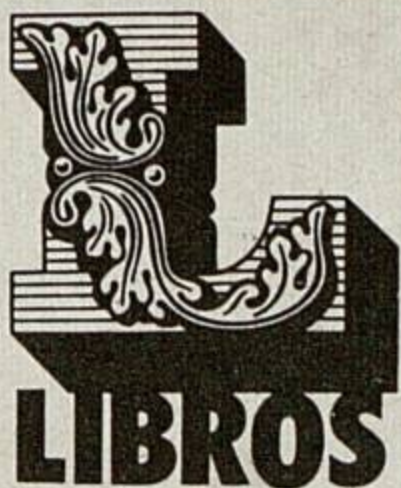
¿Qué agregar a todo esto? Tal vez que, subyacente y oculta, existe en la novela una cierta reflexión moral. O que en la estricta objetividad y en la asombrosa sencillez del relato queda implícita una leve intencionalidad crítica ante una sociedad determinada, o acaso, simplemente, ante la grandeza y la servidumbre humanas. Obvio es decir que la arquitectura del libro, lineal, rectilíneo, meticulosamente pautado en tiempo y en espacio, se adapta como un guante a su función. Lo mismo que el lenguaje, de una austeridad rigurosa y de una propiedad ceñidísima. Libro pleno, punto menos que perfecto, que sin duda se constituirá en uno de los hitos más decisivos de la novelística de Miguel Delibes.

ENRIQUE SORDO

(\*) MIGUEL DELIBES: *El príncipe destronado*. Colección Ancora y Delfín. Editorial Destino. Barcelona, 1973, 168 pp. Ø12x18,60.



# UN LIBRO DETONANTE



M.<sup>a</sup> LUISA BREY

Al margen de tantas oscuras técnicas experimentales como hoy afloran en el campo de la novelística española, Miguel Delibes acaba de sorprendernos a todos con un libro sencillo, directo, fresco como las cerezas recién cortadas. Porque «El príncipe destronado», que edita Destino, es una deliciosa obra de arte, sin alardes técnicos ni rebuscadas complejidades. Burla burlando, el autor ha colocado ante los ojos deslumbrados del pequeño Quico los egoísmos, los desamores y las frustraciones de una familia de la alta burguesía, desamores y frustraciones que ya habíamos observado a través del monólogo interior de Carmen, la protagonista de «Cinco horas con Mario». Veinticuatro horas con Quico nos bastan ahora para evocar ese mismo ambiente, hipócrita y

alienador. La crítica social surge también aquí con fluidez, siempre dentro de un realismo y de una objetividad a todas luces pretendida.

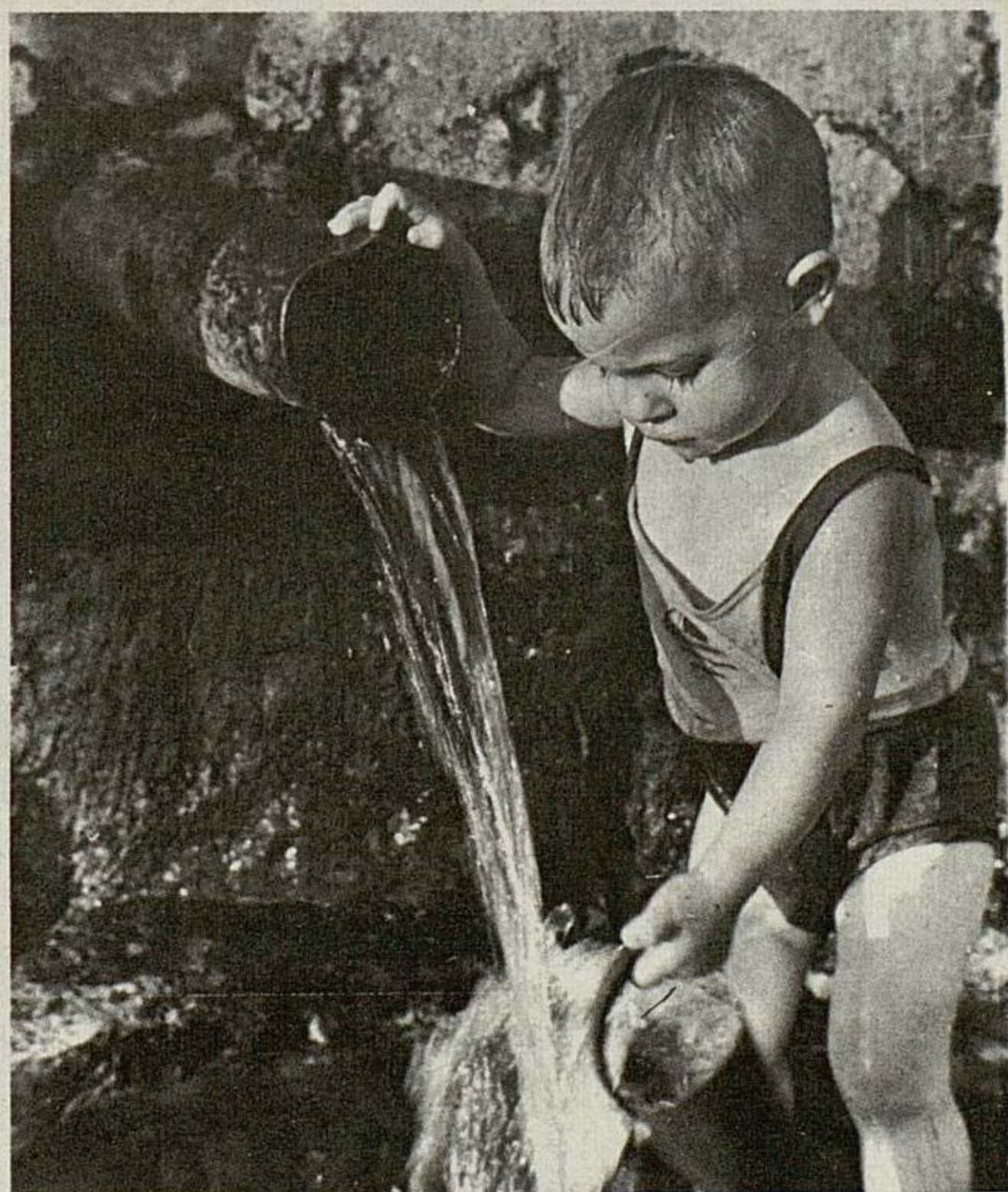
El escritor vallisoletano, en esta obra, ha vuelto donde solía: el mundo sugerido de la infancia. Ahondando magistralmente más allá de la primera memoria de las cosas, en esas regiones sepultadas para todos en las nebulosas del inconsciente, él, ya veterano en la exploración de tan blancos paraísos, los ha recorrido sin vacilaciones, con holgura y veteranía, limitando valientemente sus posibilidades en el estrecho marco cronológico de un irrelevante tres de diciembre de 1963. Y porque posee la clave de los primeros miedos, de las primeras penas y frustraciones, Delibes ha acertado una vez más en el difícil arte del protagonismo infantil, tan rehuido por los escritores de todos los tiempos. Porque Delibes es el tercero de ocho hermanos y el padre de siete hijos, ha podido surgir de su pluma un Quico sin trampa ni cartón, desnudo y elemental, auténtico en sus primeras, pequeñas y ya trágicas soledades.

Miguel Delibes —que en su pesimismo no está seguro de que la Humanidad llegue al año 2000— nos presenta al

joven protagonista asediado ya por los eternos problemas del pecado, del demonio, del sexo y de la muerte. Y lo que es peor, sin otra respuesta para sus eternos interrogantes que la mentira, sin otro marco familiar que el moralismo pacato y la represión.

«El príncipe destronado» es un libro importante porque —haya sido esa o no la intención del autor— Quico es una voz de alerta que nos habla de los profundos trastornos psicológicos que los traumas infantiles pueden acarrear al futuro del hombre, ya que pertenecemos a nuestra infancia como se pertenece a un país determinado y son pocos los padres capacitados para iniciar a sus hijos en el tremendo oficio de vivir. «El príncipe destronado» no es un libro triste ni esencialmente pesimista, pero esto no impide

que, desde los umbrales mismos de la vida, veamos luchar al protagonista —en solitario— contra los arañazos del desamor; su pequeña razón, inerme, agazapada, cruelmente limitada ya en el ceceo de la incompreensión ambiente, nos habla de futuros sufrimientos, de futuras y más graves limitaciones. Después de leer este libro todos sentimos sobre nosotros los ojos tristes del pequeño Quico, todos nos encontramos tan estafados y tan inermes como él; todos nos solidarizamos con mamá —la Bata de Flores— cuando ésta, al explicarle a la Domi que el niño sólo quería coger su mano para alejar el miedo y poder dormir tranquilo, añade amargamente: «Lo malo es luego el día que falta mamá o se dan cuenta de que mamá siente los mismos temores que sienten ellos. Y lo peor es que eso ya no tiene remedio».



## «EL PRINCIPE DESTRONADO»,

de MIGUEL DELIBES

“El príncipe destronado” es, quizá, el último éxito editorial de los novelistas, o mejor, de la novelística española. Su autor es uno de los clásicos dentro de ella, el reciente académico y antiguo director de “El Norte de Castilla” Miguel Delibes.

Descubrir ahora a Delibes sería algo así como un pequeño pecado literario Pequeño, pero no venial, porque su trayectoria ha sido siempre destacada dentro de nuestras letras. Delibes no es uno de los innovadores actuales. Su estilo evoluciona muy lentamente aunque su temática sea siempre original. Es un autor de los que podríamos llamar clásicos, pero su prosa, su narrativa, son algo muy personal y, sobre todo, muy directo, que hace llegar al público incluso al gran público, el pulso y sentimientos de un gran autor castellano. Así ha sido desde hace ya mucho tiempo. Desde aquellas magistrales “Cinco horas con Mario” o desde que uno cualquiera de nosotros se hacía psicológicamente cazador al leer el “Diario de un emigrante” o el “Diario de un cazador”.

Hacia ya algún tiempo que Delibes no nos deleitaba con una nueva novela. Sus últimas publicaciones eran de cuentos “La partida”, “La mortaja” o periodísticos, “La primavera de Praga”. Pero la espera ha merecido la pena, creemos sinceramente. Leer “El príncipe destronado” produce uno de esos regustillos que le quedan a uno dentro durante varios días, que le hacen recordar pasajes o frases sueltas de la novela.

Pocas veces se habrá leído un libro escrito de forma tan directa, tan llamativa y a la par tan sumamente sencilla. La culpa la tiene el tema, en el que el autor ha estudiado mucho, seguramente: los niños. O más concretamente, el típico caso del niño de cuatro años, Quico, al que de pronto le llega una hermanita, Cristina que le destrona de su privilegiada situación de “rey de la casa” de esa especie de tiranía que el pequeño de la casa puede ejercer sobre todos.

Delibes no lo trata solamente desde el punto de vista psicológico (representado en su obra por la tía de Quico, más al día que el resto de la familia en esas cuestiones) sino des-

de el propio punto de vista de un niño de cuatro años, aunque la novela no esté escrita en primera persona. Quico es personaje principal de cerca de ciento setenta páginas, pero, y esto es lo más logrado de toda la novela, no deja por ello de ser eso: un niño de cuatro años, que le tiene miedo a la lámpara de su cuarto que juega con sus hermanos a los incios, y cuya máxima alegría matutina es la de poder decirle a la sirvienta, a la Vitora, que no se ha hecho pis en la cama, prueba irrefutable de que es ya un muchachote, de que debería estar en el colegio como sus hermanos mayores.

Los problemas de cualquier familia de clase media, más bien alta, con sus discusiones, disgustos o alegrías con sus enfrentamientos es lo que quiere describir Miguel Delibes, pero viéndolo a través de un prisma de cuatro años que se llama Quico. Y Delibes se habrá inspirado, seguro, en cualquiera de sus hijos, en Adolfo, por ejemplo, autor de los dibujos de la novela, al que habrá observado y analizado día a día, durante muchos para lograr, él también, un dibujo perfecto de la mente de un gran ser humano de cuatro años de edad.

“El príncipe destronado” es novela en la que todo novelista ha pensado al tener un hijo. Ha pensado en escribir de ese hijo, en describir las cosas a través de su prisma. Pero es difícil, uno se deja llevar por el apasionamiento o tiende a relatar las cosas sin analizarlas como lo haría Quico o Delibes, que lo mismo viene a ser.

Muchos escritores han pensado en escribir algún día “El príncipe destronado”. Muchos, lo han escrito no solo en mente Miguel Delibes lo ha logrado plenamente, ha conseguido una gran novela partiendo de un punto fundamental, la de convertirse en niño de cuatro años, en Quico en príncipe destronado por su nueva hermana, para contarnos lo que es un día en la vida de un niño de cuatro años.

Ha sido editado como gran parte de la obra de don Miguel, por Destino, en la colección “Ancora y Delfín” con el número 436.

Esteban SANCHEZ-OCANA

# LOS LIBROS MAS VENDIDOS DEL MES

40



Madrid, 11. — En la encuesta realizada por el negociado de estadísticas del Instituto Nacional del Libro español, entre ochenta y nueve librerías de cuarenta y una provincia, para averiguar los “libros de mayor venta”, durante el pasado mes de marzo, el resultado ha sido el siguiente:

1. “Madrid, Costa Fleming”, de Angel Palomino, Editorial Planeta;
  2. “La Salamandra”, de Morris West, Editorial Pomaire;
  3. “El Rizo”, de Robert Littell, Editorial Plaza-Janés;
  4. “Azaña”, de Carlos Rojas, Editorial Planeta;
  5. “Pelham, uno, dos, tres”, de John Godey, Editorial Plaza-Janés;
  6. “Oficio de tinieblas 5”, de Camilo José Cela, Editorial Noguer;
  7. “Cartas al rey”, de Emilio Romero, Editorial Planeta;
  8. “El príncipe destronado”, de Miguel Delibes, Editorial Destino, y
  10. “Historia de España”, de varios autores, Ediciones Alfaguara. —
- Logos.

● **«EL PRINCIPE DESTRONADO»,**  
**DE MIGUEL DELIBES, EN LA**  
**ASOCIACION DE AMAS DE CASA**  
**«Ntra. Sra. DE SAN LORENZO»**



Hoy, día 22, viernes, a las seis de la tarde, se comentará en el local de la Asociación de Amas de Casa «Nuestra Señora de San Lorenzo» (Gamazo, 7) el nuevo éxito de Miguel Delibes «El príncipe destronado». Están invitadas cuantas señoras deseen participar en el coloquio.

media  
columna

Joan Teixidor

MD

# Miguel Delibes y la infancia

## Los impresionistas y el paisaje

El paisaje ya lo descubrieron los románticos y, aun antes, los bucólicos y exploradores de selvas vírgenes de aquel siglo XVIII tan amante de la botánica y de la vida natural. Pero era casi siempre un paisaje de viajeros y excursionistas, de altas montañas y de cascadas precipitándose por los barrancos, con cielos de tormenta y grandes soledades que a medida que pasaban los años se iban volviendo cada vez más dramáticos y operísticos. Llegó un momento que más que aire libre era habitación cerrada, no aquello que se ve, sino aquello que se sueña, el escenario de gestas medievales y de mitologías nórdicas.

Para los impresionistas el paisaje fue una cosa muy distinta. Algo más próximo, más modesto y familiar. Allí donde uno vive y uno se instala, el pequeño jardín al lado de la casa, el sendero de las caminatas cotidianas, el arroyo de aguas serenas, la barca y la caña de pescar. Empezaron los grandes veraneos como contrapunto de una ciudad industrializada que ya les parecía asfixiante. Ahora esta asfixia nos sabe a gloria cuando tantas asfixias nos asedian. Pero todo es relativo y las quejas que han ido aumentando en nuestro siglo tienen sus orígenes en aquellas primeras huidas del artista que plantaba su caballete frente a los árboles, las flores y los pacíficos crepúsculos.

Quizá por eso ahora podemos comprender más que nunca su actitud, su reacción frente al mundo: la apología de una vida en paz. Me parece que este centenario del impresionismo que este año celebraremos llega muy oportunamente. Cada vez más necesitamos este paisaje que ellos volvieron a descubrir.

la Semana  
literaria

Pere Gimferrer

La acción de *El príncipe destronado* (1) transcurre a lo largo de once horas —de las diez de la mañana a las nueve de la noche— de un día de invierno de 1963. El problema principal que el planteamiento de la novela presentaba al escritor era un problema de perspectiva y punto de vista. La concentración del relato en unas pocas horas y la ausencia de acontecimientos dramáticos verdaderos en el sentido usual —es decir, la ausencia de acción exterior relevante en el nivel anecdótico— es un hallazgo de la narrativa moderna. Dicho hallazgo sustentaba una obra muy bella y poco conocida, *Les lauriers sont coupés*, de Edouard Dujardin —de cuya reciente traducción castellana me ocuparé en breve—, y el hallarla luego en la base de dos de las mayores novelas de nuestro siglo: el *Ulises*, de Joyce, y *La muerte de Virgilio*, de Broch, que tuvo por modelo en este aspecto la obra del escritor irlandés. En los tres libros que he citado, el monólogo interior desempeña un papel importante y exclusivo en el primero y el último de ellos. Pero —dejando de lado ahora otras confidencias respecto a la diferente condición del empeño— lo cierto era que *El príncipe destronado*, al elegir por hilo conductor el punto de vista de un niño de tres años debía por fuerza privarse de emplear aquel recurso. Sin duda, Faulkner hizo narrar por un idiota una parte de *The sound and the fury*, y una reconstrucción de este género era posible también respecto a la percepción infantil; pero lo que importaba a Delibes no era la discontinuidad de la conciencia del niño, sino, por una parte, su condición de testigo excepcional, inadvertido e implacable y, por otra, la objetividad y no participación que derivaban de su exclusión del juego de relaciones entre los adultos. Por ello, *El príncipe destronado* está narrado a partir del punto de vista de Quico, pero no desde dentro del personaje, sino desde fuera de él. No monólogo interior, sino narración objetiva. Y es precisamente esta objetividad lo que más

subraya el misterio opaco de la infancia. El narrador se ciñe a lo que el niño es capaz de observar, con conciencia plena de lo que está observando o sin ella; pero en ningún momento trata de suplantar al niño. Despojadas de su motivación, las acciones de Quico dejan al descubierto su carácter propiamente inexplicable: Quico no penetra en los móviles del comportamiento de los adultos que le rodean, pero éstos también desconocen la raíz del comportamiento de Quico. Desconocen, para ser exactos, y por solemne que la denominación pueda parecer, su visión del mundo. Y, pese a su escrupulosa minuciosidad, no será la narración contenida en *El príncipe destronado* lo que nos la revele o aspire a hacerlo. En efecto, desde esperarse legítimamente que el lector de una novela usual infiera de la transcripción de los actos y diálogos de los personajes el mecanismo psicológico que los mueve, y análoga operación puede llevarse a cabo, y de hecho se lleva, respecto a los adultos de *El príncipe destronado*, en la medida en que, en uno y otro caso, al lector le es posible identificarse con las criaturas novelescas y superponerles su propia experiencia. Pero esta identificación no se diría en el caso de Quico: la infancia no nos pertenece. Nada es tan hondamente nuestro, sin duda; pero tampoco nada hay de lo que estemos más alejados.

Miguel Delibes.



En su género, *El príncipe destronado* es una verdadera obra maestra, y me atrevería a afirmar que en el interior de la obra de Delibes su importancia no es inferior a la de *Las ratas* o *El camino*. Técnicamente constituye una hazaña: desde una perspectiva voluntariamente reducida y angosta consigue poner en pie a un grupo de personajes y dibujar un cuerpo de conflictos latentes con tan perfilada seguridad como podría hacerlo una novela de características normales. Para ello se requería, no sólo un control muy estricto y vigilante del estilo —tan detallista y preciso como carente de énfasis— y una particular economía y prurito de exactitud en el diálogo, sino también el difícil arte de condensar en el curso de una jornada los suficientes indicios para erigirla en significativa del desarrollo pasado y futuro de una acción que no nos es relatada directamente. En cierto modo, el problema técnico es análogo al de las tres unidades del teatro neoclásico —y, puesto que de literatura castellana de observación de costumbres se trata, quizá no sea inoportuno recordar a Moratín—, pero las dificultades del libro de Delibes son de otro orden. A Moratín —para seguir con el ejemplo— le era forzoso plantear el conflicto y resolverlo, sin dar la impresión de artificio ni precipitar (en apariencia) los acontecimientos. Delibes, por el contrario, puede, y en rigor debe, prescindir del desenlace, y, por lo mismo, no necesita esforzarse en acumular en unas horas varios sucesos decisivos; pero su trabajo, no menos arduo, le impone que los que relate, sin quebrantar lo cotidiano (se trata de narrar un día igual a otros) sirvan como síntomas o pistas de lo que acontecerá en una sección temporal mucho más extensa. No se nos narra el desenlace, pero sí se nos procuran los datos precisos para conocerlo.

Desde este punto de vista, de los acontecimientos contenidos en *El príncipe destronado* quizás el más importante es el que se nos expone de modo más tangencial: la relación entre la madre y el médico, de cuya pasada intimidad amistosa nos dan cuenta los términos de su conversación y de cuyo previsible cariz futuro tenemos escueta noticia para su último diálogo telefónico. Lo que ha suscitado este diálogo —es decir, tanto la ocasión inmediata (la falsa alarma respecto a Quico) como la razón verdadera (la deteriorada relación matrimonial, ejemplificada en la sobremesa)— adquiere una preponderancia externa muy superior, por cuanto es lo que más salta a la vista de Quico; pero, en la intención del novelista, no desempeña sino un papel preparatorio. Y del mismo modo que, no ya en el teatro neoclásico, sino en las comedias del XVII, las cuitas, amores y rencillas de los graciosos y villanos discurren paralelas a la acción principal, en *El príncipe destronado* las intrigas de cocina y trastienda de Domi y los amores de Vito complementan o contraponen la quemante soledad de la señora de la casa. En el teatro al que aludo esta segunda acción desarrollada entre la servidumbre hubiera sido objeto de un tratamiento burlesco; pero la jerarquización social que ello implica se halla ausente por definición de la novela contemporánea, y la vileza de Domi se sitúa en *El príncipe destronado* en el mismo plano de significación dramática que la del padre de Quico, de igual modo que el desvalimiento de la madre de éste es correlativo al de Vito. Así, una pieza se ensambla con otra y la sutil relojería de volúmenes define a una obra admirable cuya primera cualidad es el equilibrio.

(1) Ediciones Destino. Barcelona, 1973.

# LA ULTIMA NOVELA DE DELIBES (un ejemplo)

**C**REO que Delibes dijo alguna vez que él aprendió realmente a escribir leyendo el «Curso de Derecho Mercantil», del señor Garrigues. A mí también me tocó leer y

aprender aquel libro, y, bueno, sí que estaba bien escrito, pero cuando Delibes escribe verdaderamente bien es ahora. Yo no quiero acordarme de aquel Nadal del 48, «La

sombra del ciprés es alargada», que un curioso profesor de literatura nos hizo leer allá por 1957 a una clase entera, ni de

*(Pasa a la pág. siguiente.)*



## UN RESUMEN **EL LITERATORIO** DE LA TEMPORADA



Julio Cortázar



Camilo José Cela



Miguel Delibes



Carmen Martín Gaité



Félix de Azúa



R. Sánchez Ferlosio

**I** GUAL que hice el año pasado por estas fechas, trataré hoy de dar un resumen de lo que, a mi modo de ver —y si el espacio no es mucho, la exigencia en la selección si que va a ser grande—, puede ser el balance de la temporada literaria 73-74, un año no especialmente notable, aunque tampoco particularmente gris.

**TRES NOVELAS.**—Pasando por alto el capítulo de premios literarios, que creo no vienen más que a confundir al lector y a modificar su buen gusto, cuando lo tiene, me parece que en el apartado de novelas, una por encima de todas, ha devuelto un tanto de dignidad a nuestra enfermiza narrativa: la sorprendente «Oficio de tinieblas 5», de Camilo José Cela, una novela que sitúa al lector a las puertas del puro vértigo, o, más sencillamente, enfrente del espejo que devuelve figuras franciscaconizadas, una novela escrita por ese señor académico que, lejos de la extravagancia o el falso delirio que tantas veces se le ha atribuido, llega, corriendo el largo camino que empieza en «La familia de Pascual Duarte», a construir este monumento a la literatura y a la lucidez que es la insuperable «Oficio de tinieblas 5». Lo que Cela haga a partir de aquí es ya un misterio.

«Retahílas», de Carmen Martín Gaité, es otra novela que, a mi modo de ver, merece entrar en esta comprimida selección. Un

prodigio de escritura que tatúa dos meditaciones sobre la ruina del recuerdo, cruzándose en voz alta e intentando, y consiguiendo, que su peligroso aire conversacional quede oculto por obra y gracia de la creación de un lenguaje narrativo que no creo exagerado calificar de perfecto.

Junto a estas dos novelas, me parece justo incluir una pequeña narración de Delibes: «El principio destronado», uno de esos relatos por los que yo particularmente siento una especial debilidad. Parece que no está pasando nada alrededor de esos niños protagonistas desde el principio al fin de la novela, y, bueno, en realidad lo que pasa es que el autor tiene ganas de contarlos, muy bien, por cierto, que, efectivamente, no pasa nada, si me permiten el juego de palabras. Y poco más pasó con las novelas.

**LA POESIA.**—En el capítulo de poesía, un inesperado Valente, con «El fin de la Edad de Plata», que se quedó en puertas en el premio de la Crítica, concedido a Carlos Bousoño por su libro «Las monedas contra la losa». Se equivocó la señora crítica.

Los más jóvenes, en poesía también, puesto que en novela nada de nada (y aquí un alto para decir que el premio Barral-73, ya que el 74, concedido a Caballero Bonald por su «Agata, ojo de gato», todavía no le conocemos, fue otorgado a la lamentable novela de Vicente Mo-

lina Foix «Busto»), los más jóvenes, en poesía, decíamos, esto: «Lengua de cal», de Félix de Azúa, un libro de una madurez muy poco común, y «Canon», de Jaime Siles, que es la perfección misma, aunque esto de la perfección misma no sé si es suficiente.

En el capítulo de rescates —tan de moda—, el de Juan Gil Albert, que vino de la mano de Jaime Gil de Biedma, un apreciable anciano escritor, con el que no creo que haya que exagerar. Y otro rescatado por «Trece de Nieve»: Eduardo Chicharro, con el que creo que habrá que exagerar todavía menos.

Punto y aparte para «Las semanas del jardín» (ensayo, o algo así), un libro inmenso del esperado Rafael Sánchez Ferlosio. Junto con la novela de Cela, el libro más importante de esta temporada, siempre a mi modo de ver.

Tres libros, por último, que tocan Latinoamérica: «Suma de Maqrol el gaviero», de Alvaro Mutis, que entiendo que es el mejor libro de poemas editado en España esta temporada; «Octaedro», de Julio Cortázar, libro de cuentos, no sé si desiguales, pero obligado, cuando todavía se es cortazariano, y un estudio montado por Julián Ríos sobre la obra del cubano Guillermo Cabrera Infante, un escritor-alquimista, del que esperamos —¿qué pasa con esta novela?— la libre lectura de «Cuerpos divinos».

José Luis JOVER



Temas de comentario

(Pág. 16)

45

Francisco MENDIZABAL:

# EL PAÑUELO DE LA REINA

Esteban GRECIET:

# EL DELIBES «DESTRONADO»

Ramón GARCIA:

# LA "SEMINCI" Y LOS CRITICOS ERUDITOS

*D.R.  
In  
plum*

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES  
*Miguel Delibes*

# MIGUEL DELIBES, CASTELLANO en su RINCON

**E**l viento frío de marzo hincha el velamen de los cielos castellanos y pone gris las aguas del Pisuerga a su paso por la imperial Valladolid. La ciudad castellana pone a punto la teología tallada en madera de sus Cristos y de sus Dolorosas sobre los "pasos" de su Semana Santa. Entrando por la carretera de Madrid, la histórica ciudad—cuna del segundo de los Felipes—muestra su aire industrial y moderno en el colosal complejo de la Renault, aire que se prolonga al otro lado de la ciudad con las instalaciones de su Feria de Muestras. Pero también Valladolid se muestra románticamente provinciana, literaria y poética por su paseo de Zorrilla, arteria urbana que corre paralelamente al Pisuerga, en cuyo costado, los vallisoletanos han levantado una playa fluvial para calmar la canícula estival y la añoranza que por el mar tienen los hombres de tierra adentro.

En este Valladolid, cortésano e inquisitorial, asienta sus reales el gran novelista Miguel Delibes, a quien lanzamos nuestras preguntas cuando se dispone a salir hacia Italia.

—Me agradaría encontrar a mi regreso—me dice—un recorte con tu entrevista.

## Literatura y periodismo

—Allá por los años cuarenta—le preguntamos—aparecen en "El Norte de Castilla", vallisoletano, unos artículos sobre la bicicleta escritos e ilustrados por Max. Max era Miguel Delibes. Desde entonces arranca una larga e importante tarea periodística de su vida. ¿Qué ha aportado usted al periodismo y de qué modo ha contribuido el periodismo a su tarea de escritor?

—Que entre periodismo y literatura hay una mutua interferencia es algo que está fuera de toda duda. Ahora, en qué medida esa influencia se ha operado en mí, lo ignoro. Lo único que puedo decir es que el periodismo me enseñó, por un lado, a valorar el aspecto humano de la noticia, y, de otro, a decir el mayor número de cosas en el menor número de palabras posibles. Esto, a mi entender, tiene un enorme valor en literatura.

—¿Cuáles cree usted son las virtudes y los defectos del periodismo actual?

—El periodismo español, dentro de su obligado tono monocorde y quizá por la presión a que está sometido, me parece un tanto suspicaz y, políticamente, poco maduro. Formalmente, es decir, en un aspecto puramente literario, me parece que ha alcanzado una gran dignidad.

## Los problemas de Madrid

—Cuando la gente suspira por Madrid, ¿por qué se ha quedado a vivir "en provincias"?

—Ahora a la gente de Madrid le ha dado por "suspirar por provincias"; ¿no se ha dado cuenta? Los madrileños echan pestes de la polución, los atascos de tráfico, etcétera. Pero Madrid centraliza muchas cosas, y provocar ahora la dispersión resulta mucho más difícil que haber evitado la concentración hace algunos años. Al monstruo hay que seguir dándole con que seguir dándole con que. Y ya hay quien habla de un Madrid de cinco millones de personas para el año ochenta.

**"El periodismo español me parece un tanto suspicaz y políticamente poco maduro"**

● **"El paleta es un producto tanto del sol y de la tierra como de la incomunicación"**

● **"Los caciques siguen teniendo una vigencia muy activa en la meseta sur y en Andalucía"**

ta. Yo me oli la tostada y, prudentemente, me quedé en casita. No me arrepiento, y ahora hay muchos que me envidian.

—Usted, retratista maestro de Castilla y de sus gentes, ¿podría decirme cómo es la psicología del castellano?

—Al castellano lo veo fino de inteligencia e ingenio.

—Yo creo que el paleta es un producto tanto del sol y de la tierra como de la incomunicación. Al paleta póngale en casa un televisor y empezará a dejar de serlo. Ponga en su pueblo un buen grupo escolar y sus hijos serán de otra manera. Facilítele el acceso a la ciudad mediante un automóvil y su mirada plana y atóni-

Creo que la mía es más crítica.

—¿Qué es para usted un cacique? ¿Existen caciques todavía?

—Más o menos lo que para todo el mundo. El cacique era un señor que tenía en sus manos los recursos precisos para influir decisivamente en la marcha de la comunidad. Los caciques



"He llegado a la Academia con una veintena de libros"

Es lacónico, socarrón, sufrido, y las veleidades atmosféricas, tras una larguísima etapa de cultura campesina aún no superada, le han hecho también desconfiado y escéptico.

## El paleta

—En sus novelas son frecuentes el provinciano y el paleta. ¿Cómo definiría a ambos tipos humanos? ¿Es el paleta un producto exclusivamente español?

ta desaparecerá. Ahora bien, no olvide que con el paleta se esfuma un lenguaje secular mucho más rico, elástico y preciso que el lenguaje urbano, y toda una cultura.

—¿Qué diferencias hay entre la Castilla de la generación del noventa y ocho y la Castilla de Miguel Delibes?

—La visión de Castilla de la gente del noventa y ocho fue más bien contemplativa.

han caído—aunque no todos—en la Castilla alta, pero siguen teniendo una vigencia muy activa en la meseta sur y en Andalucía.

De la juventud actual me dice:

—Entre los jóvenes hay de todo, pero les encuentro, en general, más cultos y más desinteresados que fuimos nosotros. Creo, por otro lado, que en su afán por destruir mitos y esquemas están creando otros mitos y

esquemas igualmente deleznable.

## Un liberal socializante

Delibes es un tremendo aficionado a la música popular. "Me gusta mucho, muchísimo—dice—. Y luego están los clásicos, claro; pero mi pésimo oído me distancia, a mi pesar, de la música académica." Su "hobby" es múltiple: la pesca de la trucha, viajar y caminar. A parte la caza, claro está.

—Un biógrafo suyo, Francisco Umbral, ha dicho que "Miguel Delibes pertenece hoy a un núcleo de liberales socializantes". ¿Está usted de acuerdo con ese encasillamiento?

—Umbral escribe y describe con brillantez y exactitud. Entiendo que lo de "liberal socializante" es sumamente expresivo. El mundo—y concretamente nuestro país—necesita una socialización económica decidida, pero dentro de una libertad política total. Hay que cortar de arriba y añadir de abajo. Pero, ¡ojó!, sin dictaduras ni atropellos de los derechos civiles. Me molestan por igual la feroz explotación del hombre por el hombre como la anulación del individuo por el Estado.

—¿El recuerdo más grato de su vida? ¿Y el más doloroso?

—Hombre, mire usted; la vida brinda momentos gra-



"Liar los pitillos dicen que queda "camp". En cuarenta años no he fumado de otra manera."

(Fotos Queca y Julio-César.)

queda "camp" o no, pero a mí me gusta, y, por otra parte, el hecho de liar el cigarrillo evita el automatismo, que es el peor enemigo del fumador.

Le pregunto cuál será su aportación a la Academia.

—No traigo nada, ya ve—dice con sencillez—. He llegado a ella con una veintena de libros. Eso es todo.

—¿Sobre que versará su discurso de ingreso? ¿Cuándo piensa leerlo? ¿Va muy adelantado o, quizá, no lo ha empezado aún?

—No sé cuándo leeré mi discurso. He tenido un invierno cargado de preocupaciones y no he podido prepararlo. En cuanto al tema, aún no lo he decidido, pero puedo asegurarle que no

**"LOS JOVENES, EN SU AFAN POR DESTRUIR MITOS Y ESQUEMAS, ESTAN CREANDO OTROS MITOS Y ESQUEMAS IGUALMENTE DELEZNABLES" ● "DESPUES DEL CONCILIO ENCUENTRO A LA IGLESIA MAS CERCA DE CRISTO Y YO MAS A GUSTO DENTRO DE ELLA"**

tos (la boda, los hijos, los libros) y momentos ingratos (muertes, deslealtades, atropellos), pero yo no puedo decirle así, de sopetón, "esto es lo mejor que me ha ocurrido y aquello lo peor". Compréndalo.

## El catolicismo de Delibes

—¿Es usted católico de antes del concilio, de después del concilio o "de siempre"? Me refiero al Vaticano segundo, no al de Trento, claro.

—Soy católico por nacimiento, como soy español. Y le confieso que mi catolicismo, mi sentimiento religioso, me llevó a sentirme incómodo en las viejas estructuras eclesiales. Ahora, después del concilio, y a pesar del aparente desorden, encuentro a la Iglesia más cerca de Cristo, y, en consecuencia, yo me encuentro más a gusto dentro de ella.

Delibes comienza a liar un pitillo.

—¿Por qué sigue liando sus propios cigarrillos?

—Fumar son dos vicios: echar humo y producirlo mediante una combustión determinada. A mí, si el humo que inhalo no procede de quemar tabaco de picadura, es como si no fumo. Y la picadura ya sabe usted que hay que liarla. En cuarenta años no he fumado de otra manera, y ahora dicen, ya ve qué cosas, que queda "camp". Yo ignoro si

versará sobre crítica literaria. En esa casa hay señores que saben mucho de eso y yo no puedo decirles nada que pueda enriquecerlos.

—Oiga, señor Delibes. ¿Qué le falta y qué le sobra a la novela española actual?

—¿Vaya usted a saber! Por de pronto, a la novela española actual le hace falta centrarse.

—¿Qué está escribiendo ahora?

—Acabo de publicar una novela corta que se llama "El príncipe destronado", y trabajo en otra que provisionalmente se titula "Las guerras de nuestros antepasados", y es una diatriba contra la violencia.

—Para terminar. ¿Cómo es un día cualquiera de Miguel Delibes?

—Yo aspiro a frenar mi tiempo, pero las circunstancias lo aceleran. Mi día—uno cualquiera—suele ser muy complejo, ya que en él escribo, doy alguna clase, dedico un rato a "El Norte de Castilla", contesto el correo, recibo a algún estudiante o periodista, leo y converso con mi mujer, mis hijos y mis amigos. Aparte, necesito caminar tres cuartos de hora. Y, de cuando en cuando, marcharme al campo para cazar o pescar, o de viaje al extranjero.

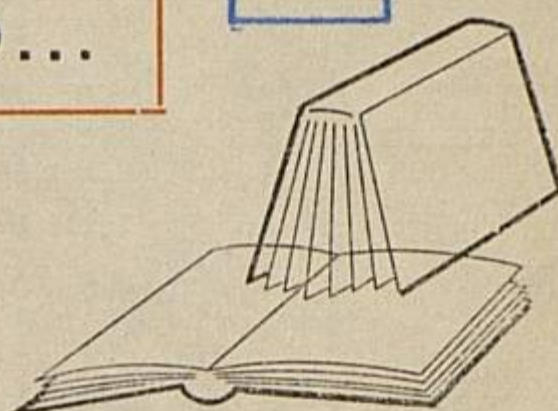
—Pues ¡buen viaje por Italia!

Dionisio González Ropero



HOY HEMOS LEIDO...

## EL PRINCIPE DESTRONADO



(De MIGUEL DELIBES)

Un dibujo infantil, uno de esos ingenuos y frescos dibujos, que nos hacen sonreír con nostalgia, son el principio y el fin de esta novela.

Después la pluma de Delibes, irá perfilando, algo tan sutil, etéreo y delicado, como es el alma de un niño, de un niño de tres años.

El despertar de Quico, el transcurrir de una mañana de invierno, mil bagatelas sin importancia, cualquier cosa, es captado por el agudo espíritu de observación de su autor, por el desenfado y la fina ironía de un hombre de bien.

La hora densa del almuerzo, hora de vanales y atropelladas conversaciones, saltarinas conversaciones, en torno a la gran mesa de una familia española. El chispazo que prenderá el fuego latente entre el matrimonio, pequeño o gran drama, que es "el pan nuestro de cada día", son otras tantas cosas que ocurren. Delibes, hábil cantor de lo humano y sencillo, de lo vulgar, de lo cotidiano, de lo inefable.

Así hasta el declinar de un día, de una jornada cualquiera, en la que no ocurrió nada, y en la que, precisamente por ello, ocurrió todo.

Nada y todo, como la vida. Porque la vida se teje con esas pequeñas cosas que lo son todo porque no son nada.

La novela tiene un matiz psico-pedagógico indiscutible. Nos sorprende Delibes en su manera de profundizar en el alma de viejos y de niños.

Quico, "el niño que agradece con los ojos", al que yo besaría restregando mi cara con la suya. ¡Delicioso Quico!

Delibes es también un hábil retratista de sirvientas y de soldados. Las criadas de Delibes, la Vito, son fuertes y sanas, son ingenuas y vulgares, son deliciosamente incultas. Son como el pan de Castilla, metido en masa, tierno y candeal. Las criadas de Delibes son suspironas.

Entre criadas y soldados hay una tremenda tragedia: ¡los celos! Femio se va muy lejos, le ha tocado a Africa. El pecho de la Vito se agita y levanta en una tremenda tempestad —"¡En Africa hay negras!"

El Femio, con toda la cazurronería pueblerina, preguntará a su vez: —¿Son mujeres las negras?—... y la tempestad amainó.

Femio es agreste, montesino, sensual. Bajo su piel lleva al macho siempre en acecho.

Delibes presentará al padre de Quico como al "idealista" que dice: —"la mujer en la cocina"—.

El padre de Quico no encaja, no es feliz con mamá. Y así, por este orden, la jornada se va completando. Al final, aún, se intuye, se adivina "algo". Mamá habla por teléfono. Al otro lado del hilo, un hombre; el médico de la familia hace insinuaciones... La vida.

**El Príncipe Destronado** es, indiscutiblemente, una deliciosa novela. No tiene la densidad de otras, no dice casi nada; nos dice mucho, nos hace siempre sonreír, nos hace felices. Yo diría que es como una golosina, un bombón para degustar en cuatro horas.

Quico ya duerme nuevamente... Su mano, su pequeña mano, es sostenida por las de mamá. La Domi, con expresión relajada, con una expresión de ternura en sus viejos ojos, hace, casi musitando, un breve comentario:

—"A saber qué tendrá la mano de una madre".

Yo añado, sin comentarios: Hermosas palabras para terminar.

MARIA DURAN